

HISTORIA DEL REY DON FERNANDO EL CATÓLICO:
DE LAS EMPRESAS Y LIGAS DE ITALIA.

LIBRO II

Que el rey don Alfonso renunció el reino en el duque de Calabria su hijo, y pasó a Sicilia. CAP. I.

Apenas se pensaba que saldría tan presto de Roma el rey Carlos, cuando el rey don Alfonso, viendo que no se daban más prisa franceses a entrar, que los del reino a rendirse, y alzar las banderas de Francia, y que con la gente de guerra que tenía, no era poderoso a resistir a su enemigo, y que le faltaba todo socorro, se determinó, viéndose aborrecido de los suyos, dejar el reino al duque de Calabria su hijo. Con esta determinación se recogió al castillo del Ovo, en compañía de algunos religiosos: y allí se hizo el auto de renunciación a veintitrés días del mes de enero, en presencia del infante don Fadrique príncipe de Altamura su hermano, y de don Pascual Díaz Garlón conde de Alise, y de Alberico Carafa, conde de Margano, y de Marino Brancacio conde de Noya, Antonio de Alejandro viceprotonotario, Julio de Escoriatis, teniente de gran camarlengo, Andrés de Genaro, Juan de Sangro, Antonelo de Herrico, llamado el Piculo, y Luis de Casalnovo. Fue el duque de Calabria alzado rey: y anduvo por los Sejos de Nápoles recibiendo los homenajes con gran contentamiento del pueblo: siguiéndole mucha gente de armas, y llevándole en medio don Gonzalo Hernández de Heredia arzobispo de Tarragona, que fue enviado por el rey, para que tuviese compañía a la reina su hermana, y a la infanta su hija, y el embajador de Venecia: y mandó soltar de la prisión algunos caballeros principales que estaban en el castillo Nuevo: entre los cuales fue el hijo del príncipe de Rossano. Éste fue Juan Bautista de Marzano, hijo de Marino de Marzano príncipe de Rossano, y duque de Sessa: y por parte de la madre era nieto del rey don Alfonso el Primero: y fue preso siendo de cinco años, con el príncipe su padre por el rey don Fernando, al fin de la primera guerra de los barones, que se rebelaron muerto el rey don Alfonso: como se ha referido en los Anales: y entonces se deshizo aquel estado, que era el mayor que había en el reino: y había treinta años que estaba en prisión. Escribe el Bembo, que fueron puestos en libertad cuatro príncipes del reino: y quedaron solos en el castillo Nuevo el príncipe de Rossano, el conde del Populo: y que se fue a la cárcel pública el rey, y mandó librar algunos barones rebeldes: y a muchos que estaban condenados a muerte: e hizo perdón general de todas las injurias públicas, y particulares: y proveyó que mandaría restituir a los que estaban encartados: y mandó llamar ante sí la gente de guerra, y se les pagó su deudo. Fue auto de raro ejemplo: y que causó muchas admiración a los que conocieron al rey don Alfonso, y habían probado el grande ánimo y valor de su persona: considerando que en todos los

peligros, y trabajos en que se había visto, que fueron muchos, se señaló con un corazón invencible: y que entonces en el principio de su reinado, por tener al enemigo tan cerca, deliberase de retraerse, y rehusar el peligro, y poner en él a su hijo, en tiempo de tanta contradicción, y adversidad: con ocasión que le dejaba el reino: lo cual no correspondía con las obras de toda la vida pasada. Considerando esto, y lo que sobre ello escribió al rey, al tiempo que se determinó dejar el reino, parece que lo que principalmente le movió fueron dos cosas. La una, tal indisposición de su persona, que se conoció, que no podía vivir muchos días: y verse tan malquisto, que entendió que si perseveraba en su dominio, aventuraría a perder aquel reino, para todos sus sucesores: persuadiéndose, que apartándose, y dejando el gobierno al duque de Calabria, según era magnánimo, y valeroso, reconciliaría las voluntades de los barones, que por su causa en tiempo del rey don Fernando, y desde que él comenzó a reinar, se le habían rebelado. Lo que por su carta, que escribió al rey, y a la reina parece, la cual ordenó Joviano Pontano, que fue secretario suyo, y del rey su padre, por ser cosa digna, que se entienda en un hecho tan notable, es esto. Decía que declinando ya la edad a la vejez, y sintiéndose con tal indisposición del cuerpo, que no podía ejercitar su persona, ni corresponder a lo que el ánimo deseaba emprender, como lo había experimentado aquellos días pasados, estando con su ejército en campo, y por otra parte viendo al duque de Calabria su hijo aptísimo, y sufficientísimo para el peso del gobierno, y que había dado de sí gran testimonio, estando con su ejército en Romaña, de muy esforzado y valeroso, había deliberado darle la administración del reino, con título de rey: porque se pudiese oponer en campo contra el rey de Francia: por seguir aquel antiguo proverbio, que dice, que contra rey, debe combatir otro rey. Que principalmente se había movido a determinarse en esto, por cumplir un voto solene, que había hecho en tiempos pasados, al cual se hallaba muy obligado: y que por ninguna vía podía ser absuelto dél, que era haber de dar lugar a los negocios del mundo, y a la administración de las cosas del estado, y del reino: lo cual decía que hubiera hecho después de la muerte del rey su padre: pero que le pareció, para mayor seguridad de la sucesión del duque su hijo, dar algún asiento primero en las cosas del reino: y encaminarle en el gobierno dél: y agora por no faltar al voto, en que se hallaba constreñido, no quería dejar cumplir el año, después que había sucedido a su padre. Por esto decía, que estando en firme propósito de ponerlo en obra, y creyendo que el rey, y la reina de España recibirían contentamiento, que el duque su hijo fuese ensalzado en aquella dignidad, les suplicaba le tuviesen por encomendado: que era ya deputado, y nombrado por el rey en aquel reino: y lo recibiesen en cuanta de hijo: pues con mayor satisfacción se podría efectuar el matrimonio, con una de las infantas sus hijas, como se había tratado: porque convenía dar favor a las cosas del reino, estando ya el rey de Francia a las puertas, y parte de su gente haber entrado en Abruzzo: y que era menester por aquella vía, y por todas las otras, dar socorro, y ayuda a sus cosas: pues eran comunes del nombre, y casa de Aragón: sin más diferir el ayuda, y rompimiento: porque las cosas de aquel reino estaban en extremo peligro: mayormente habiendo vuelto el Papa a favorecer las del rey de Francia, y puesto en rehenes el hermano del gran turco: y al cardenal de Valencia. Con esta determinación no dio pequeña causa el rey don Alfonso, para ganar las voluntades de muchos,

luego que vieron que dejaba el reino aquel, a quien tenían tan grande odio, por su sobrada severidad y rigor, y que sucedía en él su hijo, que era muy excelente príncipe: con el mismo peligro de haberle de dejar muy presto forzosamente: porque no bastaba a resistir al poder de su adversario, con mucha parte: aunque todos los de aquel reino le fueran fieles. Muchos pusieron en duda cuál padecía mayor adversidad, el que dejaba el reino de aquella manera, o el que siendo tan valeroso, lo recibía en tal estado, que no podía ser peor. Esto era al mismo tiempo que el rey de Francia se apercibía en Roma, para entrar en el reino poderosamente: y parte de su gente había entrado en Abruzo, y ocupado muchos lugares: y se había concertado el Papa con él, como mejor pudo: y por todas partes estaba presente la necesidad, y peligro: sin que pareciese el socorro. Era el enemigo muy poderoso, las fuerzas, y facultad del nuevo rey sumamente débiles: y el tiempo tan breve, que convenía, casi en un punto, juntar muy gran poder: pues hasta el nombre de rey que había tomado, no se sustentaba, sino con sola esperanza que el rey de España a la fin había de tener esta causa por propia: y que su armada iba ya en socorro para tomar la defensa de aquel reino, por el honor de la casa, y Corona de Aragón: considerando que de ninguna cosa por muy soberana que fuese, se podría para con Dios, y para con las gentes alcanzar mayor estimación, y gloria, que de amparar aquel rey, siéndole tan propinco en sangre: y defender el reino, que fue conquistado por el rey de Aragón su tío: en cuya sucesión le quedaba tanto derecho: y que si se diese lugar, a que se perdiese, se perdería con él toda la reputación, y buen nombre, que hasta allí se había ganado por la casa real de Aragón. Habiendo entregado el rey don Alfonso el reino, y título dél al duque de Calabria su hijo, se entró de noche en el castillo del Ovo, para embarcarse en las galeras, que le tenían a punto: y no pudiendo hacerse a la vela, por hacer viento contrario de mediodía, dentro de pocos días salió con buen tiempo con cinco galeras: y mandó poner su recámara en los navíos que allí tenía: que fue de gran valor: y mucho dinero: y navegó la vía de Sicilia, con fin de recogerse en Mazara, que era de la reina doña Juana su madrastra: y la había dado el rey don Alfonso el Primero al duque de Calabria su hijo. Entrando en el puerto de Palermo no quiso salir a tierra, aunque fue muy bien recibido del visorey, y visitado de muchos principales del reino: y de allí prosiguió la vía de Mazara. Los venecianos, como gente que está atenta a las ocasiones, y en ellas tiene la esperanza de acrecentar, o a lo menos de conservar el estado, quisieran que se fuera este príncipe a recoger en algún lugar de la señoría: y comenzaron luego de procurarlo secretamente: y hallándose en su senado tratando de cosas que concernían a la confederación, que se propuso hacer por los príncipes, y potentados en favor de la Iglesia, y de sus estados, uno de aquéllos, que ellos llaman gentileshombres, como por descuido dijo, que el rey don Alfonso iba más como rey, que en hábito de religión: y que en el puerto de Palermo en su galera había armado doce caballeros, que habían ido a visitarle: y que al rey de España no le estaría muy bien su residencia en aquella isla: pues por la facilidad de la gente della, y por la vecindad de Calabria, y de su reino, podría suceder, que el que no había tenido ánimo para defender su casa, le tuviese para poner rencilla en la ajena. A esto Lorenzo Suárez de Figueroa, que era caballero de singular prudencia, y gran cortesano, entendiendo a dónde acudía su, respondió disimuladamente: que ninguna cosa pudiera acaecer más a propósito del

rey su señor, que estar allí aquél como para graduar, y dar órdenes: y que sería bien sustentarle para este fin, como hacían los perlados en sus diócesis, que tenían obispos de anillo, para que en su ausencia hiciese su oficio. Que estaba razonablemente entendido lo que se había de esperar, o temer de un hombre, que siendo rey, y hallándose en disposición para serlo, al tiempo que entraban los enemigos por su casa, y que lo había de mostrar, dejaba el reino, con color de apartarse del mundo, por entrar en religión: y cuando había de ser religioso, y se hallaba en reino extraño, quería hacer, no sólo oficio de rey, pero de caballero. Por este, y otros inconvenientes que podían suceder, proveyó el rey secretamente, que estuviese el rey don Alfonso de tal manera en Sicilia, que no pudiese salir della, aunque quisiese.

De la entrada del rey Carlos en la ciudad de Nápoles. II.

El mismo día que el rey de Francia partió de Roma, salió el nuevo rey don Fernando de Nápoles, y volvió a su campo, que estaba en San Germán, dejando en el gobierno de la ciudad al infante don Fadrique su tío. Fue el rey de Francia a ponerse con su ejército sobre San Germán, estando aún dentro el rey don Fernando, según afirman, con cuatro mil de caballo, y otros tantos de pie: y requirió a los del lugar que no se dejasen poner a saco: y se rindiesen a la mayor fuerza del enemigo: y se reservasen para otro tiempo: y así lo hicieron. De allí se pasó con todo su ejército a Capua, para aguardar en aquel paso a los franceses: porque ya se habían apoderado de la mayor parte de Abruzo. Según Pedro Bembo afirma, el rey de Francia entró en el reino con ejército de treinta mil combatientes, entre los de caballo, y de pie: y estaban en Apulia, y en tierra de Otranto por el rey don Fernando, Camilo Pandón, y don César de Aragón, hijo del rey don Fernando el viejo: y luego se comenzaron a levantar en aquella provincia algunos pueblos por los franceses, rebelándose los primeros los de Monopoli, que es lugar principal a la marina: y alzaron las banderas de Francia: y dio el rey Carlos aquel lugar a don Carlos Tocco, hijo del déspota de Larta: e hízole el rey de Francia esta merced, porque hallándose don Carlos en Roma con su padre, cuando él pasaba, le fue a servir en esta guerra, siendo casado el déspota su padre con doña Francisca de Aragón, y de Marzano, hermana de Juan Bautista de Marzano, que eran ambos nietos del rey don Alfonso el Primero, y habiéndole dado a él el rey de España estado en Sicilia. Rindióse luego a los franceses la fuerza de San Germán, que es la guarda de la entrada del reino, por la parte de Abruzo: y no quedaba resistencia alguna, sino en la gente del ejército: y los Coloneses atendían a cobrar todo lo más importante en tierra de Labor: en lo cual no había ninguna defensa: y todos los lugares se iban entregando: y el rey de Francia los mandaba restituir a los barones que tenían derecho a ellos, en favor de la sucesión de aquéllos que los poseyeron en tiempo de la reina Juana, sin tener consideración al tiempo de los reyes don Alfonso, y don Fernando: e hizo otras mercedes: y dio a

Próspero Colona, y a Fabricio su primo el condado de Fundi. Entonces volvió el duque de Sora a su estado: y se apoderó de los castillos de Atino, y Belmonte, que se habían dado en dote a doña Brianda de Castro, hija de don Guillem Ramón de Castro vizconde de Ebol: que fue a Nápoles con la reina doña Juana, y casó con Alonso Cantelmo conde de Olivito, y de Ortona, hijo primogénito del duque. Fue el conde de Ortona siempre muy leal, y fiel servidor del rey don Fernando el viejo, y de los reyes que después dél sucedieron: y muy raro ejemplo de lealtad, y virtud en aquel reino: y por esta causa fue muy perseguido del duque su padre, y de sus hermanos, que fueron siempre rebeldes: y no solamente le quisieron desheredar, pero le procuraron la muerte: y aunque dejó un hijo, que hubo en doña Brianda de Castro, quedó por la rebelión del agüelo desheredado de aquel estado. Pasó de Montecassino el rey Carlos la vía de Capua: y acercándose a ella los de Gaeta, le enviaron sus mensajeros, ofreciendo de entregar la ciudad, y obedecer sus mandamientos. No teniéndose por seguros los de Capua con el socorro del rey de Nápoles, se dieron luego al rey de Francia, por orden de Juan Jacobo de Trivulcio, que con falso trato se pasó al rey de Francia: y fue causa, que quedando desiertos Virginio Ursino, y el conde de Pitillano, fuesen presos por los franceses malamente, contra la fe que se les había dado: porque hallándose en Nápoles, y entendiendo que aquella ciudad enviaba sus embajadores al rey de Francia, para que los recibiese en su obediencia, se fueron a Nola, con la gente que tenían: y siguiéndolos los franceses que iban delante, los de Nola les abrieron las puertas: y fueron presos Virginio, y el conde: aunque antes habían enviado pedir al rey de Francia, que los recibiese por suyos: y el rey se lo había ofrecido. Estando en Capua, según Bembo escribe, murió el soldán Zizim, que el rey de Francia llevaba consigo: y el Guiciardino afirma, que falleció en Nápoles. Comenzaron entonces los napolitanos a levantar el pueblo: y por todas partes seguían al vencedor: y el rey don Fernando, que allí había recogido dos mil españoles, para entrar con ellos a defender a Capua, siendo della apoderados los enemigos, se pasó a Aversa: y de allí retornó a Nápoles: y como el pueblo estuviese alterado, esperando cuándo llegasen los franceses para recogerlos, él se pasó al castillo real: que llaman el Nuevo, donde había harta gente en su defensa: y se habían a él recogido la reina doña Juana, y la infanta su hija, el infante don Fadrique, y don Jofre de Borja: príncipe de Esquilache, y su mujer: y estaba dentro don Alonso de Ávalos, y de Aquino marqués de Pescara, hijo primogénito de don Íñigo de Ávalos conde de Montedorisi, y gran camarlengo del reino, aquel gran privado del rey don Alfonso: e hijo de don Ruy López de Ávalos condestable de Castilla, con doscientos soldados, entre españoles, y alemanes: aunque Guiciardino osa afirmar, que estaban dentro quinientos tudescos: y había gran copia de bastimentos, y mucha artillería, y munición: y en el castillo del Ovo, y en la torre de San Vicente, y en los castillos de Picifalcón, y San Telmo había tan bastante defensa, que pudieran detenerse mucho tiempo: pero fue juicio de Dios, que aquella furia no hallase resistencia en toda Italia. Pusieron los mismos napolitanos a saco la caballeriza del rey, y toda su recámara, que estaba en el castillo de Capuana, y la casa del príncipe de Altamura: y viendo el rey que estaban determinados de darse al enemigo, mandó poner fuego a las atarazanas: y quemar algunas galeras, y otros navíos que estaban en el muelle: y pasóse al castillo del Ovo, para recogerse

con los suyos en las galeras de Bernardo de Vilamarín, y de Francés de Pau, que allí tenía, para pasarse con ellas a Iscla, o a la isla de Prochyta: no se asegurando de aquellos, en quien tenía mayor confianza. Entendiendo el rey Carlos, que el rey don Fernando le dejaba, no sólo la entrada, pero la cabeza del reino libre, y se ponía en huida, dejando buena guarnición en Capua, siguió el camino de Nápoles: y fue recibido en aquella ciudad, con gran demostración de alegría de todo el pueblo, como si pasara mucho tiempo, que no habían visto a su rey: habiendo conocido, y perdido dentro de un año, y pocos días, otros tres reyes: que es la cosa más nueva, y de considerar que se puede notar. Entró en Nápoles un domingo, a veintidós de febrero: y fuese a aposentar en el castillo de Capuana: y en el mismo día se pasó a Iscla con las galeras el rey don Fernando con la reina, y toda la casa real, y su familia: acompañando siempre a la reina el arzobispo de Tarragona. Antes que el rey de Francia llegase, entró en Nápoles Gilberto señor de Montpensier: e hizo poner cerco contra el castillo Nuevo: y dióse combate a los otros castillos con la artillería, andándose el rey de Francia cada día sesteando por los jardines, y cazando. El rey con sus galeras discurría de Iscla a la ribera de Nápoles dando ánimo a los suyos, para que se defendiese: pero dentro de breves días se rindieron el Castillo Nuevo, y los otros castillos, por los que en ellos estaban, sin ningún respeto de la fidelidad que debían: y el castillo del Ovo, que era fuerza extrañamente fuerte, e inexpugnable, se dio a partido. También se ganó el castillo de Gaeta por combate, y todo se fue tan brevemente conquistado, que desde los primeros confines del reino, hasta Tarento, se puso debajo de la obediencia del rey de Francia, en menos de quince días. Restaban solamente por la parte del rey don Fernando algunos lugares de la provincia de Calabria: y visto que el rey don Fernando, que estaba en Iscla, no iba en su socorro, poco a poco se fueron dando a franceses: y estaban al mismo peligro Ríjoles con el castillo: que por estar a vista de la armada de España, se había sustentado en la obediencia al rey don Fernando: y el conde de Ayelo con su tierra: y se defendieron Tropea, la Amantía, y el castillo de Cotrón. En el mismo tiempo se detenían los de Otranto, y Gallipoli: pero no esperaban sino cómo harían su partido: y después Ríjoles se puso en la obediencia del rey de Francia, y entró en ella gente de guarnición: sin que se moviesen los españoles que estaban a la vista: porque aún no tenían orden para declararse: y nombró el rey Carlos por su visorey, y lugarteniente general del reino, al señor de Montpensier: y envió por capitanes generales, y gobernadores de Calabria, y Apulia al señor de Aubeni, y al señor de la Esparra.

De la liga que el rey de España procuró se hiciese con el Papa, y rey de romanos, y con los potentados de Italia, contra el rey de Francia. III.

Muchos días antes que se declarase el rompimiento de la concordia, que se había asentado con el rey de Francia por la restitución de los condados de Rosellón y Cerdaña, se determinó el rey en confederarse con la casa de Austria, y con el rey de Inglaterra: entendiendo que aquello convenía

para la conservación de sus estados: mayormente por las ocurrencias de Italia: y procuró que se efectuasen los matrimonios de sus hijos, no sólo con promesas, pero con dádivas que se hicieron a los privados de aquellos príncipes, que en ello entendían: porque muchos que estaban sobornados por el rey de Francia, trabajaban por impedirlo. Conocía el rey, que estando su contrario tan adelante, si no se oponía poderosamente a resistirle, salía con su empresa: porque el Papa sin otra ayuda no podía mucho detenerse: y ganando lo de la Iglesia, a venecianos, les sería forzado hacer lo que el rey de Francia quisiese: con que se hacía más fácil la empresa, no sólo de Nápoles, pero de Sicilia. Allende desto, teniendo en Italia a Génova, y Milán, porque no se esperaba que el duque Luis Sforza jamás fuese verdadero amigo del rey de romanos, habiendo muerto, según era público, al duque su cuñado, y tomado el estado que pertenecía a su hijo, y después a la reina de romanos su tía, y juntamente con aquellos estados, teniendo a su obediencia, y disposición la señoría de Florencia, y las más ciudades de Toscana, quedaba no sólo señor absoluto, pero muy superior a los reyes sus comarcanos. Temía el rey, que hallándose su adversario tan poderoso como esto, si tuviese al Papa sujeto, se haría la elección en caso de sede vacante como él quisiese: y poseería el verdadero título del Imperio Romano, confirmándolo los pontífices por grado, o por fuerza. Mas aunque al rey moviese, como era razón, la injuria, que se hacía a toda la cristiandad, en dar lugar que se hiciese guerra contra el Papa, y se ocupasen las tierras de su patrimonio, y se causase tan gran turbación al estado eclesiástico, de que se podía seguir a la fe católica mucha ofensa, no le daba poco cuidado el peligro en que estaba el reino de Sicilia: y por su defensa se determinó de declarar con todo su poder. Pero como el rey de romanos intentase continuamente cosas diversas, y varias, temía que no prefiriese a las de Italia, lo que tocaba al reino de Inglaterra, en ayuda del que se decía duque de York: publicando, como está dicho, ser hijo del rey Eduardo, que se había recogido a los estados de Flandes: pretendiendo que era despojado del reino: y trataba de volver a él con poderoso ejército: y con sola una batalla vencer la guerra. Por esto no se confiando el rey en solo Maximiliano, había procurado de hacer liga juntamente con el Papa, y con la señoría de Venecia, para tomar la defensa de la Iglesia: aconsejando al rey de romanos, que tomase título de pacificar a Italia: porque acabado aquello, podía seguir con más seguridad, y menos impedimento, qualquiere empresa: y con más cierta esperanza de acabarla. Con gran dificultad se podía persuadir a Maximiliano, que no creyese que sería ayudado del rey de Francia, para que él se apoderase del señorío de venecianos: que era una empresa que tenía muy concebida en su fantasía: y el rey con gran solicitud le amonestaba, que no emprendiese guerra contra la señoría de Venecia: y quitase de su imaginación lo de Inglaterra: y que no se ocupase en dar favor a don Jorge de Portugal, para que sucediese en el reino a su padre: porque se entendía, que el rey don Juan procuraba con el rey de romanos, que renunciase en su hijo don Jorge, el derecho que tenía en la sucesión del reino de Portugal, para excluir della a don Manuel, duque de Beja, que era legítimo sucesor: y fue hermano del duque de Viseo, que el rey don Juan había mandado matar. Entretanto que se declaraba lo de Maximiliano, se entendía a gran furia, en juntar gente, y haber dinero: porque se tenía temor que el rey de Francia, con el suceso de las cosas de Italia, volvería con todo su poder a

mover la guerra por Rosellón. Por esta causa el rey desde Madrid por el mes de febrero, mandó convocar cortes a los aragoneses, para ser ayudado y servido en la defensa del reino de Sicilia, y de las islas a ella adyacentes: porque en esto se justificaba más la guerra: y por no poder venir tan presto por su persona, a celebrar las cortes, se determinó que asistiese a ellas la infanta doña Catalina, que era la menor de las infantas sus hijas: proponiendo, que pues ya otras veces en tiempo del rey don Alfonso su tío, y del rey don Juan su padre se había hecho, se habilitase la infanta para poder proseguir las cortes, en la forma que se debía hacer. Por la dificultad que en esto hubo, el término, dentro del cual se había de congregar la corte, fue prorrogado: instando el rey, que fuese la infanta admitida para tener las cortes, antes de ser habilitada en ellas: y acordó que viniese a Calatayud: creyendo que por la necesidad que ocurría, y por la obligación que los aragoneses tenían a la defensa de los reinos desta Corona, por la unión dellos, se persuadirían a dar lugar, que la infanta asistiese: pero como en ello hubiese alguna dilación, y se pusiese embarazo, el rey deliberó de sobreseer en esto: y venir por su persona a celebrar las cortes: y mandó que entretanto se aperciesen todas las cosas necesarias para la guerra: y que fuesen a Perpiñán Hurtado de Luna, Miguel de Ansa, y Alonso Osorio, capitanes de hombres de armas, con doscientos cincuenta de caballo: para que estuviesen en guarda de aquella villa: y se aposentaron en la ciudadela. Cuando supo el rey lo que Antonio de Fonseca, y Juan de Albió pasaron en su embajada, recibió gran contentamiento, de lo que en ella fue hecho, y dicho: y sabida la necesidad en que estaba la reina su hermana, y aquel reino, mandó al conde de Trivento que estaba en Sicilia, que luego pasase a Nápoles, con la armada que tenía: y a Gonzalo Fernández, que por contrariedad de tiempo se detuvo algunos días en Mallorca, que apresurase su viaje: y se juntase con el conde de Trivento. Fue enviado antes desto a Valencia, como dicho es, Lorenzo Suárez de Figueroa, y otro caballero, que se decía Juan de Deza, al duque de Milán: para que propusiesen, que se confederasen todos con el Papa: para conservación de la paz de Italia, y de sus comunes estados: y volviesen por la autoridad de la sede apostólica: y resistiesen a la tiranía del rey de Francia: entendiendo que no quería restituir las tierras que había ocupado a la Iglesia: antes la tenía opresa, y casi en su poder: y que no se consintiese, que se usurpasen las cosas de su patrimonio: ni fuese sojuzgada, ni tratada tan sin reverencia: y para esto se proponía por muy conviniente remedio, que se juntasen con el rey de romanos, como se había movido por parte de los mismos venecianos: los cuales propusieron, que se debía hacer liga general. Hízose grande instancia con el duque de Milán, para inducirle a esta confederación: representando, que era para bien universal de todos los estados de Italia: de que a él había de caber tanta parte. Para persuadirle a esto, como don Alonso de Silva estando en Génova, hobiese movido por medio del comisario del duque que allí estaba, plática de casamiento de una de las infantas, con el hijo del duque, Juan de Deza la continuó adelante: y le dio mucha esperanza, que el matrimonio se efectuaría: pero decía el rey, que habiéndose de hacer, quería que tomase el duque título de rey: pues su estado era bastante para aquella dignidad: y le ofrecía, que por su parte ayudaría para que se le concediese, y para todo aquello que cumpliese a la conservación y acrecentamiento de su casa. Mas el duque, y el cardenal Ascanio su hermano

pidían, que el rey les prometiese, que se guardaría por el Papa lo que era obligado: y para mayor seguridad querían que fuese puesto en rehenes en su poder, don Juan de Borja duque de Gandía su hijo, que estaba en España: y aunque el Papa se obligó de le hacer ir, insistieron en que el embajador Garcilaso diese su palabra en nombre del rey, que le enviarían a Italia: y allende desto querían, que el rey por España, y el rey de romanos por los estados de Flandes, y Borgoña rompiesen poderosamente la guerra. Éstas eran dos cosas de que el rey dudaba mucho: y en que rehusaba prendarse: porque lo que principalmente pretendía por esta liga, era muy diverso desta demanda: y pensaba con ayuda de los confederados, sacar la guerra de sus reinos: entendiendo que el rompimiento sería por lo de Borgoña con Milán: y que no convenía incitar a su enemigo por esta parte: para que revolviere con todo su poder contra lo de Rosellón: y conocía la poca firmeza del Papa: en quien, aun en sus negocios propios, hallaba contrariedad: porque de qualquiere hecho, por llano que fuese, sacaba negociación: y su principal fin era, poner en grandes estados a todos sus hijos, y deudos. La armada que iba de España para la defensa de las costas de Sicilia, era en la publicación mucho mayor: pues Bembo se extiende a afirmar, que era de sesenta naves: y que en ellas fueron seiscientos de caballo, y seis mil de pie: y otros la diminuyen más de lo que ella era: y el Guiciardino escribe, que iban ochocientos jinetes, y mil soldados. Luego que Lorenzo Suárez llegó a Venecia, como fue uno de los prudentes, y sabios caballeros que salieron de España, a negocio tan grande, como era comover a los príncipes, y potentados de Italia, para que tuviesen por propio el peligro en la entrada de un príncipe tan poderoso, y grande, y que tan furiosamente se disponía a ocupar la mejor parte della, todo su fin era dar a entender al senado de aquella señoría, que era cosa manifiesta, que habían de estar en el mismo recelo de la osadía, y poder de la nación francesa: por la vecindad del peligro: y que el rey, y reina de España sabían que aquel cuidado, y pensamiento incitarían a la señoría: y si deseaban prevenir y remediar sus cosas, sus príncipes estaban muy dispuestos, y apercebidos para seguir una misma suerte, y ventura con ellos: por reprimir la soberbia, y furia de un enemigo tan poderoso: y de una nación tan insolente. Decía el embajador, que estaba muy entendido por el rey, y reina de España sus señores, con cuánta fe, y verdad, y con cuánta prudencia gobernaba aquella señoría todas sus cosas: y que por las confederaciones pasadas se conocía, que con ningún príncipe holgaban más de tener cierta amistad, y alianza, que con el rey, y reina: y daba por cosa muy firme, y constante, que el Pontífice entraría en ella, a riesgo de todo el peligro: y que ninguna cosa deseaba más que tener al rey, y a la reina, y a la señoría de Venecia por compañeros en aquella confederación: con cuyo poder, y consejo él se pudiese amparar, y defender en cualquier adversidad. Mostraba el embajador con gran artificio, que teniendo en aquella causa por confederado al Papa, aunque sus fuerzas y poder no eran grandes, su autoridad sería de estimar en mucho en lo general, por lo de la reputación: de suerte que se había de tener mucha esperanza, que si se conformasen en verdadera amistad, y concordia, les sucedería prósperamente en una causa tan honesta, y justa. Fueron sus amonestaciones tan fundadas en tanta razón, y referidas con toda la gravedad, y autoridad que se requería en hecho en que iba tanto a las partes, que en gran manera

fueron muy admitidas por todo el senado: y les plugo mucho con ellas: porque les ponían en extremo cuidado los prósperos sucesos, que oían cada día del rey de Francia: y el encarecimiento grande dellos, así de los amigos, como de los enemigos. A esto se fue juntando, que comenzó por el mismo tiempo Luis Sforza a desconfiar de toda la nación francesa: acusándole su propia conciencia, y gran tiranía: mayormente habiendo recibido el rey de Francia en su servicio a Juan Jacobo de Trivulcio: a quien él había desterrado de aquel estado: y con recelo de haberse quedado en Aste el duque de Orleans, que pretendía suceder muy fácilmente en el estado de Milán. Por otra parte Maximiliano rey de romanos no cesaba de incitar la señoría de Venecia, contra el rey de Francia: que tenía por muy suyo el derecho de la sucesión del estado de Milán, como cosa propia del Imperio: y por haber casado con Blanca María Sforza hermana del duque Juan Galeazzo: y estaba muy confederado con Luis Sforza, su tío.

De la manera que se aseguró el rey del rey, y reina de Navarra, porque no le pudiesen ofender por aquel reino. IIII.

En el principio deste año falleció el cardenal don Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo, gran señor, y de la mayor autoridad, y privanza, que por otro ninguno se pudo alcanzar en España con sus príncipes: así por el valor de su persona, como por la grandeza de su casa: y por la nobleza de su linaje, que era de los más ilustres del reino. Estando en lo postrero de sus días, fueron el rey, y la reina de Madrid a la ciudad de Guadalajara, por visitarle: y consolarle en la postrera jornada: como a persona de quien mayores servicios habían recibido, en los tiempos que tuvieron tanta necesidad de quien los sirviese. En esta visita se refiere por cosa muy averiguada, y cierta, que estando la reina sola con el cardenal, entre otros consejos que le dio, como hombre que no le podía decir sino lo que le obligaba el descargo de su conciencia, habiendo de dar tan en breve cuenta a Dios, no sólo de las obras, pero de los pensamientos, le suplicó que tuviese gran cuidado de conservarse en paz, y amistad con la casa de Francia: creo que por tener memoria de lo que se favorecieron los reyes de Castilla sus agüelos de la Corona de Francia, desde el rey don Enrique el Mayor: y no acordándose, cuán diferentes tiempos eran estos: y cuánta obligación cargaba a los reyes de Francia de procurar todo el daño que pudiesen a los reinos de Aragón, de quien tanta ofensa, y afrenta habían recibido. Afirman que fue otro consejo, que para la reina tocaba más en lo vivo: y era aconsejarla que casase al príncipe don Juan su hijo con la hija de la reina doña Juana mujer del rey don Enrique, a quien el rey, y la reina llamaban la monja doña Juana, que estaba en Portugal: y que entonces la reina se levantó: diciendo, que el cardenal estaba ya fuera de sí, y desatinaba. Muerto el cardenal, el rey, y la reina presentaron para el arzobispado de Toledo un religioso de la orden de San Francisco, llamado fray Francisco Jiménez: varón de gran religión, y de vida muy ejemplar: que era provincial de aquella orden, y fue confesor de la reina: después que fray Hernando de Talavera fue

proveído a la iglesia de Granada. Este religioso antes de entrar en orden había sido arcipreste de Uceda, y capellán mayor de Sigüenza, y se llamaba el bachiller Gonzalo de Cisneros: y en todo el discurso de la vida, así en el siglo, como en su orden, fue habido por tan señalado varón, que no se hallaba cosa que impidiese esta su promoción a tan gran dignidad, sino menospreciarla él mismo, y no la querer aceptar. Fue tan notable varón que sola la virtud, y su gran religión le ensalzaron en tan gran dignidad: y lo que fue de estimar en más, tuvo ánimo para menospreciarla: y después de haberla aceptado por gran importunación de la reina, no se señaló menos en el increíble valor que tuvo para sustentarse en la grandeza de aquel estado, con la autoridad que se requería: y juntamente con esto fue tal perlado para sus súbditos en lo espiritual, y tan promovedor del aumento de la fe, y del bien de la cristiandad, que dejó de sí immortal memoria. Así mereció ser preferido a grandes letrados, y personas muy generosas: que al juicio de las gentes debieran ser puestos en tan gran dignidad. Mas el rey, y la reina, pretendieron, que eran ya tiempos aquellos, para echar por otro camino, y dar perlado a la iglesia de Toledo, que fuese varón de vida muy ejemplar, y limosnero, y hechura suya sin otras raíces, ni prendas de casa, y linaje, y parcialidad de los grandes de sus reinos: estando ya cansados de haber conocido, y sufrido todo el tiempo que habían reinado, dos perlados tan ilustres, que por sí sustentaban tan gran fausto, y autoridad, con la parcialidad de sus parientes, que podían poner en el reino en qualquiere mudanza de tiempos la disensión que se les antojase: como fueron el arzobispo don Alonso Carrillo, y el cardenal don Pedro González de Mendoza. Juntamente con esto, tenían por cosa muy cierta, que siendo tal el que nombrasen, que no atendiese a fundar estado de mayorazgo, como el pasado, las rentas de la dignidad se convertirían en aquello, para que ellas se instituyeron: y la mayor parte se emplearía, y dedicaría para hacer la guerra a los infieles: y para la defensa del reino de Granada: y de los lugares de sus costas: y que en ello se relevarían los gastos de las rentas reales: y fue tan acertado consejo, que ninguno pudo así responder, y satisfacer a toda su esperanza, como este religioso: por el celo que tuvo como excelente perlado al servicio de Dios: y por el valor de ánimo grande se adelantó sobre todos los Manriques, y Mendozas: y otras personas de casas muy ilustres, que en los tiempos pasados fueron más señalados perlados en las mayores iglesias de aquellos reinos. Aunque él rehusó harto el salir de su obediencia, y desistir del camino que había emprendido de la contemplación, también el Papa por su parte, que no había gana que esta provisión hubiese efeto, porque con ella no esperaba ningún acrecentamiento para los suyos, lo difiría, poniendo estorbo, que no se propusiese en consistorio: diciendo que por ser negocio grande quería pensar en ello. Mas el rey, y la reina, que con mucha deliberación se había resuelto sobre la provisión de aquella iglesia, como cosa que tanto importaba, tenían desto sentimiento, que no se proveyese como lo habían pedido. Porque siendo la iglesia de Toledo de tanta preeminencia entre todas las de su reino, juzgaban, que no era razón que se dilatase la provisión della: y así quedó proveído fray Francisco Jiménez: y fue de tanto valor que supo ser tan buen arzobispo de Toledo en lo temporal, y espiritual, como antes fue gran religioso. Antes desto el conde de Lerín con ayuda de alguna gente de Castilla que le seguía, anduvo levantado contra el rey de Navarra: y tomó la villa de

Olite por combate: donde fueron presos muchos del bando contrario: y se hizo gran daño en sus casas y bienes: y por esta causa tenía el rey de Navarra junta su gente contra el conde, y en frontera de los que estaban en Olite: y porque el señor de Albret venía a Navarra con ocasión de haber fallecido la princesa de Viana, madre de la reina doña Catalina, que había muerto a 24 del mes de enero deste año, el rey le envió a Luis de Aguirre que le requiriese, que no viniese con gente: pues sabía que antes, no habiendo tanta causa como agora la había, le enviaron a advertir, que no pusiese gente en Navarra: y también fue enviado para que supiese dél, en caso que se moviese la guerra con Francia, que sería lo que podría hacer por el rey. Por otra parte con diversas embajadas estrecharon al rey de Navarra, para que diese las seguridades que se había acordado: y estuviesen ciertos, que de su reino no se haría daño alguno: y por esta causa envió el rey don Juan a Madrid un secretario suyo llamado Miguel de Espinal: y en principio del mes de marzo se asentó con él, que las alianzas, y confederaciones que se habían ordenado quedasen en su vigor: y de nuevo se jurasen, y confirmasen. Para mayor seguridad de lo que en ellas estaba ordenado, porque el rey se asegurase, que el rey de Navarra cumpliría lo que por el asiento era obligado, y que no entraría gente extranjera en el reino de Navarra, de manera que se pudiese apoderar dél, o de algunos lugares, y castillos fuertes, y que no se haría guerra de aquel señorío a Castilla, y Aragón, quedó concertado, que dentro de veinte días enviasen la infanta doña Magdalena su hija a la reina doña Isabel: y se entregase a don Juan de Ribera, para que la enviase a Castilla, donde había de estar por tiempo de cinco años. Demás desta seguridad, se habían de entregar a don Juan de Ribera dentro de doce días, el castillo de Sangüesa, y la villa, y fortaleza de Viana, que estaba en poder del conde de Lerín: para que tuviese estas fuerzas por ambas partes, durando este tiempo, en seguridad de lo asentado: declarando que si don Juan de Ribera estuviese ausente, o falleciese, las tuviese don Juan de Silva su hijo. Quiso el rey, que el señor de Lautrec en su nombre, y los estados del reino de Navarra, y las ciudades, y villas principales dél, y los caballeros, y alcaides de los castillos, y fuerzas hiciesen pleito homenaje, que suplicarían al rey, y a la reina sus señores, que cumpliesen todo lo contenido en las alianzas, y en esta nueva concordia: y si no lo cumpliesen, se juntarían con el rey, para que lo hiciesen cumplir: y entonces fuesen eximidos de la naturaleza, y fidelidad en que eran obligados a sus reyes: y esta seguridad se había de dar a don Juan de Ribera dentro de treinta días. Fue también acordado, que si durando el tiempo de los cinco años entrase en Navarra gente extranjera, para apoderarse, y hacer guerra de allí a Castilla, o Aragón, y no lo resistiese el rey de Navarra, o los suyos, o cuando por sí no fuesen bastantes, no se juntasen con la gente del rey, para resistir a su entrada, en tal caso don Juan de Ribera, y las personas que tuviesen estas fortalezas, las entregasen al rey siempre que fuesen requeridos. Por parte del rey habían de jurar esta concordia el arzobispo de Zaragoza, y el gobernador de Aragón, el condestable de Castilla, don Enrique Enríquez, don Gutierre de Cárdenas comendador mayor de León, que procurarían con el rey que se cumpliese este asiento: y si contra él se procediese, restituyese don Juan de Ribera al rey de Navarra aquellos castillos. También por razón de este asiento se obligó el rey, que el conde de Lerín dentro de veinticinco días, restituiría la villa de Olite, con la artillería que en ella

estaba, al tiempo que la tomó: y soltaría las personas que tenía presas: y había de quedar desterrado de Navarra por toda su vida: prometiendo el rey, que haría que cumpliese el destierro: hasta que tuviesen por bien el rey, y reina de Navarra que le fuese alzado: y habían de salir del reino don Luis, y don Fernando sus hijos: y no volvería él, hasta que pareciese en conformidad a los reyes. Entonces tomaron por seguridad aquellas fuerzas: porque rompiéndose la guerra con Francia, no se pudiese recibir daño por Navarra: y esto lo tuvo el rey acabado con summa prudencia antes del rompimiento: dando primero favor al condestable: el cual se fue para el reino de Castilla concertándose de entregar al rey la villa y fortaleza de Lerín, y los otros lugares, y fuerzas que tenía en Navarra: así de su patrimonio, como en tenencia, y todos sus heredamientos, y rentas por el tiempo que estuviese desterrado: y en recompensa de lo que le había sido ocupado por el rey de Navarra, después que le habían asegurado, se dio al condestable la villa de Huéscar, en el reino de Granada, con título de marqués: y se le había de cumplir en vasallos, y rentas en lugares de aquel reino comarcanos a Huéscar, otro estado del valor como el que tenía: todo el tiempo que el rey tuviese sus rentas de Navarra: y allende desto le hizo merced de doscientas mil maravedís en cada un año: y de otros heredamientos, por los que él dejaba: y le dio una compañía de las guardas de cien lanzas.

Que se concluyó el tratado de los matrimonios del príncipe don Juan con Margarita hija del rey de romanos, y del archiduque su hermano con la infanta doña Juana: y de la liga que llamaron santísima, que se ordenó por la paz universal. V.

Concluyéronse por este tiempo los matrimonios del príncipe don Juan con Margarita hija del rey de romanos: y del archiduque su hermano, con la infanta doña Juana: entendiendo en la concordia dellos, por parte de Maximiliano, el conde de Nassau, el señor de Xebres, y el de Vergas, que era ayo del archiduque, el canceller de Borgoña, y el preboste de Lieja, que se concertaron con el embajador Francisco de Rojas, que había sido enviado a esto por parte del rey y reina de España, estando Maximiliano en Worms: teniendo la dieta a los alemanes, con los príncipes del Imperio: a la misma sazón que se rompió guerra por Gueldres: y fue desbaratada la gente del rey de romanos con harta pérdida, y mengua. Asentóse en esta concordia, que ninguna de las hijas llevase dote. Acabado esto el postrero de marzo, el Papa, y los reyes de España, y romanos con la señoría de Venecia, y duque de Milán se confederaron, y juntaron en amistad, y liga por sí, y sus sucesores: por la paz, y sosiego de Italia, y de toda la cristiandad: y por la conservación de la dinidad, y autoridad de la sede apostólica, y en defensa, y protección de los derechos del Sacro Imperio, y de los communes estados de los confederados. Durando el tiempo desta liga, que llamaban santísima, y había de durar por tiempo de veinticinco años, se concertó que entre todos los príncipes confederados se juntase ejército de treinta y cuatro mil de caballo, y veintiocho mil de pie: repartiéndolos de manera, que el Papa tuviese cuatro mil de caballo, y Maximiliano seis, y el rey, y reina de España ocho mil: y a esta razón

otros cada ocho la señoría de Venecia, y Luis Sforza duque de Milán. Firmóse la liga el postrero de marzo: y fueron enviados a Alemania por las cosas desta liga, y para hacer instancia que se moviese la guerra, Antonio de Fonseca, y Juan de Albión: y llegando a Worms, solicitaban que los matrimonios se efectuasen por palabras de presente: en lo cual ponía dilación el rey de romanos, que era tan fácil, y vario en su modo de negociar, y tan sujeto a los suyos, que teniendo esta dieta con los príncipes del Imperio, como se dilatase, y por esta causa él enviase sus camareros para que los granjeasen, y trujesen a su voluntad, los otros ganaron a ellos contra él, para atraerle a lo que pretendían: y sin tomarse resolución en sus cosas, se comenzaron a partir a sus casas: tomando por expediente, que se enviase embajada al rey de Francia: y dábase el rey de romanos muy poca prisa en proveer de dineros, y gente: que era tan necesario para las cosas de Italia. De aquí comenzó el rey a entender el fundamento que debía hacer, sobre las cosas del rey de romanos, con quien había tomado tanto deudo: señaladamente para en lo que se deliberase emprender contra el rey de Francia: porque aunque era muy aparejado para ayudar a embarazar aquel enemigo, y divertirle, pero no para molestarle de manera, que confiase que con sus fuerzas, y poder, se hubiese de asegurar el negocio. Fue gran parte para la buena conclusión desta liga, la prudencia, y destreza, y gran ingenio, y autoridad de los dos hermanos, que el rey tenía por embajadores en Venecia, y Roma: que eran Garcilaso de la Vega, y Lorenzo Suárez de Figueroa, y de Mendoza: el cual aunque concurrió en este mismo tiempo, con Felipe de Commines señor de Argenton, que fue enviado a Venecia por el rey de Francia, hombre de summa prudencia, y gran uso en los negocios de estado, por cuya mano, y consejo el rey Luis había tratado grandes cosas, pero Lorenzo Suárez remató la conclusión de la liga con tanta maña e industria, que aquel tan curtido embajador, y tan discreto cortesano de las casas de Borgoña, y Francia, apenas supo cosa della: hasta que fue publicada: y quedó tan espantado, y confuso, según Bembo lo refiere, que declarándole Agustín Baruadico duque de Venecia, que no era para emprender de hacer guerra a ninguno, sino para resistir a cualquier ofensa, volviendo el embajador como en sí, le preguntó, si el rey su señor podría volver a su reino seguro. Acabado esto envió el duque de Venecia por sus embajadores a España a Jorge Contareno, y Francisco Capelo: y el duque Luis Sforza al arzobispo de Milán, y el Papa, y el rey de romanos enviaron los suyos para el mismo efeto: y en principio de abril, el duque de Milán proveyó de enviar alguna gente al Papa: y reforzar su ejército para sostener a Génova, y resistir el paso al rey de Francia. Estaba en Iscla, en el mismo tiempo con el rey don Fernando, Juan Ram Escrivá de Romaní procurando que se diesen al rey algunas plazas fuertes en la provincia de Calabria, donde él pusiese su gente: y quedasen obligadas al gasto que se hacía en esta guerra: y tanto mayor instancia hacía en esto porque entendía, que el infante don Fadrique su tío procuraba que se concertase con el rey de Francia: y con este fin en el principio del mes de marzo, con dos galeras había pasado a Nápoles, con salvoconducto: quedando por mayor seguridad en su galera Luis de Luxemburgo conde de Liñi, que estaba casado con una sobrina de la princesa de Altamura su mujer: y pretendía que sucedía en aquel estado: y se le había entregado en esta entrada del rey de Francia. Era el infante don Fadrique de opinión, y crianza

muy francés: por el mucho tiempo, que había conversado con aquella nación, desde que fue casado la primera vez con la hija del duque de Saboya, sobrina del rey Luis: y por diversas vías trató de concertarse con el rey Carlos, por medio de algunos grandes de Francia, con quien tenía deudo: procurando, que se le dejase el principado de Altamura: y llegó a ofrecer de parte del rey su sobrino, que iría a hacer reverencia al rey de Francia, y a prestarle la obediencia, quedando con el título de rey: y los principales lugares, y fuerzas en poder de franceses: pero el rey Carlos no quiso dejar lo que le pareció que tenía ya muy seguro: y tan solamente ofrecía al rey don Fernando, de le dar estado en su reino, y casarle con una sobrina suya, hija del duque de Borbón. Como esta concordia no hubo efecto, el rey don Fernando prometió a Escrivá, que cumpliría aquello, que por parte del rey de España se le pedía: porque estaban ya las cosas en términos, que parecía, que en llegando el socorro de España, el cobrar aquel reino sería tan fácil, como fue su perdición: y por la misma causa por que se perdió: porque el odio que tenían los naturales dél al rey don Alfonso, se había convertido contra toda la nación francesa.

Del estado en que se hallaban las cosas del reino, cuando se determinó el rey de Francia de venir a Lombardía. VI.

Era el descontentamiento de los napolitanos tan grande, y la comunicación, que había entre ellos, y los franceses tan agra, que los turcos si hubieran tomado la tierra, en las cosas de caridad, y templanza, se hubieran tratado más conforme a razón. En todos los más lugares, mayormente en Nápoles, Capua, Aversa, y Puzol estaban tan molestados, y oprimidos, que enviaron a decir al rey don Fernando, que si tuviese socorro, y fuese con tres mil hombres, todos se alzarían por él. También daban claramente a entender, que de muy mejor voluntad se rindirían al rey de España, y alzarían sus banderas: diciendo, que a él convenía más, no dar lugar que quedase el francés de asiento en aquel reino: por el peligro de Sicilia: pues teniendo tales vecinos, no se podía defender, sino con muy grandes, y continuos gastos. Era cierto, que ya comenzaban a proponer los franceses la conquista de Sicilia, por instigación del príncipe de Salerno: que afirmaba, que el rey de Francia, no podía sostener aquel reino, sino ganando a Sicilia: y que ante todas cosas debían entender en aquella empresa: y el rey Carlos se determinó, que acabando de asentar las cosas de Italia, y pacificarse con los príncipes della, había de seguir la empresa de Sicilia: a la cual decía, que tenía la misma razón, y derecho, que a lo que había ganado. Estaba aquel reino en esta sazón desta manera: que toda Apulia, y Abruzo, con tierra de Labor, y los castillos de Nápoles, y Gaeta con la fortaleza, que no se pudo socorrer, tierra de Otranto, Bari, y Basilicata, y casi toda Calabria estaban en poder de franceses: y solamente se detenían por el rey don Fernando, Iscla, y Prochyta: y algunos lugares de Calabria, que no eran requeridos. Los castillos Nuevo, y del Ovo, que quedaron a buen recaudo, se habían rendido por traición, y poco ánimo de los que estaban en su defensa. Por esta causa hacía mucha instancia Juan

Ram Escrivá de Romaní embajador del rey de España, con el rey don Fernando, que discurriese con sus galeras por la costa de Calabria, para animar a los pueblos, que aún estaban por él: y llevarles socorro, y recibirlos debajo de la protección, y amparo del rey de España: y se diese prisa que entrase nuestra gente: y fue impedido por temporal, que no pudo entrar en la mar por muchos días, ni salir de Iscla: y solicitaba también, que señalase las fortalezas, que se habían de entregar, para que estuviesen en poder de los españoles: porque llegados a Mesina no perdiesen tiempo: y diesen prisa en la guerra contra franceses. Mas el rey don Fernando no se sabía declarar: porque cada día tenía nuevas, que aquellos lugares que estaban por él, se iban rindiendo a sus enemigos: sucediendo con tanta variedad las cosas, que todos los lugares donde no habían entrado franceses, los llamaban, y donde estaban, los aborrecían: y los procuraban echar, y los mataban, y persiguían con un odio terrible: y no sabiendo el rey de Nápoles, qué lugares estuviesen por él, quedó esta determinación, para cuando llegase a Mesina: y procuraba, que se hiciese con mucho secreto: porque temía, que venecianos le habían de pedir lo mismo: que estaban con grande codicia, por tener algunas fuerzas, y lugares en Apulia. Allende desto, no habían cesado del todo las pláticas de concordia entre el rey Carlos, y el rey de Nápoles: porque con la declaración de la nueva liga, se hacía muy dificultosa la vuelta del rey de Francia a su reino: y creíase, que holgaría de hacer algún partido: pareciéndole que volvía con harta honra: aunque alzase la mano de la guerra del turco: si el rey de Nápoles quedase su feudatario, con alguna buena suma de tributo, y con seguridad de las fortalezas. Comenzó a temer, que si se juntaban los ejércitos de los príncipes confederados, quedaba encerrado en el reino: faltándole la armada con que pudiese sacar un ejército tan grande: porque la mayor parte de la que tenía había dado al través en Pomblín: y el señor de Sernon, teniente general della, y el príncipe de Salerno se fueron para él por tierra. Había dado lo más de lo conquistado del reino a franceses, sin que le quedase sino sola la ciudad de Nápoles: y esto se hacía con tanta facilidad, que dio un buen lugar llamado Vico, a un genovés, que había muchos años residido en aquel reino, porque le dio el testamento de la reina Juana, que aquél mucho tiempo antes tenía muy guardado: del cual hacía el rey de Francia muy gran fundamento: porque en él se revocaba la adopción, que había hecho del rey don Alfonso: siendo notorio, que la reina no pudo dejar por aquel testamento derecho alguno, siendo feudo de la Iglesia: no teniendo tal heredero, cual requería la naturaleza del feudo: por lo cual volvió a la Iglesia: y se había confirmado la investidura dél, al rey don Alfonso. Era mediado el mes de abril, y los más potentados de Italia estaban ya puestos en armas: habiéndose declarado en favor de la liga: que fue resolución de gran consejo: en mucha alabanza, y gloria del rey de España: que con suma sagacidad, y prudencia movió los ánimos de los príncipes, y potentados de Italia, que estaban como asombrados, y atónitos: y les persuadió que se confederasen contra aquel enemigo, que era tan insolente: dando gran prisa, que se pusiese en orden su armada: considerando, que si una vez, habiéndose concertado tan gran liga, se recibía vergüenza, y no se daba orden de cobrar presto aquel reino, y que se restituyesen al Papa sus fortalezas, sería daño irreparable, y gran vituperio. Creía, que rompiendo como era razón, todos los de la liga poderosamente con franceses, resultaría, no sólo en defensa de

los comunes estados, pero en exclusión del rey de Francia de toda Italia: y sería más fácil echarle del reino, que lo que él hizo en ganarlo. Propuso que se aventurara en esto mucha parte de la gloria, y renombre suyo: por no consentir, que un casi monstro, y de tan poco ser, como era tenido por todos el rey Carlos, hubiese vitoria, no solamente de la casa de España, pero de todo el resto de la cristiandad. Con esto comenzaban ya los franceses a desconfiar: y no admitían en sus consejos ningún extranjero: y de todos se recataban, hasta desechar a Próspero Colona, y al cardenal de San Pedro. También el rey Carlos estaba ya con deseo de volverse: y como le era grave a la reputación, y también por el provecho que perdía, no sabía en qué resolverse. Pero como el duque de Milán con su ejército venía para Aste, por se asegurar de aquella ciudad, y del paso, estaban ya en mucho cuidado los franceses en pensar, cómo asegurarían la vuelta. En fin entendida la mudanza que habían hecho las cosas, porque los confederados no tuviesen tiempo de juntar sus gentes, ni se hiciesen más poderosos para esperarle en el campo, deliberó el rey de Francia de volverse hacia Lombardía, para asegurarse de aquel estado: y de camino persuadir a su opinión al Papa: y cuando no lo pudiese acabar con él, congregar un concilio, para deponerle de la dignidad: o violentamente traerle consigo a Francia. Antes de su partida, envió con un su embajador a pedir al Papa, que le diese la investidura del reino: y dijo, que porque él se venía a Francia, a dar orden de proseguir la empresa del turco, quería pasar por Roma, por visitar aquellas iglesias, y comunicar con él algunas cosas que convenían: y también porque había sabido, que el rey de romanos venía a Italia: porque se tratase, como pudiesen todos tres comunicarse, y deliberar en algunos negocios: encareciendo, que a los dos iba mucho en que se concertasen. A esto le respondió el Papa: cuanto a la investidura, que estaba aparejado para hacer justicia, mostrando el derecho que tenía al reino: y cerca de su venida por Roma, que no podía ser sin mucho escándalo: porque en aquella sazón aquel pueblo tenía grande enemistad a franceses: y la ciudad padecía extrema necesidad. En lo de la ida del rey de romanos decía, que no sabía cosa cierta para cuándo iría: que él se detuviese en Nápoles: y entretanto él lo consultaría con él: y concertaría las vistas: y que si tanto convenía hablarse, que señalase un lugar, y él escogería otro donde estuviesen cerca: y que de allí se concertarían las vistas. Esta respuesta se le dio por consistorio: y como no fue a su gusto, apresuró su partida para Roma: dejando en el reino seis mil de caballo, y cuatro mil infantes: y con el ejército que le quedaba salió de Nápoles, a veinte del mes de mayo: y teniendo mayor queja del duque de Milán, que fue el principal promovedor de su empresa, lo primero que procuró, fue sacar de su sujeción la ciudad de Génova: y reduciendo a su voluntad al cardenal Pedro Fregoso, que había sido duque de aquella señoría, y a Obieto de Flisco, envió con ellos su capitán general de la armada con once galeras, que le quedaban a Génova. Entonces considerando el Papa el peligro de su dignidad, y persona, determinó en consistorio salir de Roma: y fuese a Orvieto: y de allí a Perugia: y siguiéronle veinte cardenales, y algunos señores romanos: y toda la corte: y llevó consigo dos mil de caballo: y tres mil quinientos soldados. Garcilaso se fue con él hasta Perugia: y no es cierto lo que afirma un autor castellano, que escribe las cosas de aquellos tiempos, que quedó en la defensa del castillo de Santángel, con buena guarnición de españoles. Esta salida del Papa de

Roma con el colegio, fue con deliberado propósito, que si el rey de Francia se determinase a tan gran desacato, y sacrilegio, que emprendiese de apoderarse de su persona, e intentase de seguirle, se pudiese pasar a Venecia.

Que Gonzalo Fernández llegó con su armada a Sicilia: y de los lugares que se pusieron en la obediencia del rey en Calabria. VII.

Había aportado a Mallorca Gonzalo Fernández, con la armada de España, con harto contraste de tiempo: y de allí navegó la vía de Cerdeña, siempre con vientos contrarios: y alguna vez tan furiosos que con el voltear de los navíos perdieron algunos caballos. Detúvose en Cerdeña pocos días con grande contrariedad de tiempo: y llegó con su armada, a veinticuatro de mayo al puerto de Mesina: donde halló a la reina de Nápoles, y a los reyes don Alfonso, y don Fernando su hijo: y con su llegada hubieron grande alegría por su presencia: y por lo que de parte del rey les ofreció: asegurándolos de la voluntad, e intención que tenía el rey, para favorecerlos: y con esto se esforzaron, y animaron mucho: pues el rey volvía su pensamiento a su defensa: teniendo en aquello su principal esperanza. Antes desto había pasado el rey don Fernando a cercar a Ríjoles: dejando en Iscla a don Íñigo de Ávalos, hermano del marqués de Pescara, e iba con el conde de Trivento con la armada de España: y llegó a la playa un sábado por la mañana, a nueve de mayo: y luego salió el rey a tierra, y el conde con él, con toda la gente de la armada: y púsose cerco a la ciudad: y ganóse una torre, que estaba junto con los muros: y antes que anocheciese el mismo día se dio. Tras esto se rindieron luego Fiumar de Muro, y Calana, que estaban muy cerca: y otros lugares: y otro día después que se dio la ciudad de Ríjoles, entró el rey en ella, y se puso cerco sobre la fortaleza: y se asentó la artillería: y poniéndose en orden las cosas necesarias, para combatirla, el jueves siguiente, estando el rey donde se había asentado la artillería, y con el conde, y Martín Díaz, salieron a él dos franceses de la fortaleza de parte del alcaide, que era francés: y le dijeron que se querían dar asegurándoles la vida. Respondióles el rey, que no les haría ningún partido: pues no se habían querido rendir, antes que la artillería tirase: pero apartándose con él el conde de Trivento, y Martín Díaz le dijeron, que debía tomar la fortaleza, y otorgar al alcaide la vida. Estando deliberando en esto, los que estaban en la fortaleza, que eran del lugar de Santa Ágata, ofrecieron a un caballero, que era de la casa del rey don Fernando, que le darían la puerta, porque el rey les salvase las vidas: y avisándole desto, y que ciertos alemanes, que tenían una torre de la fortaleza se alzarían con ella, asegurándolos, el rey quiso tomar tiempo, para deliberar lo que se debía hacer: y envió a llamar al infante don Fadrique, y al marqués de Pescara, para haber su consejo con ellos: pero antes que llegasen los de Santa Ágata, sin esperar la respuesta del rey, se alzaron con la puerta, y los alemanes con la torre: y entró la gente, y fue escalada la fortaleza por diversas partes: y fue luego muerto el alcaide, y los más franceses, que estaban en su defensa: y se habían recogido dentro: y apoderóse el conde con su gente de la fortaleza: y mandó

alzar las banderas de España: y puso por alcaide della a Riquelme. Algunos autores afirman, que se halló Gonzalo Fernández en este combate: pero yo tengo por muy constante, que fue antes de su llegada: y que ya se había apoderado de aquella fuerza el conde de Trivento, que pasó a Calabria, y recibió aquel lugar, y el Scyllo, y Tropea, que el rey don Fernando entregaba al rey, para que se pusiese en ellas Gonzalo Fernández con su gente: al cual después de haber llegado a Mesina, mandó el rey don Fernando entregar la Amantia: y envió para que la recibiese un capitán de los suyos, con trescientos peones, de los que llevaba en su armada: porque entendió de la dispusición de Calabria, que se parecía con las Alpujarras: y que los peones serían en ella más útiles: pues en pocas partes della, se podía servir de la gente de caballo. El Scyllo es fuerte, y está a la marina: pero no tenía tal asiento, que por allí se pudiese ofender, por la aspereza de la tierra: y para en la mar es tan peligrosa estancia, que es la misma Scylla, tan famosa en los tiempos antiguos, por el peligro que en aquel estrecho corren los navíos, por la hondura de tan angosto lugar: donde concurren en opósito dos contrarios mares: de donde ha conservado el nombre: pero por estar en la boca del Faro, desta parte de Ríjoles, a la puerta de Sicilia, era para las cosas de Calabria lugar bien importante. Tropea está fuera del estrecho, a la parte de septentrión: y la Amantia, que se acerca más a la marina, se hallaba más en defensa. En estos lugares repartió Gonzalo Fernández gente de guarnición: porque con aquel principio, y con la afición que los calabreses mostraban de querer estar debajo del señorío, y gobierno del rey de España, se animasen los otros de la provincia: y por esto entendiendo que Ríjoles era lugar, donde se podía alojar su ejército, y tan cercano a Sicilia, que no tenían peligro en ponerse allí, pasó a desembarcar la gente en aquella playa, a veintiséis de mayo: por estar más a mano, para lo que se hubiese de emprender. Había gran confusión en lo que tocaba a la gente de guerra: porque el rey don Fernando recibía toda la que podía haber de españoles, y servíanle de capitanes de infantería, antes que Gonzalo Fernández llegase, don Dimas de Requesens, don Diego de Arellano, y don Diego de Castilla: y daba a cada peón cuatro ducados de sueldo: y como los soldados que de acá iban, y los que allá estaban vieron esta ventaja, comenzáronse de levantar diciendo: que pues eran libres, querían tomar sueldo de quien más les diese: mayormente siendo para servir al rey de España: y algunos de los que tenía el conde de Trivento tomaron sueldo del rey don Fernando: y aunque Gonzalo Fernández trabajó mucho por remediar esto, no podía ser, por las cautelas que los mismos soldados traían, nombrándose por diversos nombres: y poniendo otros de Sicilia, para que recibiesen por ellos el sueldo. Allende desto se agraviaban en la paga, de la moneda que recibían de Nuño de Ocampo pagador del ejército: porque recibéndola de la manera, que de acá iba limitada, se perdía algo en cada ducado: y no halló Gonzalo Fernández otro remedio para sostener la gente, sino provocar a los unos con amor, y a los otros con castigo: porque recibiesen la paga como era costumbre: y para lo por venir, proveyó de concertar el sueldo por cada lanza: y de la gente de pie: siendo forzado por el exceso del sueldo que allá se daba: a cuya causa se le despedía mucha gente, sin poderla detener. Con proveer a lo de la guerra con gran diligencia, no dejaba de entender en ganar las voluntades de los del reino: procurando de entretener a muchos de los más principales en la afición del rey de España,

diciendo: que le pertenecía aquel reino de justicia: declarándoles, que su voluntad era de lo cobrar: y tuvo por tercero, y ministro en esto, a don Julián de Centellas, que era muy emparentado en el reino. Estaba por el rey de Nápoles Semenara, que dista a ocho leguas de Ríjoles: adonde era ido el marqués de Pescara con gente de pie, y algunos de a caballo: y el señor de Aubeni, que era capitán general en aquella provincia por el rey de Francia, se hallaba bien cerca de aquel lugar, con doscientos de caballo, y mil trescientos suizos: y tenían puesto al marqués en harta necesidad. Entonces requirió el rey de Nápoles a Gonzalo Fernández, que fuese con él, por socorrer a Semenara, y defender su comarca: donde se le ofrecían otras cosas mayores: y Gonzalo Fernández determinó de salir con la mayor parte de la gente de caballo, y de pie, y que la otra quedase en guarda de Ríjoles, por algunos pueblos, que eran enemigos, y estaban cerca: y porque su ida aprovechase, acordó de hacer la guerra, y armar celadas a los caballeros franceses, a la manera que se usaba en España con los moros: que fue bien nueva para la gente de allá. Esto se acertó de tal manera, que recibieron en el primer rencuentro mucho daño los contrarios: y después no hallaban los nuestros contrariedad en el campo: porque no se desmandaban los franceses tanto: y aguardaban, que se juntasen con ellos dos mil suizos, y doscientas lanzas. También por el mismo tiempo Gonzalo Fernández esperaba mil quinientos peones de Galicia, y de Asturias: que el rey había mandado embarcar, por ser aquella tierra más para peones, que para gente de caballo: y por esta causa no quería dejar de sí la gente de pie, que de acá llevó: y tenía las fortalezas que le entregaron, con soldados españoles, y con sicilianos, que el conde de Trivento había recibido: de los cuales no tenía mucha confianza: y no era su gente bastante, para tener con ella proveídos los castillos, y guerrear a los enemigos. Puso en la fortaleza de Ríjoles a Martín Alonso de Córdoba con noventa soldados: y porque el lugar está entre la mar, y el castillo, proveyó, que la puerta de la villa, que estaba junto con la mar, se fortaleciese con dos baluartes, que estaban a los esgonces del lugar: y la fortaleza se reparase: que por ser espaciosa de sitio, y tener gran comienzo de labor, y no estar acabada, era muy flaca. En Cotrón, que también se entregó por el rey don Fernando, con las otras fuerzas, puso a Juan Pineyro comendador de Trebejo con cien soldados: y en la Amantia a Gómez de Solís, con ochenta y cinco: y en ella mandó reparar y fortalecer una muela, que estaba muy apegada con el castillo, sobre la ciudad: para mejor la sojuzgar, si tal necesidad se ofreciese: y Tropea quedó a cargo del conde de Trivento.

Que se comenzó la guerra por Calabria: y de la batalla de Semenara: en la cual fue el rey don Fernando de Nápoles vencido. VIII.

Por el mismo tiempo Juan de Lanuza justicia de Aragón, que había sido visorey de Valencia, y del principado de Cataluña fue proveído para el cargo de visorey de Sicilia, por muerte de don Fernando de Acuña: y en su lugar se proveyó por lugarteniente general de aquel principado, y de los condados de Rosellón, y Cerdeña, estando el rey en Madrid a cinco del mes de febrero deste año,

Juan Hernández de Heredia señor de la baronía de Mora gobernador de Aragón por un trienio. Fue Juan de Lanuza muy señalado caballero: de cuya prudencia, y valor hizo el rey siempre mucha confianza: y fue proveído por justicia de Aragón su hijo Juan de Lanuza. Mandó juntar el visorey Juan de Lanuza los barones del reino: y que se llegase la gente del servicio militar: para que fuesen a Mesina: y para la guarda de Ríjoles mandó pasar al barón de Monjolino, con cien lanzas. Estando las cosas en estos términos, pretendía el rey, que pues había rompido la guerra con el rey de Francia por Calabria, venecianos por virtud del asiento de la liga, no le diesen paso: y cuando no se le pudiese impedir, y hubiese algún apuntamiento, diese seguridad a venecianos, y al duque de Milán, de no ofender sus estados, y tierras: ni a otro alguno de los confederados: aunque en las cosas del reino hubiese sido ofendido, o lo fuese de allí adelante: y que por aquella parte solamente se pudiese hacer la guerra: porque desta manera pensaba tener el rey en España paz: y ayudar al rey don Fernando en su reino. Por otra parte los venecianos, como vieron que el rey se había apoderado de aquellas fuerzas en Calabria, pretendieron hacer lo mismo en la Apulia, con color de romper la guerra por su parte contra franceses: y Lorenzo Suárez procuraba, que la señoría admitiese a la liga al rey de Nápoles: y como ellos rehusaban esto, instaba en que por la parte de Apulia, hiciesen todo el daño que pudiesen: y mandaron a Antonio Grimaldo, que era su capitán general de la armada, que pasase al reino con algunos estradiotes, e infantería, que estaba en Corfú: y echando su gente en tierra, de improviso acometió a Monopoli: y fue entrada, y puesta a saco: y el castillo se rindió con pacto, dejando libre al capitán francés, que allí residía. Tras esto Poliñano, Mola, y Conversano se rebelaron a franceses: y alzaron las banderas de San Marcos. Esto era muy diverso de lo que el Papa deseaba: que no quería que el rey de España, ni venecianos hiciesen aquella guerra: sino que todas sus fuerzas se convirtiesen contra el rey Carlos: porque por aquello él quedaba más seguro, y el reino de Nápoles libre: e insistió con el rey, que se contentase con las plazas, que el rey don Fernando había hecho entregar a Gonzalo Fernández, y las tenía ya en su poder: y Garcilaso desde Perugia le escribió por orden del rey, que si se le hubiesen entregado más fuerzas, y fuesen de importancia, consultase sobre ello: pero no lo siendo, se restituyesen. Comenzaba ya el rey a gozar del fruto desta guerra: porque a esta sazón tenía el condado de Rosellón en defensa: y libertad, para casar sus hijos, como quisiese, y cinco lugares bien importantes en la provincia de Calabria: adonde había pasado el mayor peso de la guerra, que primero tenía en su casa. Luego que Gonzalo Fernández hubo llegado a Mesina, el rey don Fernando determinó de irse a Nápoles con el armada de España, y llevarle consigo: y él lo rehusó, porque le parecía, que era más conviniente al servicio del rey, quedar en Calabria: por no dejar aquellas fortalezas que tenía, y la ciudad de Ríjoles, que no estaba bien en defensa, teniendo tan vecino a Everardo Estuardo señor de Aubeni, que era lugarteniente general de aquella provincia, y muy valeroso capitán, que estaba ya más poderoso, y tenía dos mil suizos: y ciento cincuenta lanzas de ordenanza: no quedando quien le resistiese. Mas aunque Gonzalo Fernández porfiaba de quedar en Semenara, por tener la guerra en tierra de los enemigos, y más lejos de la suya, el rey de Nápoles, sospechando, que cobraría más de aquella provincia, de lo que a él se daba, por la afición que tenían

de estar debajo del señorío de España, por la vecindad de Sicilia, insistía en llevarle: y porque no tenía gente suya que dejar en Semenara, mandóla despoblar contra el parecer de Gonzalo Fernández: y proveyó, que dentro de un día saliesen todos los vecinos, para pasar a Mesina con sus haciendas: y fue muy dañoso hacer mudar con tanta priesa, lo que tanto tiempo había que era poblado: de que no pequeño disfavor recibieron los comarcanos, que estaban por él. Siendo avisado desto el de Aubeni, salió en campo con la gente que pudo recoger un domingo a veintiuno de junio: y llevaba mil seiscientos suizos, y con otros de la tierra, que se juntaron con él, que serían por todos hasta dos mil, y más de quinientos caballos, entre los cuales había ciento cincuenta hombres de armas, se fue a poner en una aldea fuerte de sitio, entre dos ríos, que era en el camino, que el rey había de llevar para Tropea: donde habían de ir aquella tarde. El rebato de estar los contrarios tan cerca, llegó a las diez horas: y el rey salió con toda su gente: y Gonzalo Fernández envió algunos de caballo, para atajar la tierra: y que reconociesen, qué gente era con personas bien diestras en ello: pero como los enemigos se pusieron entre las huertas, y alquerías que allí había, no se pudieron así devisar: y todos se conformaron, que eran menos de lo que se publicaba. Era aquel príncipe de gran corazón: pero de condición muy peligrosa para tan mozo: porque lo que él determinaba una vez, tenía por lo mejor: y en lo que asentaba, tarde salía dello: y esto era causa, que aunque tuviese buen consejo, fuese para no acertar en todo. Púsose entonces Gonzalo Fernández en la delantera: y estaba con su gente, en parte que veían sus atalayas, y no a los contrarios: y donde tenían gran ventaja, si los franceses se volviesen a Terranova, de donde habían salido: o si más se acercasen a Semenara: porque según del número de la gente que ellos tenían, había juzgado, no eran para que debiesen pelear: porque de peones les llevaban los franceses gran ventaja: y más la que había de hombres de armas a jinetes: y aunque tenían hasta ciento veinte hombres de armas, y a la bastarda, sicilianos, Gonzalo Fernández confiaba dellos, lo que después se conoció. Mas no embargante esto, quiso el rey con sobrada porfía, que se ordenasen los suyos, y moviesen al rostro de los enemigos, por una loma alta de un cerro: creyendo que los franceses no pasarían el río contra ellos: y envió a Semenara por peones, porque viesan más gente: y fueron hasta quinientos: y así movieron al rostro dellos, mostrando mucha gana de pelear, sin tenerla. Cuando allí los vieron los franceses, fuera de su primer puesto, ordenáronse en tres batallas: e hicieron la una de su infantería, que se puso a la mano izquierda de su delantera: y movieron a pasar aquel río pequeño. Cuando sus escuadras salieron del lugar en que estaban, antes que se acercasen a los nuestros, iba gran número de suizos a rehacer sus batallas: y Gonzalo Fernández envió un caballero aragonés, de la orden de S. Juan, que se decía Luis de Vera, y era comendador de Orta, con cincuenta de caballo, que dio en el hilo de la gente: y entró en el lugar donde fueron presos, y muertos más de sesenta, entre suizos, y franceses. Mas al tiempo que los enemigos pasaban el río, conociendo el rey la ventaja que le tenían, quisiera que se volvieran: pero era ya tan cerca, que no pudiera ser sin igual pérdida, y vergüenza: poniéndose a gran peligro toda la infantería. Entonces le dijo Gonzalo Fernández, que antes se debiera mirar aquello: más que en aquel trance no podía ser sin mayor pérdida, que peleando: pues si bien hiciesen su deber, fiaba en Dios, que serían vencedores.

Pidió encarecidamente, que le diese de los hombres de armas, para mezclar con sus jinetes, en la delantera: y que los infantes, que los nuestros llamaban peones, fuesen por ala de la primera batalla: y aunque se pidió con diversos mensajeros, y postreramente fue él a suplicarlo, nunca lo pudo acabar con el rey: diciendo, que la costumbre de Italia era, tener gente, y cuerpo, donde se pudiesen recoger las escuadras: y como quiera que Gonzalo Fernández le replicó, que entre españoles, y franceses no se podía guardar aquella orden, pues los rompimientos eran sin medio, y que conforme a la costumbre de los que peleaban, había de ser la forma de pelear, no aprovechó con el rey: sino que quiso, que con aquella orden en que iba, se rompiese. En la primera batalla del rey iba don Hugo de Cardona con algunas compañías de hombres de armas, que habían pasado de Sicilia, y Pedro de Almaraz con cien lanzas: y tras éstos iba fray Juan Pineyro comendador que fue de Trebejo, con la gente de caballo de la compañía de don Luis de Acuña, y Gil de Varacaldo con otras cien lanzas. En las espaldas destes iba Gonzalo Fernández, con doscientas cincuenta lanzas, y doscientos peones, de los que había llevado, con los espingarderos de Loarte, que iban juntos con la delantera: y en pos dél seguía el rey con hasta ciento cincuenta de caballo, algunos hombres de armas, y todos los más a la bastarda: en que había muchos encubertados de los suyos, y de los barones, que con él habían pasado de Sicilia: y con cuatrocientos infantes de los que él tenía: y en aquella escuadra iba el cardenal don Luis de Aragón su primo. Habían de pasar los franceses un arroyo de paso llano: y a la mitad de su gente de caballo que había pasado, dieron en ellos: y tan reciamente se rompió, que los jinetes desbarataron todas las batallas de la gente de caballo francesa, y fueron muertos, y presos más de veinte hombres de armas. Luego que se comenzó la batalla entre la gente de caballo, llegaron en su ordenanza los suizos: y comenzóse a pelear tan animosamente, que llegó a punto, que tuvo Gonzalo Fernández por cierta la vitoria: pero en el mismo instante, toda la gente del rey, y la de Sicilia con su infantería, y el cardenal volvieron huyendo: sin llegar a los enemigos: y no pararon hasta Semenara. Esto fue de tanto disfavor a los nuestros, que con estar aquellos quedos, pensaban ser vencedores, que algunos dellos los siguieron: y de allí fueron echados del campo. El rey como no pudo retener aquella batalla, entró peleando con singular esfuerzo: y señalóse en ella de muy valiente caballero: y púsose en tanto peligro, que poco faltó, que no fuese muerto: y no pudiera escapar de ser preso, si no le socorriera con un caballo Juan Andrés de Altavilla: y por su causa quedó muerto en el campo. Siguiéron los franceses el alcance una milla: y fueron de los nuestros muertos, y presos en él harta gente: y perdieron sesenta caballos. Mas no llevaron la vitoria sin sangre, porque murieron en la batalla algunos hombres de armas, y de los suizos: y no fue menor el daño que recibieron: puesto que quedaron señores del campo: de suerte, que si los hombres de armas de Sicilia, y aquella vileza de su infantería no huyeran tan vergonzosamente, con sólo que estuvieran firmes, y en el campo, se tuvo por cierta la vitoria. Volvióse a furia el rey don Fernando de Semenara, con propósito de partir luego para Sicilia, para embarcarse: porque no llegase a Nápoles antes que él, la nueva del rompimiento: y fue con deliberación de pasar en una galera por la Bañara: que es una fuerza junto a la mar, que estaba por él. Como la gente le vio partir de Semenara, toda salió tras él: y dejando lo que

tenían desampararon el lugar: y solamente repararon en él los españoles esperando a Gonzalo Fernández: que como fue atajado de los contrarios, se detuvo algo atrás: y quisiera sostener aquel lugar, y repararlo: pero no se pudo hacer: y porque, como habían de partir aquel día, y se había despoblado, no quedaba en él ninguna provisión, ni artillería, ni aun agua, ni en qué tenerla, y los italianos, y sicilianos, que habían entrado dentro, faltaban de los muros abajo, porque los españoles les defendían las puertas, visto esto, Gonzalo Fernández determinó de salirse, después de haber acogido el campo, y lo que quedaba en la villa, con toda la ropa, y recámara del rey, que allí había quedado: y envió con Luis de Vera cincuenta de caballo al lugar donde fue la batalla: y recogieron algunos caballos, y la gente que quedó en él herida: y mataron, y prendieron más de treinta de los contrarios, que andaban despojando los muertos: y otro día al alba, partió con hasta cuatrocientas lanzas: y fuese a poner en Ríjoles. Fue esta batalla de Semenara muy nombrada en aquellos tiempos: así por se haber hallado en ella el rey don Fernando, como por ser la primera en Italia, en que puso las manos Gonzalo Fernández: y sola en que dejó de ser vencedor: pero no quedó con menos crédito de muy prudente, y singular capitán, que en las otras donde alcanzó tan gran renombre: porque si fuera obedecido como general de toda la gente, y no se determinara el rey tan ligeramente, de la misma manera entrara vitorioso en el reino, como salió dél.

Que Gonzalo Fernández se apoderó en la provincia de Calabria, de las fuerzas de Fiumar de Muro, Calana, y la Bañara. IX.

Como Gonzalo Fernández, en el mismo punto que se remató aquel hecho, no halló al rey en Semenara, le escribió, que sin detenerse, se debía partir para la armada que estaba en Tropea: para irse con ella a la ciudad de Nápoles, de donde le llamaban: y daban prisa porque llegase antes que ninguna nueva de lo pasado: pues cualquier mudanza podía ser muy dañosa: y con la presteza remediaba la quiebra que se había recibido. Mas el rey se vino a Mesina, donde se detuvo cuatro días, porfiando, que Gonzalo Fernández fuese con él: pero no lo pudo acabar: entendiendo, que le convenía más conservar, que ganar: y según las cosas después sucedieron, siguió el más seguro consejo. Determinó de quedar con toda su gente en Ríjoles, así por guardar las fortalezas que tenía por el rey en Calabria, que sin duda quedaban a gran peligro, si él se apartara, como por estar en la frontera del señor de Aubeni: que con la vitoria quedaba muy orgulloso, y era muy poderoso en aquella provincia: y tenía entonces cuatrocientos hombres de armas, y mil seiscientos suizos, sin la gente de la tierra: que era cuanta quería. Entre Ríjoles, y el condado de Terranova, había dos fortalezas en extremo fuertes, y de tierra muy áspera, que eran de Bertoldo Carafa, y estaban en los pasos de los puertos, en tal asiento, que teniéndose en aquéllos, no hay entrada de Sicilia a Calabria: y quien las posee, tiene seguro el paso de la una provincia, a la otra. Nunca había querido aquel caballero entregar al rey don Fernando estos castillos: y como era malquisto de sus vasallos, cuando tuvieron nueva del

rompimiento, creyendo, que era mayor la vitoria, los de Fiumar de Muro, que era la mayor de aquellas fortalezas, llamaban a los franceses, para entregarla: y entonces el Carafa acudió a Gonzalo Fernández, a requerirle, que la recibiese, y se la defendiese: y fue aquello tan tarde, que ya parte de la gente francesa estaba junto a la villa. A la hora Gonzalo Fernández subió a caballo, mandando a los suyos que le siguiesen: y sin esperar, envió delante a Pineyro, y a don Diego de Arellano, con treinta de caballo, y con ochenta peones: no creyendo que los contrarios estuviesen tan cerca: y él se detuvo recogiendo la gente, para enviarla, porque se apoderase de la villa, que era de cuatrocientos vecinos: y por presto, que todos partieron, los que iban delante, entraron siendo ya tomados los pasos: y otros ciento cincuenta de caballo no pudieron entrar. Comenzaron los franceses a combatir el lugar, porque los nuestros que habían entrado, ponían recaudo en la fortaleza, y en la villa, y bastaran a sustentarla, si los vecinos los ayudaran: y en el primer combate la defendieron. Mas a la tarde se levantaron los villanos para matar a los nuestros: y dieron entrada a los franceses por tres partes: y los españoles se recogieron con harto trabajo al castillo. Como el lugar fue entrado por los suizos, y franceses, no dejaron de los vecinos persona viva de ninguna edad, sino pocas mujeres, para más mal: y al fin las mataban. Pasaron a cuchillo en la iglesia más de cien personas: entre las cuales murieron veintitrés clérigos, que se habían revestido para acompañar el Santo Sacramento: pensando que con respeto de la fe, mitigarían su crueldad, pero ninguna cosa bastó, para que no lo llevasen todo por una cuenta: y pusieron a saco los ornamentos de la iglesia, y mataron sobre el altar, con fiereza bestial, algunos niños, mostrando ser aquella gente de más cruel naturaleza, que cualesquier otros infieles. Tras esto pusieron luego cerco a la fortaleza, y combatiéronla terriblemente: mas los de dentro la defendieron tan bien, que muchos de los contrarios pagaron presto la ofensa que a Dios se hizo, en violar las cosas sagradas, tan bárbaramente. Aquella noche estuvieron allí los franceses: y no la durmieron muy seguramente, con los rebatos que se les dieron: en que siempre perdieron gente: y otro día el de Aubeni envió a decir a Gonzalo Fernández, que sería luego a comer allí con él, a Ríjoles: y con la duda que tenía de los de Ríjoes, tuvo su gente en orden: y esperóle en el campo: y como el de Aubeni no fue, Gonzalo Fernández se acercó a Fiumar de Muro con solos doscientos de caballo: por dejar en recaudo a Ríjoles: y en la tarde dio sobre su campo tan de sobresalto, que se entró parte dél: y fueron muertos, y presos muchos suizos: y fue tal el rebato, y su miedo, que estando para dar otro combate al castillo, lo dejaron: y se apartaron del cerco a otro lugar más fuerte: y antes que amaneciese se levantaron, y volvieron a Terranova: y aquella fortaleza, que era la guarda de Ríjoles, y de Sicilia, quedó por Gonzalo Fernández. Habían ya tomado los franceses la otra fuerza, que se dice Calana, del mismo Carafa: a legua y media de Fiumar de Muro: y en la misma distancia de Ríjoles: tan fuerte, que era casi inexpugnable: a donde fue Gonzalo Fernández otro día, haciendo además de lo que podía mal cumplir, si quisiera combatirla: porque dificultosamente se podía hacer: y diéronsele sin premia alguna: siendo la más necesaria, e importante de aquella comarca: y dejó a don Diego de Arellano en Fiumar de Muro, con ciento cincuenta soldados, y en Calana puso un capitán con otros cincuenta. Después que el rey don Fernando pasó por la Bañara, aquel lugar se dio luego a franceses: y habidas

aquellas fuerzas, Gonzalo Fernández envió a requerir a los vecinos de aquel lugar, y a amenazarlos, para que se rindiesen: y luego se le entregaron: y dejó en él un capitán con cien soldados, por estar muy vecina al Scyllo, y en vista de Sicilia, y en parte, y asiento muy fuerte. Dábansele otras muchas fortalezas, y no las quería recibir, porque no tenía gente con que guardarlas: ni orden de sustentarlas: y aunque daba buenas palabras a los que iban a él, a ofrecerse, y los animaba, pero como le faltaba gente, había gran turbación en no recibir los que se le daban: y no quería mostrar flaqueza, teniéndolo en peligro de perderlo: y estaba en mucha confusión: porque a la gente de Sicilia, que en aquello podía servir, no la tenía por útil, ni había esfuerzo en ellos, para cosa, que bien se hubiese de emprender: y la guarda, y defensa de las fortalezas, no se podía confiar sino de pocos. Desta manera se hacía la guerra por Gonzalo Fernández desde Ríjoles, esperando tiempo para más dañar a los contrarios. Comenzaba ya el rey de Nápoles a estar malquisto: de manera que no se hallaba socorro, ni aviso en cosa que bien le estuviese, por persona del reino: y los contrarios lo habían siempre contra él: y como el gobierno de los franceses le tuviesen los del reino por más grave, y duro, de lo que se podía sufrir, estaba en la voluntad del rey de España, si quisiese reinar en aquel reino. Dividiéronse los franceses que estaban en aquella provincia: y mil suizos, y doscientos de caballo tomaron la vía de Tropea: y quedaron otros tantos en frontera de Ríjoles: y sabido esto, Gonzalo Fernández envió en dos galeras de Francés de Pau, al comendador Gómez de Solís con doscientos soldados para que se entrase en Tropea, hasta que el conde de Trivento, a cuyo cargo estaba la defensa de aquel lugar, la proveyese: y tenía mucha parte de su gente ocupada en la guarda de Ríjoles, por ser lugar muy flaco: y los vecinos dél en quien no se tenía confianza: antes se descubrió, que el día que los franceses iban sobre Ríjoles, nueve de los más principales tenían vendidos a los españoles: y fueron presos tres: y los otros huyeron: y con ellos más de ciento, que se sintieron culpados, o sospechosos: y aun con esto no quedó la ciudad tan limpia, que pudiese estar sin sospecha.

De la batalla que tuvo el rey Carlos con el ejército de la señoría de Venecia, junto al Tarro: y que el rey don Fernando pasó a Nápoles con la armada de España, y se le entregó aquella ciudad: y Capua: y la mayor parte del reino. X.

Antes que el rey Carlos partiese de Nápoles, el duque de Milán había rompido la guerra en Lombardía contra franceses, teniendo a Galeazo de Sanseverino con su ejército en frontera contra el duque de Orleáns, que estaba en Aste con buen número de gente: y hubo algunos rencuentros entre ellos. Entonces comenzaron los príncipes confederados a poner en orden todas sus fuerzas: temiendo que si el rey de Francia comenzaba de apoderarse en Lombardía, no desistiría jamás de la empresa del reino: y volvería a ella: y la señoría de Venecia confirmó de nuevo el cargo de capitán general a Francisco de Gonzaga marqués de Mantua: y dieron gruesas condutas a Rodolfo su tío, y al duque de Urbino, y a Aníbal de Bentivolla hijo de Juan de Bentivolla, y a Pablo Manfrón de Vicentia. Ordenaron que estuviese su ejército junto en el Bressano: más para resistir, que para salir al

encuentro: porque, según Bembo escribe, el general tuvo tal orden de la señoría, que si los franceses pasasen de paz, no se moviese: ni les hiciese daño: y los dejase ir su camino. Cuando el rey, que estaba en Burgos, supo la toma de Novara, y la necesidad en que estaba el duque de Milán, dio más prisa, que algunas compañías de hombres de armas, y jinetes fuesen a Perpiñán: pero antes de romper la guerra por España, procuraba que los confederados, en caso que el rey de Francia le hiciese la guerra en sus reinos, le ayudasen: no solamente con lo que eran obligados por razón de la liga, mas con todo su poder. Habían juntado los venecianos cinco mil de caballo, y dos mil infantes: y daban sueldo a dos mil suizos: y proveyeron que la gente de armas que tenían en el Poles de Rovigo, y los que estaban en Padua se allegasen más hacia Parma: y con gran diligencia reforzaban su ejército: y ponía en mucha orden todas las cosas de la guerra, con gran aparato. En este medio, habiendo partido de Roma el Papa, los de aquella ciudad enviaron su embajador al rey de Francia, ofreciéndola libre, y segura para su servicio: y entró en ella el primero de junio: y allí llegó luego un embajador del gran turco, a demandar el cuerpo de su hermano: prometiendo por él muchas reliquias: y comenzaron los franceses de maltratar a los españoles, y perseguirlos: y al tercero día, no admitiendo el Papa lo de las vistas, prosiguió el rey su camino, dejando en Roma a Próspero, y Fabricio Colona, con alguna gente de caballo: e hizo guerra en el estado de la Iglesia: y entraron los franceses por combate a Tuscanela, y a Monteflascón. Estaban los florentinos puestos en armas, temiendo que el rey de Francia no les tomase a Pisa: de la cual se habían ellos apoderado: y quedaba sólo Piedrasanta por el rey: y entró en Siena pacíficamente: pero desarmó la gente que sieneses tenían: y dejó aquella ciudad en guarda al conde de Liñi con quinientos de caballo: y quitó el gobierno de mano de la señoría, y dejólo al pueblo: y porque Juan de Bentivolla, que tenía a Bolonia, no le quiso dar paso, y estaba confederado con venecianos, y florentinos, acordó de hacer su camino a Pisa, y Pontremulo, por no venir a las manos con sus contrarios, que estaban ya poderosos, antes de juntarse con el duque de Orleáns: el cual con ayuda del marqués de Saluces, y habiendo juntado con mucha celeridad gran número de gente francesa, y de suizos, después de haber hecho diversas correrías en el estado de Milán, pasó el Po sin ser sentido, y tomó a Novara por trato: pero no pudo tanto apresurar el rey de Francia su camino, que el ejército veneciano no se pusiese delante: y tomaron los franceses a Pontremulo: y ganaron el más peligroso paso de los montes: para bajar a la ribera de Génova: y la Especie, y otros castillos de aquella marina alzaron las banderas de Francia, estando a treinta millas el ejército de la señoría de Venecia, en la puente del río llamado Tarro, que está a una legua de Parma: de donde se fueron acercando a Fornovo, que está a la raíz de la montaña: y allí en un lugar llamado Gervola, se juntó el ejército del duque de Milán con el de la señoría. Puso su campo el rey de Francia a la entrada de un valle, sobre las riberas del Tarro, a cinco millas de Parma, donde rompieron ambos ejércitos: y tuvieron una muy cruel, y sangrienta batalla: que fue una de las muy famosas que en Italia ha habido: en la cual los italianos desbarataron los primeros escuadrones de los caballos ligeros de la infantería del ejército francés: mas teniendo por cierta la vitoria, cesando de pelear los estradiotes venecianos, por cobrar el carruaje, por industria y consejo de Juan Jacobo de Trivulcio, los franceses se

recogieron, y volvieron en ordenanza: y habiéndose apartado los estradiotes del campo, reforzaron la batalla: y combatieron con los que se habían apoderado de la artillería: y rompieron la gente del ejército veneciano: en la cual se hizo gran estrago: y quedaron los unos, y los otros en el campo como vitoriosos: atribuyéndose cada parte la gloria del vencimiento: los italianos por haber desbaratado primero a los enemigos, y robado el fardaje, y muerto la gente de la guarda del rey, que se vio en gran peligro de ser muerto, y los franceses porque siendo en mucho menos número que los contrarios, restauraron de tal manera la batalla, que se detuvieron en el campo, y murieron en ella más de cuatro mil italianos, y entre ellos los más principales señores, y capitanes que tenían: y por esto se declaró más ser por su parte la vitoria. Viéndose el rey de Francia en tanto peligro, por ser muy pocos los suyos, de allí a dos días mañosamente se recogió con gran celeridad a la ciudad de Aste, por una muy extraña ventura, habiendo crecido el río con las aguas que aquellos días hizo, que detuvo la gente del duque, de manera, que no le pudieron tan presto seguir: aunque de los caballos ligeros que iban en el alcance recibieron los franceses mucho daño, y de la gente de la comarca. Fue esta batalla a los seis de julio: y sucedió de manera, que el rey don Fernando, que con las galeras de España se había hecho a la vela después de la batalla de Semenara, porque era requerido de los napolitanos que fuese allá, entró en aquella ciudad el mismo día. Luego que llegó alzaron sus banderas con grande alegría: y todo el pueblo tomó las armas: y pusieron a saco las casas de los príncipes de Salerno, y Bisiñano, y la del conde de Conza, por ser más anjovinos: y el señor de Montpensier, y el príncipe de Salerno, y los franceses se recogieron en el Castillo Nuevo, y en la torre de San Vicente, y Picifalcón, y en el castillo de San Telmo: y tras los napolitanos hicieron los de Capua lo mismo. Por este tiempo la armada de Francia fue desbaratada, y vencida por los genoveses, sin que escapase ninguno dellos: y el duque de Milán por divertir el peligro en que estaba, hacía instancia que el rey moviese la guerra por España: porque el rey Carlos se detenía en Aste, con pensamiento de esperar más gente, que mandaba hacer en Francia: y el duque de Orleáns porfiaba a defenderse en Novara: y sostener el cerco que sobre él se puso. Siendo recibido el rey de Nápoles con universal alegría de los barones, y de aquella ciudad, volviendo los que le eran rebeldes a su fidelidad, pareció que todo lo que había pasado en la entrada del rey de Francia, y en las muestras de querer ver acabar la memoria de aquella casa, fue más necesidad y violencia, que voluntad. Aunque tenía el rey mucha razón de alegrarse de haber cobrado la cabeza de aquel reino, la principal causa era, por conocer que en tan gran competencia no había de ser desamparado del rey de España: pues con el favor de su armada había sido recibido en aquella ciudad: en la cual, aunque por la gran tiranía, e insolencia de los franceses, y por el odio que les tenían, deseaban la vuelta del rey, pero no se osaran declarar, ni hicieran movimiento alguno, sino por el socorro de aquella armada. Por esto el rey don Fernando en el tiempo de su adversidad, cuando se vio echado de aquel reino, al mismo tiempo que entraba en la posesión dél, entendiendo que la honra, y gloria de volver a cobrar su estado, si alguno la había de alcanzar, y sacarle de poder de tal adversario, era reservada al rey de España, persistió siempre en hacer su principal fundamento de su favor, y socorro: porque el de los otros príncipes confederados, era más

costoso, e incierto: y aun de parte del Papa más peligroso: y consideraba, que la principal obligación se debía a la celeridad con que se dio socorro a lo más necesario. Mayormente que allende de la esperanza de la ayuda que de España iba, al tiempo que los reyes, y el infante don Fadrique estuvieron en Mesina, sin quedar ninguno de aquella casa, fueron de tal manera recogidos, y tratados, que no pareció haber perdido parte alguna de su estado: ni que salían de su reino: tan general fue el reconocimiento, y servicio que se les hizo en todos los pueblos de Sicilia, donde estuvieron: y por los ministros que el rey allí tenía. Reconocía este beneficio el rey don Fernando con grandes señales de gratitud: y estando en el castillo de Capuana mediado julio, tuvo nueva de la jornada del Tarro: la cual se regocijó con gran demostración de alegría, como de cierta vitoria: y entonces Próspero Colona se redujo a su obediencia: y dióse el rey gran prisa a mandar fortificar los baluartes, y reparos para combatir los castillos. Habíase ya reducido en este tiempo a su obediencia toda la Apulia: que no restaban por el rey de Francia, sino sólo los castillos de Barleta, y Trana: y pocos días después se rindieron al infante don Fadrique: que fue socorrido de la gente de la armada veneciana, que estaba en Monopoli. Tras esto se concertaron en el servicio del rey don Fernando, Fabricio Colona, y el conde de Populo: y fueron causa que la ciudad del Águila con todo el Abruzo se redujese a su obediencia.

De la guerra que hizo en Calabria Gonzalo Fernández después que el rey don Fernando pasó al reino. XI.

La quedada de Gonzalo Fernández en Calabria fue al rey de Nápoles de gran provecho: porque detuvo al señor de Aubeni con la gente que tenía, que era la mayor parte que el rey de Francia dejó en el reino, de gente muy escogida: y con él se hallaban personas muy principales, que eran el gran senescal, el príncipe de Bisiñano, el conde de Melito, el marqués de Cotrón, y otros barones: y era aquel ejército de doscientas lanzas gruesas, y mil seiscientos suizos: allende de otros dos mil infantes que tenían de la misma tierra. Déstos vinieron a cercar a Tropea doscientos de caballo: y mil suizos, y otros mil calabreses: y visto que por tierra no se podía socorrer, ni por mar, porque la armada de España estaba ocupada en lo de Nápoles, no quedaba otro remedio a Gonzalo Fernández sino estrechar por guerra aquella comarca. Pero como la gente que tenía no era mucha, y estaba repartida en diversos lugares, no era igual a los contrarios para batalla: puesto que por guerra guerreada les hacían más daño los nuestros, y los traían muy fatigados con sus ardides y celadas: y con ellas se deshicieron muchos caballos: y en cuanto los hallaban apartados de los suizos, llevaban los nuestros lo mejor: por la disposición de la tierra. Fue Gonzalo Fernández a correr a Terranova con trescientos cincuenta de caballo, a siete de agosto: y tomó gran presa de gente, y ganados: y salieron a vista de su gente más de cuatrocientos de caballo de los contrarios: y en tres leguas que corrieron por su tierra, nunca osaron acometer: pero en un paso dispuesto para ello les tomaron la delantera cincuenta de caballo, y doscientos infantes que salieron de otro lugar: creyendo que los de

Terranova llegaran allí, como parecía fácil de poderlo hacer: y pasó Gonzalo Fernández por ellos peleando con los suyos, tan reciamente que fueron desbaratados: y pocos dellos quedaron vivos. Después deste rencuentro fueron a darse a Gonzalo Fernández dos lugares fuertes de asiento, y flacos de fuerza: que le pareció ser necesario recibirlos: por tener algo en la llana de Terranova: y por hacer la guerra en la tierra del enemigo: y animar a que otros se declarasen. Eran estos lugares Sinópoli, y Melicota: en cuya defensa dejó a Luis de Vera con cincuenta de caballo, y quinientos peones: porque la tierra es más dispuesta para ellos, que para correrías: y diósele también Cosolito: y puso en aquel lugar doscientos peones: y porque el cerco que los franceses tenían sobre Tropea se iba aflojando, tornó a enviar con Gómez de Solís otros doscientos soldados: y desde a dos días que llegó, se levantaron los franceses. Cuando llegó la nueva de la entrada del rey don Fernando en Nápoles, el señor de Aubeni luego envió al gran senescal con parte de la gente a Cosenza, y a otras fuerzas del Val de Crato: y él quedó en aquella provincia, haciendo rostro a Gonzalo Fernández con trescientos de caballo, y seiscientos infantes: y a gran furia se comenzó a fortalecer en San Jorge, Giraci, e Ioya: que eran tres muy principales fuerzas: y Gonzalo Fernández, por estar más cerca dél, deliberó pasar a Melicota: aunque era muy angosto lugar. Moviéronsele en esta sazón algunos tratos de diversos lugares de aquella provincia: principalmente de los de Terranova, y de Santa Ágata: que es un lugar pequeño, pero muy fuerte: tanto, que en la guerra de los barones, en el tiempo del duque Juan, se detuvo mucho tiempo contra el rey don Fernando: con ser cobrado todo el reino: y después de haber padecido tres años de cerco, se dio a partido: cuyos vecinos solían ser los que primero se rebelaban, y a la postre se reducían. Creyendo Gonzalo Fernández, que el trato que se le había movido por un francés, que se le entregaría Terranova, sería cierto, salió con su gente: y cuando estuvo cerca de la villa, estando desconfiado de haberla por aquel camino, pareció que se debía probar alguna fuerza: y la gente se dispuso tan bien a ello, que en menos de una hora de combate, la entraron por tres partes: y el castillo donde estaban cincuenta franceses, fue combatido con gran furia: y del primer ímpetu les entraron dos barreras: y los franceses temiendo la furia de los nuestros, se rindieron sin otro partido: sino a seguridad de las vidas: y la villa fue puesta a saco: y murió mucha gente de los de dentro. Ejecutado esto así, con mucha reputación de los nuestros, y sin daño, lo de la comarca recibieron gran espanto: y redujéronse luego a la obediencia del rey, algunas villas y fortalezas: y dende a tres días se requirió otra villa muy fuerte: y no queriéndose dar, combatióse tan reciamente, que se rindió, teniéndola ya muy cerca dentrar: y entregóse con seguridad de las vidas, y bienes. Fue así algunos días discurriendo de suerte, que los pueblos donde llegaban se alzaban por el rey: y las fortalezas que los franceses tenían se cercaban, y rendían luego: y una villa de trescientos vecinos muy fuerte, que no quiso hacer esto, antes con mucha confianza, y soberbia respondió a los requerimientos que se le hicieron, se combatió, y entró por fuerza: y murió mucha gente de los de dentro: y en el medio deste castigo se redujeron todas las villas de la comarca, y las fortalezas se combatieron: y en una dellas estaba el conde de Nicastro con toda su compañía, y rindióla salvando sus vidas. Dio tanto en que entender Gonzalo Fernández a los franceses en aquella provincia, por

diversas vías, que no se les dio lugar de poderse recoger a la ciudad de Nápoles, como lo procuraron: y como hasta entonces tuvieron ánimo, y pensamiento de señorear el campo, porque eran muchos, de allí adelante comenzaron a recogerse a los lugares más fuertes: repartiéndose por ellos, y fortaleciéndose. Entonces Gonzalo Fernández procuró de haber trescientos de caballo, y mil peones de Sicilia, más para mostrar número de gente, con fin de tomar algunos lugares que se ofrecían de parte de los contrarios, de que había grande aparejo, que con intención de acabar con ellos el hecho: creyendo que bastarían los suyos para ejecutarlo si no se derramasen, porque dejado que los tiempos, y sucesos habían consumido de la gente que fue de España, los aires les fueron tan contrarios, que eran en mucho número los que adolecían. En este tiempo llegaron al puerto de Mesina las naos que llevaban los gallegos tan vacías de gente, que de mil trescientos que iban, no llegaron trescientos: y éstos tan mal armados, que no salió de España muchos días había tan vil gente: y volviéronse desde Cádiz setecientos, y de Alicante más de trescientos. Sucedió esto en tal coyuntura, que deliberaba Gonzalo Fernández con aquella gente que esperaba, partirse para Nápoles por tierra: y estando aquellos lugares en trato para darse, sabido que aquella armada fue tan vacía, se detuvieron: y Gonzalo Fernández aprovechándose della lo que pudo, sacó algunas lombardas, y otras armas para la defensa de sus castillos. Las fuerzas que se tornaron en esta guerra, fueron Nicotra, Monteleón, la de la Roca, y del Pizo: que eran bien fuertes: y pasó Gonzalo Fernández a cercar al conde de Melito: y fuese huyendo, y desamparó sus castillos: los cuales se le rindieron: y junto con esto se entregó una buena villa del priorado de San Juan: y sabiendo Gonzalo Fernández, que de los Casares de Cosenza, que están en unas sierras muy pobladas de lugares, y alquerías, en que había mucha gente, iban a cercalla, envió a don Diego de Arellano con trescientos peones, y treinta de caballo, para que la guardase: porque en la misma sazón tenía cercada la ciudad de Mayda: y no podía socorrer aquello: y don Diego entró de noche en la villa: y otro día de mañana fueron mil seiscientos peones, y cincuenta de caballo a combatirla: y comenzando el combate, don Diego salió con su gente, y dio también en ellos, que fueron muertos más de quinientos, y presos más de trescientos cincuenta. Después de tomada Mayda, vino Gonzalo Fernández al principado de Esquilache: y cercóse la ciudad, que era de mil quinientos vecinos, y bien fuerte: y a los tres días del cerco se trató, que si dentro de cuatro días no la socorriese el señor de Aubeni, se entregase: y por no ser socorrida se dio: y con ella se redujo todo aquel estado: y de allí pasó con su ejército a Santa Catalina, y a Monesterache, que son dos buenas villas, y de recias fortalezas, que las tenía el señor de Aubeni: y estaban pobladas de franceses: porque están en dos lugares muy estrechos, que cierran los pasos de la montaña a la mar: y ganáronse en seis días: y como pasaron trescientos infantes, y algunos suizos, y gente de caballo por la vía de la montaña, al socorro de Santa Catalina, para entrarse en la fortaleza, Luis de Vera, que estaba en el campo, con hasta cien peones españoles, y con alguna gente de caballo, peleó con ellos, y desbaratólos: y fueron muertos algunos de los suizos, y presos diez caballeros, y muchos de los villanos de la tierra, sin ningún daño de los nuestros. Había en aquella comarca gran falta de bastimentos: y no pudo Gonzalo Fernández pasar adelante: y dejó de cercar al marqués de Cotrón en

Castil Vetro: al cual no quedaba otra cosa de su estado: y por haberse ganado todas las fuerzas, y lugares de los condados de Melito, y de Nicastro, dejando bien proveídos los castillos, volvió Gonzalo Fernández a la ciudad de Nicastro, que está al pie de los Casares de Cosenza: y envió a la llana de Terranova a Luis de Vera, con ciento de caballo, y doscientos cincuenta soldados, para que la defendiese: porque el de Aubeni no entrase en ella: que quedaba retraído en Giraci: y también el visorey de Sicilia envió alguna gente de caballo, y de pie: con la cual, si los pueblos guardaran fidelidad al rey, bastara Luis de Vera a defenderla.

De los aparejos que se hacían de guerra por las fronteras de España, para divertir al rey de Francia de la empresa del reino de Nápoles: y de las cortes que celebró el rey a los aragoneses en Tarazona. XII.

Todavía estaban las cosas en grande conflicto, reforzando su ejército por una parte el rey de Francia, que estaba en Turín, y por otra el de la liga se había confederado con algunos cantones de suizos: y tenían en mucho estrecho al duque de Orleans cercado en Novara: la cual si se restituyera, no quedaba esperanza de haber el rey con venecianos buena negociación, en lo que pretendía obligarlos, si la guerra revolviese por España contra él: y quedando en poder del rey de Francia, con temor mostraban que aceptarían cualquier partido. Por esto conociendo Lorenzo Suárez la voluntad de aquella nación, y sus fines, advirtió al rey, que si lo de acá fuese roto, se hiciese templadamente, y si no, se requiriese a los confederados lo requerido, que ayudasen con todo su poder, si se hiciese por estas partes la guerra: porque no podía ser más justificada razón, que pedir el rey ofreciesen todo su poder aquéllos, a quien él sacaba de necesidad, con ofrecer el suyo. Traían inteligencia venecianos con los de Pisa: pareciéndoles que lo sucedido en Nápoles había estorbado, que no quedasen con algo de Apulia: de que tuvieron gran confianza: y andaban buscando nuevas formas de necesidades que hubiesen dellos, por parte del rey de Nápoles, creyendo que si enviaban a Pisa su armada, para defender aquella señoría de florentinos, el príncipe Salerno, y los que estaban en el Castillo Nuevo, que no se podían mucho tiempo detener, no se confiando del rey de Nápoles, pensasen en hacer confianza de la gente de la señoría, para que fuese medianera entre ellos: pensando que por aquella vía aquel castillo, o alguna otra fuerza importante se les entregaría, conque pudiesen demandar parte del gasto en la restitución. Por esta causa el rey tuvo recelo, que su sobrino no quisiese aprovecharse antes de la armada veneciana, que de la suya: habiendo recibido con ella tan grande beneficio: porque entendido lo que su padre y agüelo tentaron, y el poco amor que a las cosas de España tenían, por la obligación en que le eran, juzgaba, que pues guardaban tan bien la costumbre que se suele tener por los parientes, que no son legítimos, con las casas de los que lo son, que se debía pensar cualquier cosa de los descendientes. Antes que Gonzalo Fernández rompiese la guerra por Calabria, vino de parte del duque, y duquesa de Borbón, y del obispo de Albi a España un caballero francés, llamado Richarte Lemoyne: y quiso saber del rey, cómo entendía hacer en guardar la paz, y amistad, que había

asentado con Francia: y como quiera que fue despedido con buenas palabras, sin dar más sospecha de rompimiento de la que había, como después se acercaron a los confines de Rosellón algunas compañías de jinetes, y gente de pie, y se proveyeron de artillería los castillos, el duque de Borbón hizo proveer por Languedoc que las fronteras de Narbona, con grueso número de gente, para defensa de aquella tierra: y hecho esto escribió al rey, que como aquellos aperebimientos que se hacían fuesen causa en todas aquellas comarcas, de grande alteración, atendido los juramentos, y promesas de dos tan grandes príncipes hechas con toda (solenidad, le hiciese saber si había dado cargo a sus capitanes para que moviesen la guerra: ofreciendo, que si desta parte se mandasen apartar sus gentes que estaban ayuntadas, se haría de allá lo mismo. Llegó al Burgos el mensajero del duque, que vino con esta demanda mediado julio: al cual se respondió lo que a otros requerimientos, que antes se habían hecho: concluyendo, que después de tantas justificaciones como de su parte el rey había propuesto, atendido que el rey de Francia no quiso restituir lo que había ocupado a la Iglesia, ni dar seguridad de la amistad que había concertado, mostrando que no la quería, y por aquella causa quedaba libre de lo que con él se había asentado, así por no haber cumplido las seguridades de la paz, como por haber tomado las fuerzas de la Iglesia: y teniendo respeto al bien, y sosiego de la cristiandad, para excusar mayores daños se había hecho nueva liga para defensión de la Iglesia, y de los estados de los príncipes, que se habían confederado: y pues él había sido provocado en tantas maneras, a tomar la defensa de la Iglesia, supiesen que mientras el rey de Francia perseverase en ofenderla, no podía faltar a la obligación que tenía. Luego el rey apresuró su partida para Tarazona: a donde había mandado convocar a cortes a los deste reino, desde la ciudad de Burgos, a cuatro de agosto, para veinte del mismo: porque en Zaragoza morían de pestilencia: y mucha parte del reino estaba dañada desde el invierno pasado. Precedieron antes manifiestas señales a la mortandad que aquel año hubo, en la mayor parte de Aragón, por la muchedumbre de langosta: de que la tierra quedó tan emponzoñada, y el aire tan inficionado, que no sólo hizo gran daño en los panes, y viñas, pero aun, lo que parece increíble, en todos los montes: y por la gran tempestad que della cayó en el llano de Fuentes, y en la Torrecilla, y en los otros términos de Zaragoza, fue necesario señalar personas, para que entendiesen en las provisiones necesarias para disiparla, y destruirla: y siguióse tras ella gran pestilencia en muchos lugares del reino: de que en fin de mayo comenzó a morir mucha gente dentro desta ciudad. Fue tan general el daño, que se proveyó que los jurados se pudiesen salir por ciertos días: y cesaron las audiencias públicas: y casi todo ejercicio de jurisdicción de justicia. En estas cortes de Tarazona, siendo juntados todos los estados del reino en la iglesia de la Magdalena, el primero de septiembre, el rey propuso las causas de haberlas llamado: refiriendo lo que había sucedido en la cobranza de Rosellón: y lo que después se siguió en el rompimiento de la guerra: comunicándoles la necesidad que tenía de ser socorrido, y servido, como en lo pasado sus predecesores lo habían sido, en semejantes ocasiones: declarando, que porque el servicio que se hubiesen de hacer, redundase en más honra, y provecho de sus súbditos, y fuese con menos daño, sería más conveniente, que fuese de hombres de armas, y jinetes, como otras veces se había hecho:

atendiendo que sólo en la guarda, y defensa del condado de Rosellón, que era una de las principales de su señorío, y estaba inseparablemente unida con esta Corona, y era la puerta, y entrada de sus reinos, tenía mil quinientas lanzas, de solo el servicio, y ayuda que los reinos de Castilla: hacían sin otra gente, que luego se había de enviar. Fue acordado entonces de servir al rey para esta guerra, por tiempo de tres años, con doscientos hombres de armas, y trescientos jinetes: los cuales se repartieron en siete compañías: y señaló el rey los capitanes: que fueron el arzobispo de Zaragoza su hijo, don Juan de Aragón conde de Ribagorza, don Luis señor de Híjar, conde de Belchite, don Felipe Galcerán de Castro, don Blasco de Alagón, don Jaime Martínez de Luna, y Juan Hernández de Heredia señor de Mora. En estas cortes se dio poder a 48 personas, para que hiciesen (elección de las que habían de estar en las matrículas de los oficios del reino, que cada año se suelen sacar por suertes, de las bolsas en que se ponen: y para en lo por venir, se dio orden, que los diputados del reino en cada un año, pusiesen en lugar de los muertos, otros en cada uno de los estados en su condición: y calidad. También se nombraron comisarios para que hiciesen investigación de los fuegos, y casas de toda la tierra de Aragón, para la contribución de las sisas: y se suspendió la jurisdicción de las hermandades que se ejercía en muchas ciudades, y villas, y la ejecución dellas, por tiempo de diez años: en cuyo lugar se había introducido el fuero establecido sobre la jurisdicción criminal en las cortes pasadas: y las cortes se despidieron a diecinueve del mes de octubre. Residía por capitán general de Rosellón y Cerdeña, don Enrique Enríquez de Guzmán: y porque importaba mucho sostener el castillo de Salsas, por ser la puerta de aquella frontera, y entrada de Languedoc, y como baluarte contra Narbona, puesto que había gran dificultad en fortificarlo, ponían mucha prisa en la obra, y reparo dél: porque se pudiese poner en defensa. Entretanto se puso en aquella fortaleza la gente de guarnición, que parecía ser necesaria: y mandó el rey reconocer todas las fuerzas de aquellos condados: y proveer las que no estaban a buen recaudo de artillería, y gente: y en el mismo tiempo Zarriera, y Altariba traían inteligencia con los alcaides de algunos castillos de aquella frontera, para que se entregasen.

Que se procuró, que el rey de Portugal entrase en la liga contra el rey de Francia, y lo rehusó: y el rey determinó romper la guerra por Rosellón. XIII.

Allende de los aparejos que se hacían por nuestras fronteras, para tenerlas bien en orden, por si el rey de Francia tentase de hacer la guerra por estas partes, procuraba el rey de obligar que le socorriesen todos los príncipes de la liga: y que el rey de Portugal entrase en ella, o a lo menos estuviese cierto, y seguro dél: porque allende que tenía secreta amistad con Francia, y la sustentaba con gran artificio, acordábase que le había sido muy enemigo. Por esta causa, fue diversas veces requerido por el rey con cartas, y mensajeros: y él se envió a excusar con un caballero de su casa, llamado Estaban Váez: y postreramente instando el rey sobre esto, fue enviado para el mismo efeto a Portugal don Alonso de Silva: y halló al rey don Juan en las Alcazabas por el mes de septiembre

deste año: donde le explicó su embajada con diversas razones para persuadirle, que entrase en la liga, como lo sabía muy bien hacer: por ser muy diestro en aquel menester: pero el rey de Portugal, que era tan agudo, y recatado, cuanto valeroso, y estaba ya muy doliente de hidropesía, y era de su natural condición muy sospechoso, lo rehusó tan descubiertamente como antes: y no quiso declararse en aquella confederación: diciendo, que las ligas presuponían siempre persecución, y daño de alguno: y que él se hallaba en tal estado, que era amigo de todos: y si por algún respeto la había de querer, era por razón de aliarse con el rey, y reina de Castilla: y que estaba tan unido en amor, y deudo con ellos, que no eran menester para ello nuevas prendas. Públicamente decía: que al Papa no tenía obligación alguna: ni le era en cargo: porque su antecesor le había concedido cosas, que él no había querido otorgar: que eran bien pequeñas, y justas: y venecianos eran sus amigos, y les había hecho buenas obras: y que ellos las reconocían, y le llamaban su protector: y estaba en grande conformidad con el duque de Milán. Allende desto decía, que el rey de romanos era su primo: y de ambas partes se había confirmado más aquel deudo con obras, como era justo: y que el rey de Francia le había enviado a decir buenas palabras: y lo que él más deseaba, era paz entre los príncipes: a lo cual le inducía no ser tan mozo como solía: y haber cargado sobre él dolencia, y males, que traían consigo gran conocimiento de Dios: afirmando que era bien hubiese algunos fuera de aquella trama: porque cuando se recreciese algún daño, se pudiese interponer a remediarlo. Tenía el rey don Juan en su consejo por más aceptos a don Diego de Almeyda prior de Ocrato, y a Ruy de Sosa, y don Juan de Sosa, con quien más holgaba despachar los negocios de su estado: pero él era de tanta prudencia, y tenía en ellos tan largo uso, que el más acertado consejo era el suyo: puesto que tenían dél sus naturales queja, que hacía sus cosas sin ningún consejo, y muy absolutamente. Replicóle don Alonso, que la causa por que el rey le convidaba a entrar en la liga, era porque en las cosas que tenía por de tanta honra, y servicio de Dios, y por tan santas, y justas, no le quería dejar de fuera: mayormente que allende de la igualdad, y seguridad que en aquella liga había, por ver las cosas de Italia en tanta rotura, y tan en daño de la cristiandad, estando casi en perdición la Iglesia, y el vicario de Cristo huyendo por los castillos, y puesto a cuchillo los lugares de su patrimonio, se debía mover un príncipe tan cristiano, y celoso como él era, y que tanto había trabajado por aumentar la fe, a querer entrar en esta demanda: pues ella se esperaba seguir la paz universalmente. Porque estando las cosas en tanta rotura, no había otro remedio, sino hacer un cuerpo poderoso, y fuerte, para seguridad de todos: y como quiera que él era uno de los príncipes muy poderosos, no sería tan grande inconveniente no entrar su reino en la liga, como el escándalo, de quedar defuera: con que se daba ocasión que pensasen, que aquella liga no era tan justa: pues algunos reyes había, que se hacían esquivos de entrar en ella. Que sería gran cargo escandalizar, y estorbar aquel bien, que se esperaba ser tan universal: pues para con el Papa, y los potentados de Italia sería de gran sospecha: creyendo que les sería enemigo: pues entre ellos no había amistad, como la tenía con el rey su señor: con quien no era necesaria otra liga, mas de buena conformidad. Mostró el rey de Portugal en estas sus razones tan agudas, que estaba bien lejos de prendarse en negocio tan ajeno, de lo que a él convenía: y concluía con decir, que deseaba vivir

llanamente: y que por ningún bien trataría en aquella sazón, en amistad, para ser contra ninguna persona: siendo aquello lo principal de la liga: aunque hubiese de ganar reinos: porque hecha la amistad por otros respetos, sobreviniendo escándalo, y guerra, parecería acesorio. Decía esto, como en figura, por don Jorge su hijo: a quien deseaba dejar sucesor en su reino: y sabía que tenía en ello por contrarios al rey, y reina de Castilla: y no osaba hablar de otra manera, en aquel negocio, que estos príncipes tenían por muy deshonesto. Era cierto, que por este fin el rey de Portugal tenía no muy santas intenciones: y aguardaba ocasión para emprender lo que tenía muy estudiado: pensando hacer legítimo a su hijo, y casalle en la casa de Castilla, con una de las infantas: pero esto, y otras empresas las atajó presto la muerte dentro de breves días. Era este príncipe a maravilla sagaz, sabio, y de grande ingenio en mala parte: y estaba muy apoderado, y señor en su reino: a donde no había movimiento ninguno, ni señal de alteración: habiendo diversos, que esperaban suceder en él. Conocíase, que hubiera aprovechado mucho para las cosas de Italia, que el rey rompiera por Rosellón, luego que pasó el rey de Francia a ponerse en Aste, y se detuvo para socorrer a Novara: pero el rey tuvo por inconveniente romper, sin primero estar concertado con los reyes de romanos, e Inglaterra: y sin estar conforme con el rey de Portugal. Allende desto, causó dilación, que venecianos no querían dar la seguridad, que el rey les pedía, en caso que por romper con el rey de Francia, quedase en guerra con él: porque pretendía, como se ha referido, que si acaeciese esto, le ayudasen, no sólo con lo que eran obligados por la liga, mas con todas sus fuerzas, y poder: pues quitaba con el rompimiento el peligro de su estado, y sacaba la guerra de las tierras dellos, y la ponía en la suya. Con todos estos inconvenientes que se representaban al rey, conociendo el peligro grande en que las cosas de Italia estaban, acordó de romper luego: y envió a mandar a don Enrique desde Tarazona, que sin más dilación rompiese por la vía de Rosellón: y el Papa con su bula justificó la guerra: declarando por descomulgado al rey Carlos: y requiriendo a los príncipes que se juntasen con él, para perseguir al enemigo de la Iglesia: y todos los príncipes de la liga se obligaron de amparar su persona, y estado de todo daño, y ofensa que el rey de Francia tentase hacer. Era casi en fin de septiembre, cuando don Enrique Enríquez había mandado alzar los ganados, y la gente de los lugares abiertos, que no se podían defender: porque el rey le mandó, que antes de moverse, desafiase a los capitanes del rey de Francia, que estaban en la frontera: y porque en el mismo tiempo los franceses tenían trato, para apoderarse de Puigcerdá, mandó poner en aquel lugar a Hernando de Valencia, que era muy buen capitán, con cierta compañía de gente: y a Luis Mudarra en Conflent: y proveyó que se guardasen, y estuviesen en buena defensa todos los lugares de la marina: y mandó aperebir las cosas de Cataluña, de manera, que los cosarios franceses no pudiesen hacer ningún daño en ellas: y puso en la fortaleza de salsas para su defensa, como cosa que era muy importante, la compañía de Miguel de Ansa, y don Álvaro de Luna que estaba en Elna, con la suya se pasó a Perpiñán, por orden de don Enrique: porque era aquella compañía de muy escogida gente: y Juan Martínez de Leyva estaba en Millas, y la gente de Antonio de Fonseca en Clairá, y la de don Sancho de Castilla en Tuyr: y proveyóse, que otro capitán fuese a tener allí su guarnición: y que don Sancho se entrase en Perpiñán. Entonces se acordó

de enviar a Rosellón seiscientos soldados, demás de los que allá había, para guarda de los castillos: porque se entendió, que los franceses trataban de apoderarse del castillo de So, que era de la reina de Navarra, y estaba fuera del señorío de Francia, para hacer desde allí daño a los nuestros: pero túvose orden de ganar al alcaide que en él estaba, para que no diese lugar, que por allí pudiese entrar gente extranjera: y proveyóse en la guarda del condado de Pallars, y de los otros pasos de las montañas de Cataluña, y Aragón.

De la concordia que se asentó entre el rey Carlos, y el duque de Milán: y que por ella recibieron alguna quiebra las cosas del reino. XIII.

Antes que acá se rompiese la guerra, el duque de Milán, que puso con el ejército de venecianos en mucho estrecho al duque de Orleáns, que estaba cercado en Novara, en contradicción de la señoría de Venecia, y de los embajadores de los príncipes confederados, principalmente de Juan Claver, que estaba en el campo de la liga en nombre del rey, que no querían dar lugar, a que particularmente ningún confederado se concertase, con fin que primero Novara se restituyese, estando los campos juntos, concertó su paz con el rey de Francia, que vino en los medios della, con temor de la guerra que esperaba se había de mover por estas partes de Rosellón. La gente que tenía en rey Carlos con la del duque de Orleáns eran mil trescientas lanzas, y dieciocho mil infantes, la mayor parte suizos, que habían bajado para esta necesidad de socorrer al duque de Orleáns: y dellos pensaba traer el rey parte consigo a Francia: y la otra quería enviar al reino: y comenzaron luego a partir algunos gascones, y provenzales la vía de Provenza: y trabajaba de persuadir con gran instancia a venecianos a la paz, por volver a la empresa del reino: y entrar por Rosellón poderosamente. Juró el duque de Milán en presencia de los embajadores de la liga, los capítulos de aquella concordia: y otro día se levantó su campo, y fue a Viglenan: y la gente de la señoría se repartió por los lugares circunvecinos: y luego se entregó Novara por los embajadores del rey de Francia, a Galeazo de Sanseverino, en nombre del duque de Milán. Lo principal desta concordia era, que se había de poner el castellet de Génova en tercería, en poder del duque de Ferrara: y tenerle por tiempo de dos años: y prometía el duque, que no daría lugar, que nadie armase en Génova, sino el rey de Francia: y daría paso por sus tierras para cuatrocientos hombres de armas, y cuatro mil infantes: y que sacaría a Gaspar Fracaso de Pisa, que era ido por orden suya, y de venecianos, con cierta gente para dar favor a pisanos, contra florentinos: que por las cosas de Pisa se habían vuelto a concertar con franceses: y declaróse que si alguno se movía contra el rey de Francia en las cosas del reino, le ayudaría con su poder y gente: y pagaba al duque de Orleáns cincuenta mil ducados por los gastos que había hecho en Novara. La razón que el duque daba, para haber de venir a esta concordia, la cual rehusaron de aceptar, sin consultarlo primero con sus confederados era, que los reyes de España, y romanos no le ayudaban: y que tenía poca gente, y le faltaba dinero, para sostener la guerra: y que siendo malquisto

de sus súbditos, no rompiéndose por España, en breves días perdiera todo su estado. Cuando el Papa tuvo noticia desto, el cual luego que el rey de Francia pasó a Toscana se volvió a Roma, mostró gran sentimiento de aquel tratado del duque de Milán: aunque antes tuvo por cierta la concordia: porque teniendo el duque aquel estado violentamente, y siendo en él tan desamado, parecía que no se podía sostener mucho tiempo contra el rey de Francia, aunque venecianos le ayudasen. Por esta causa el Papa comenzó de armar todos sus presupuestos, y fines contra los estados de Italia: tratando que el rey de romanos con los reyes de España, y Francia, y él, se partiesen el señorío de toda Italia. Mas por otra parte era tan grande el miedo, que tenía de la revuelta de franceses, con nueva liga, que hacía mucha instancia con el rey, que le enviase al conde de Trivento con su armada, para que estuviese en Civitavecchia: porque sucediendo alguna adversidad, decía que quería venirse a estos reinos: y residir en ellos con su corte: de la misma suerte, que otros muchos de sus predecesores estuvieron en Francia, cuando sus reyes amparaban las cosas de la Iglesia. También venecianos, que no se descuidan jamás en sus negocios, procuraban en esta sazón, que el Papa les diese los lugares que ganaron en Apulia: y que no se volviesen al rey don Fernando: porque la señoría de mejor voluntad permitiese en su defensa: y el Papa no quiso venir en esto: porque traía grandes inteligencias con el rey don Fernando: y le pedía galeras para que llevasen de España al duque de Gandía. Concluyendo lo desta paz, el rey Carlos se dio prisa en venir a su reino: dejando a su disposición todo el Piamonte, y el marquesado de Monferrato: y por la nueva concordia la ciudad de Génova: pues podía armar en ella: y teníanse por él Sarazana, y Sarazaneli, Piedrasanta, y la ciudad de Pisa, y Florencia. Desta novedad recibieron las cosas del reino alguna quiebra, con el disfavor que resultó de la paz que hizo el duque de Milán: y era muestra muy evidente, que había de andar aquel reino en peligro de ser ocupado por la mayor parte, del que más pudiese: y porque no pensase el rey don Fernando, que el rey de España sólo se había de oponer a su defensa, por ser de su casa, le advertía, que necesariamente debía considerar, que estaba lejos este su remedio: pues el duque Luis que era su tío, hermano de su madre, no sólo le había desamparado, pero parecía que le dejaba. Había procurado el rey don Fernando, por la conservación de su persona, y estado, casar con una de las infantas, hijas del rey de España: y porque creía que no le darían sino a la infanta doña María, deliberó de casar con la infanta doña Juana su tía: y esto lo deseaba la reina doña Juana su madre, y la Scanderberga, y otras albanesas, que la habían criado: que por quedar en aquel reino, eran buenas medianeras, para que aquello se efectuase: y por esta causa se vino la reina de Sicilia a Nápoles: porque luego se concluyese este matrimonio. Estaban aún los castillos de aquella ciudad en poder de franceses: y combatiéronse diversas veces por la gente del rey don Fernando: y siendo los que se habían hecho fuertes en el monesterio de Santacruz, casi rendidos por combate, tratando de concierto, fue herido de un pasador don Alonso de Ávalos, y de Aquino, marqués de Pescara: y murió luego de la herida: y el rey hizo su capitán general a Próspero Colona. Hubo diversos combates con los franceses, que residían en defensa de los castillos, y con la gente del armada de Francia, que estaba en el puerto, que salía a dar rebato, y socorrer a los suyos, y combatir con los napolitanos, que defendían sus reparos.

En las cosas de Calabria, puesto que sucedían prósperamente, tuvieron el rey don Fernando, y el cardenal de Aragón, que estaba en aquella provincia, gran sentimiento, porque Gonzalo Fernández hacía jurar a todos los lugares que se le daban, fidelidad al rey de España: y dejaba en ellos alcaides puestos de su mano. Pero el rey, pareciéndole que estaba bien fundada su entrada en el reino, quería, así por lo de su estimación, como por el peligro de Sicilia, esforzar la empresa: porque recelaba, que con la nueva de la concordia que se trataba entre el duque de Milán, y el rey de Francia, habría alguna alteración en el reino: y estaba todavía en determinación de enviar un grande de sus reinos, para que con mayor ánimo pasasen con él, los que no osaban declararse por el rey don Fernando. Como después de su entrada estuviesen en mucho aprieto los castillos que se tenían por franceses, el señor de Persi, y el de Aubeni se concertaron, que el de Aubeni quedase en Calabria contra Gonzalo Fernández, y el de Persi acudiese a dar favor al señor de Montpensier: el cual recogiendo su gente de caballo, y mil doscientos suizos que tenía, con gran número de gente de la tierra, que había juntado el príncipe de Bisiñano, pasó a grandes jornadas por Basilicata, acercándose al principado: y de camino se le rindieron muchos lugares que se habían reducido a la obediencia del rey don Fernando: y el rey envió contra él al conde de Matalón, y al hijo del duque de Camarino con cuatro mil hombres: y fueron rotos, y vencidos en Éboli por los franceses: y gran parte desta gente fue destrozada, y muerta. Con la nueva desta vitoria, quedó tan desconfiado el rey don Fernando, que esperaba cada hora que se le rindiesen los castillos, que estaban en tregua, que se determinó dejar otra vez del todo la empresa del reino, y volverse a Sicilia. Pero por consejo del Próspero, que le animó que perseverase en resistir a sus enemigos, con gran diligencia entendió en recoger toda la gente de guerra que pudo: y con ella, teniendo consigo al Próspero, y a Fabricio Colona, y al duque de Camarino, salió a un rebato con mucha gente de caballo, y de pie contra los franceses, que con demasiada soberbia del suceso que había habido, llegaron para juntarse con los que estaban en la defensa del castillo del Ovo, que estaba fuera de la tregua, por la parte de Santa María de Piedegruta: con intención de combatir con los enemigos: pero siendo aconsejado que no lo hiciese, tuvieron algunas escaramuzas: y los franceses volvieron huyendo vergonzosamente: Siguió el rey el alcance con más de doce mil hombres hasta junto de Sarno, a doce millas de la ciudad: de donde se pasaron a la Apulia los franceses: por tener en ella algunos lugares de su opinión. Esto fue a doce de octubre, después del concierto de Novara: y en el mismo día el rey, que estaba aún en Tarazona, envió a mandar a don Enrique, que sin más dilatarlo, rompiese luego la guerra por Rosellón: y con los jinetes, y gente de la misma tierra, entró corriendo la comarca de Narbona: y de la primera correría que hizo, trujeron los nuestros más de dieciséis mil cabezas de ganado, sin poder hacer otro daño, por ser entrado el invierno. También por la parte de Guipúzcoa, hicieron su entrada por Fuenterrabía don Pedro Manrique duque de Nájera, y don Juan de Ribera con las compañías de las guardas: y con mucho número de gente de pie: y corrieron gran parte de la frontera.

De la muerte del rey don Juan de Portugal: y que sucedió en aquel reino don Manuel duque de Beja: y en el mismo tiempo se confirmaron los matrimonios del príncipe don Juan, con Margarita hija del rey de romanos, y de la infanta doña Juana, con el archiduque de Austria: y que la isla de Tenerife se ganó de poder de infieles. XV.

En este tiempo, como las cosas estuviesen en tanta rotura, se procuró de tener las fortalezas de Navarra en personas de confianza: y para más asegurarse de aquel reino, mandó el rey acercar allá su ejército. Por esta causa, temiendo la reina de Navarra no entrase la gente de guerra en su tierra, vino en principio del mes de noviembre a la villa de Alfaro: donde el rey, y la reina estaban: y fue allí recibida con gran honra: y entonces se dio orden que las fortalezas más importantes estuviesen en poder de personas, que amaban el servicio del rey: y porque los mercaderes de Burgos enviaban de la costa de Vizcaya a Flandes una flota de naos con mercaderías, por causa desta guerra se acordó que fuese más número de gente: y se juntase una buena armada: para la cual se había nombrado por capitán general por el rey, Juan Hurtado de Mendoza prestamero mayor de Vizcaya. Esto fue estando el rey, y la reina en Alfaro, a veintisiete del mes de octubre: y cometieron al prestamero, y a García de Cotes corregidor de la ciudad de Burgos, que juntasen en Bilbao su armada: que había de ir a Flandes: y la pusiesen en orden: y porque no pudo ir con el cargo della el prestamero por dolencia, se acordó, estando el rey en la villa de Almazán, a quince del mes de noviembre, que fuese don Sancho de Bazán: y por su muerte se nombró otro capitán. Estando en Alfaro llegó al rey la nueva de la muerte del rey don Juan de Portugal, que falleció a veinticinco de octubre en Alvor, de edad de cuarenta años: y de tanto valor, y tan generoso, y de ánimo grande, que se pudiera aventajar a muchos de los más excelentes reyes, que aquel reino tuvo: si no fuera forzado a poner las manos en aquellos príncipes de su casa, y sangre, que le hizo temido, y ser muy aborrecido de los más principales de su reino: y que él así mismo los aborreciese, y temiese: mayormente a don Manuel duque de Beja: que le había de suceder. Dejó ordenado en su testamento una cosa, en que declaró bien lo que había procurado de sacar de la de la legítima sucesión del reino al duque de Beja su primo, que muriendo el duque sin hijos legítimos, sucediese por su fallecimiento en el reino don Jorge su hijo: y para mostrar más el odio que tenía a la reina de Castilla, le dejó muy encomendada la que llamaba la excelente señora doña Juana su prima, que decían haber sido reina de Castilla, y Portugal: y que fuese mantenida en su estado, como siempre lo fue mientras él vivió. Porque algunos de aquel reino no le hiciesen contradicción, estando determinado por el deudo que con la reina tenía, de dalle todo favor, y la ayuda que hubiese menester, para que quedase pacífico en su reino, se dio orden a los duques de Medina Sidonia, y de Alba, que juntasen luego toda la gente que pudiesen, y avisasen al duque de Beja, que se llamó luego rey, para que entendiese lo que les estaba mandado, si alguna necesidad se ofreciese: y pusiesen en obra lo que él les ordenase. Por esta causa se acordó que la reina se fuese luego a la frontera de Portugal: y no faltó quien aconsejó al rey que si en aquel reino hubiese competencia sobre la sucesión, como se temía, no ayudase a ninguna de las partes: sino en caso, que la una fuese más poderosa: porque del todo no se apoderase de la tierra: y los dejase, que formasen

mayor contienda: y los entretuviese iguales. Era esto con fin que se tomase en aquel medio asiento con el duque de Beja, que era el más justo heredero: y le sacasen por concierto los lugares que habían sido del reino de Castilla: que fueron ocupados por los reyes pasados violentamente: y se trabajase de haber las fortalezas que tenían en África, con la conquista de Fez: que también se pretendía pertenecer a los reyes de Castilla: porque pensaba el rey emprender la conquista de las costas de África comenzando por los reinos de Fez, y Tremecén: y continuarla fuera del estrecho por el mar Océano. Fue sojuzgada a su señorío este año la isla de Tenerife, que fue la postrera de las islas Afortunadas que se conquistaron de infieles: y se ganó por Alonso de Lugo, y no tan sin sangre, que no se perdiese harta gente en aquella empresa: porque aunque los que en ella moraban era gente muy salvaje, y desarmada, por su grande obstinación, ayudados de la aspereza de la isla, se defendieron mucho tiempo: y el año pasado murieron en la guerra que les hizo Alonso de Lugo más de quinientos cristianos. Pero siendo ayudado para esta empresa de la armada, y gente de don Juan de Guzmán duque de Medina Sidonia, volvió a la conquista de Tenerife, que estaba muy poblada, y era sujeta a un rey, que con gran perseverancia persistió en no querer rendirse, ni dejar el señorío, que en aquella parte del mundo le había cabido: y fue vencido, y preso: y la isla quedó poblada de cristianos. Fue traído el rey en memoria de aquella vitoria a España: al cual el rey envió a la señoría de Venecia, en señal de gran amistad con su embajador Francisco Capelo, cuando volvió a Venecia de su embajada. Entonces se dio título a Alonso de Lugo de adelantado de Canarias. Acabado esto con el que sucediese en el reino de Portugal, pensaba el rey de darle por mujer una de sus hijas. Mas muerto el rey don Juan, los portugueses se avinieron tan bien en recibir a don Manuel por legítimo sucesor, conforme a lo que dejó ordenado el mismo rey don Juan en su testamento, que sin contradicción alguna, le dieron luego la obediencia: y alzaron por él pendones: y no tuvieron lugar aquellos consejos. Según lo que parecía que había de suceder en aquel reino muerto el rey don Juan, y lo que después se vio, no se atribuya comúnmente a pequeña gloria de la pacificación dél, al rey, y a la reina: porque todas las ciudades le dieron luego la obediencia: unas porque tenían gran afición al duque don Manuel, y otras donde algunos no quisieran que aquello se sosegara tan presto, también le obedecieron, por no tener a donde recogerse. Entre éstos se detuvieron de ir al nuevo rey, el conde de Borba, que se creyó, que quería que se le diese seguro, y un Diego de Azambuja, que fue fama que se hubo feamente en la muerte del duque de Viseo, y otro Pedro Iusarte, que fue el que descubrió al rey don Juan lo del caso del duque de Braganza, cuyo criado él era: y esperaban haber seguridad, no sólo de las personas, pero de aquello de que se les hizo merced. Don Jorge, que se pensó que fuera competidor en la sucesión, fue luego a Montemayor, a besar la mano al rey: e iban con él todos los Almeydas, y Arias de Silva, que se hallaron al finamiento del rey su padre: a quien él rogó antes que muriese, que no le desamparasen, hasta que le pusiesen con el rey: y dejóle encargado en su testamento, que le diese el maestradgo de Cristo, para que le tuviese con los otros dos que tenía: y que le hiciese duque de Coimbra. Desta manera quedaron muy sosegadas las cosas de aquel reino: y estuvo libre de los temores y sospechas, que antes había: y la mayor novedad que sucedió en esta

revuelta, o en el temor della, fue que la monja doña Juana, que estaba en el monesterio de Santa Clara en Santarem, fue arrebatadamente sacada del monesterio: y la llevaron a la ciudad. Por este mismo tiempo, a cinco de noviembre se confirmaron los matrimonios del archiduque de Austria, y de Margarita su hermana, con el príncipe de Castilla, y con la infanta doña Juana en la villa de Malinas, en virtud del poder que tenía el embajador Francisco de Rojas. Entendióse en procurar que el rey de romanos dejase de favorecer al que se decía duque de York: y no fuese causa, que por aquel estorbo el rey de Inglaterra se excusase de querer entrar en la liga: porque venecianos persistían en ella con mucha astucia: y buscaban formas, que pues el rey de Francia estaba ya en su reino, se le diese por España en qué entender, entre tanto que ellos se ocupaban allá en aprovecharse del rey don Fernando: creyendo que los franceses que había en el reino, bastaban para ponerle en necesidad: en la cual ellos fuesen menester: y fue así que el rey don Fernando por librara de tanto peligro a sí, y a su reino, y reducirle en el primer estado, echando dél a sus enemigos, conociendo que se requería muy cierto socorro, antes que los franceses prevaleciesen en él, y se hiciesen más fuertes, requirió a Agustín Baruadico duque de Venecia, y a aquella señoría, que le ayudasen con gente de pie, y de caballo: y con alguna suma de dinero con que pudiese oportunamente socorrer a los suyos. Sobre esto fueron por él enviados a Venecia Jerónimo de Tutavila conde de Sarno, y el doctor Juan Bautista Espinelo: y Lorenzo Suárez de Figueroa concertó con ellos a la señoría, para que valiese al rey don Fernando: y en seguridad de aquel socorro ofrecieron de poner en poder de venecianos tres ciudades de Apulia, con sus términos, y jurisdicción: que eran Brindisi, Otranto, y Trana: lugares muy importantes en aquella costa. Con estas prendas se obligaron venecianos de valerle en aquella guerra, con setecientos hombres de armas, y tres mil infantes, y con su armada de mar: y le dieron quince mil ducados en dinero: y después el Papa confirmó aquella concordia: y por esta vía sacaron al rey don Fernando aquellas fuerzas, que ellos codiciaban grandes tiempos había: y fue por capitán general de la señoría el marqués de Mantua. Había estado en Génova solicitando las cosas que se ofrecieron tratar con aquella señoría, al tiempo de la liga, en nombre del rey de España, el bachiller de La Torre fiscal de su consejo: y cuando se rompió la guerra fue enviado por embajador un caballero muy principal de Castilla, que se llamaba don Juan Manuel: y tuvo secreta inteligencia con algunos principales genoveses, que procuraran que el rey se encargase de aquel estado: deseando salir de la obediencia, y sujeción del duque de Milán: y a esto el rey dio alguna esperanza: ofreciendo, que si el duque ayudase al rey de Francia contra la liga, no cumpliendo lo que era obligado, y ellos quisiesen seguir su opinión, tomaría a su cargo la protección de aquella señoría: y los ampararía contra el duque, y contra franceses.

Que don Enrique Enríquez de Guzmán rompió con Francia la guerra por las fronteras de Rosellón. XVI.

Las cosas estaban en estos términos, cuando don Enrique Enríquez de Guzmán mediado el mes de noviembre, determinó entrar a correr la Valdania: y mandó tener junta su gente en un lugar que se llamó Opol: de donde partió en anocheciendo con cuatrocientas lanzas, y otros tantos peones: y envió los corredores delante: y con ellos fueron por capitanes don Sancho de Castilla, Bernal Francés, Garci Alonso de Ulloa, Rodrigo de Torres, don Pedro Solier, Gorbacán, y Berlanga. Éstos entraron haciendo sus correrías por una parte: y por otra fueron Hurtado de Luna, Alonso Osorio, Miguel de Ansa, y la compañía de pedro Osorio: y quedaron en celada algunas compañías de gente de caballo, cuyos capitanes eran don Álvaro de Luna, Antonio de Córdoba, Juan de Leyva, y don Sancho de Rojas, con las compañías de jinetes de don Enrique, y de don pedro de Castrillo: y el teniente de don Enrique era Nuño de Ocampo hijo del canónigo Diego de Ocampo: que en el cerco de Zamora hizo muy señalado servicio al rey, y no menos se señaló el hijo en esta guerra. Entraron con esta orden: y pasaron la sierra por camino no nada aprovechado para gente de caballo: y llegaron al primer lugar de Francia, haciendo los corredores mucho daño por la comarca: y corrieron hasta dos leguas de Carcasona: y tomaron gran presa de ganados. Hurtado de Luna, Miguel de Ansa, y Alonso Osorio fueron corriendo la tierra hasta que llegaron muy cerca de una villa, que se llama Talayra: donde esperó don Enrique a don Sancho, y a los otros caballeros que corrían el campo. En este medio alguna gente de caballo desmandada, y una compañía de peones fueron a combatir un lugar, que está junto a Talayra: adonde fue don Enrique por recogerlos: pero ellos se arrimaron tanto a la muralla, que le pareció ser más expediente animarlos, para que combatiesen el lugar, que apartallos. Desta manera defendiéndose los de dentro por buen espacio, entraron por fuerza la villa: e hicieron recoger a los que estaban en su defensa, a otro lugar más fuerte, donde se pensaron defender: pero siendo allí combatidos con gran furia, diéronse luego a merced: y fue puesto el lugar a saco. De allí se volvió don Enrique adonde estaba su celada: y partieron con la presa, que eran veinte mil cabezas de ganado, y cuatrocientas vacas, y yeguas: y sesenta prisioneros: y con ella vinieron a Tuxa, donde había hasta doscientos soldados franceses de guarnición, que salieron a tomar los pasos a la gente de caballo que venía desordenada en la delantera: pero sin recibir los nuestros daño, pasaron adelante su camino. Cuando se apartaron de Tuxa el senescal de Carcasona llegó con ciento de caballo, y quinientos peones, a vista de los nuestros: con propósito de ponerse dentro: pero no osó pasar a delante: y detúvose en otro lugar: y don Enrique se volvió con su gente, sin que se perdiese ninguna parte de la presa. Los prisioneros se rescataron conforme a la costumbre que se había guardado en las guerras pasadas: dando tal orden, que todos los hombres de guerra de cualquiera condición, o hacienda: que se rescataba según la persona, y valor de sus bienes: pero hubo gran contienda entre los hombres de armas, y jinetes, sobre la parte que había de llevar cada uno dellos. Los hombres de armas pretendían, que se les habían de dar dos partes, como era costumbre: y los

jinetes se agraviaban dello, diciendo, que eran ellos los que traían la cabalgada, y corrían el campo. Debatíose sobre esto con tan gran porfía, y enojo, que se temió no fuese causa de alguna discordia: y don Enrique tomó este medio: que mandó repartirles aquella presa por iguales partes: y que se depositase la demasía, que los hombres de armas pidían, hasta que el rey determinase aquella diferencia. También hubo otra novedad, que causó descontentamiento a todos los capitanes: porque el rey había mandado, que se acudiese a sus oficiales con los quintos de las cabalgadas, que se hiciesen: pretendiendo que en tiempo del rey don Juan su padre, los quintos fueron suyos: y no de los señores de los lugares, por donde entraban las cabalgadas: y que todos los pagaban, así los que recibían sueldo, como los otros: y conforme a esto quería que se pagasen. Pretendían los capitanes don Artal de Luna, Martín de Ansa, don Álvaro de Luna, Juan Martínez de Leyva, Pedro de Solier, Antonio de Córdoba, Alonso Osorio, Bernal Francés, Garci Alonso de Ulloa, Rodrigo de Torres, Gorbacán, y Berlanga, que nunca en tiempo del rey, y de la reina en aquella guerra, ni en otras que hubiesen tenido con príncipes cristianos, se había llevado quinto: y cuando se debiese, suplicaron se les hiciese merced de aquella parte, como siempre se había hecho: o cuando otra cosa se determinase, dijeron a don Enrique, que mandase poner recaudo en toda la cabalgada: que ellos no tocarían en ella: y que no recibiría ninguna parte, si tal sinrazón se intentase: y don Enrique, por excusar el daño de la gente, y el menoscabo de la cabalgada, que por aquella causa se podía seguir, permitió que el quinto quedase en poder de los capitanes, hasta que otra cosa se proveyese. Detuviéronse los nuestros en esta entrada, dentro en Francia tres días, y tres noches: y pudieran recibir mucho daño, si los franceses fueran gente de sierra: porque los de caballo eran inútiles por ella: pero como hacían poca cuenta de sus peones, no se atrevieron a tomar los pasos de aquellos montes, que son grandes, y muy fragosos: en que no pudieran los nuestros dejar de recibir gran afrenta. Dejó don Enrique la mayor parte de los peones en Puigcerdá, y Conflent, para la guarda de aquellas montañas. En este mismo tiempo vino a Narbona el bastardo de Borbón, con mil cien hombres de armas, y mil ballesteros para pasar a la frontera de Fuenterrabía, o juntarse con el señor de Albret. Entonces se trató en el consejo del rey, si convendría hacer juntamente guerra por las fronteras de Bayona: y si tal disposición hubiese, poner sobre ella cerco: y combatirla, porque las riberas de aquella ciudad se podían pasar por más arriba: y puesto el real de la otra parte, les quitaban los bastimentos que no les pudiesen ir por tierra, ni por la ría, por donde nuestro ejército se podía bastecer, y hacer desde allí gran daño en Guyena: por ser la tierra llana, y muy poblada: puesto que la gente de aquellas comarcas en cuanto se encierra entre Bayona, Burdeos, y Tolosa, es la mejor de Francia. Proponíanse algunas dificultades en esta empresa, por ser los pasos de los montes muy ásperos: puesto que se afirmaba, que por la parte que está entre Navarra, y Castilla, dejando a Pamplona a la mano derecha, podía salir en ejército a San Juan de Pie de Puerto, por junto a Roncesvalles, que era una casa fuerte en el mismo puerto: y podían entrar en Francia la vía de Tolosa: y también por la de Mauleón de Sola, teniendo la salida por más segura, de Francia para Aragón. Algunos eran de parecer, que se entrase por tierra de Jaca, porque se baja luego a tierra llana cerca del condado de Armagnac: donde hay muchos mantenimientos: y aquel camino se

había de hacer para ir a Carcasona, que está muy cerca de Puigcerdá, y de Rosellón: porque por aquella vía, como los montes hacen una gran entrada hacia España, es más corto, y derecho camino por aquella otra parte para Perpiñán, que por ésta de Aragón, más de dos jornadas. Por estas razones parecía al duque de Nájera, y a algunos del consejo del rey, que en tanto que la gente de armas se juntaba, se hiciese una entrada en tierra de Albret: tomándose primero los puertos: y que se llevase hasta Bayona, todo lo que se pudiese haber de tierra de Labor, que es del señorío del rey de Francia: y comprehende aquel espacio de tierra, que confina en Bearne: e incluye lo de Bayona, que se divide de Guipúzcoa, por la ribera del río, que parte a España de Francia: y entonces, vista la disposición de la tierra, se consultase, si después de junta la gente, debía pasar de la otra parte de Bayona: y estrechar por allí la ciudad: o si convendría primero pasar sobre Daques, y hacer todo el daño que se pudiese por aquella comarca: y volver sobre Bayona: porque con esto convendría a los franceses dejar lo de Rosellón, y volver a defender su propia tierra. Decía el duque, que para hacer guerra por dos partes, era menester muy gran pujanza: y por lo de Narbona no parecía que podían recibir mucho daño los franceses: así por las riberas, como por estar la gente muy apercebida, y más cerca de la ayuda, y socorro del rey de Francia: y que lo más conveniente sería, poner la gente en Perpiñán, y en los lugares fuertes de Rosellón: la que bastase para su defensa: y derribar lo que no se pudiese bien defender: y acometer por una destas partes: porque según orden de guerra, era alguna ventaja, tomar la mano en ella: y gran desatino para la otra parte. Si los franceses quisiesen entrar en Navarra, de que se tenía gran sospecha, y aun temor, eran de parecer el duque y otros, que se recibiesen en Roncesvalles: y que para esto convenía, que la gente de caballo de Castilla, y Aragón se pusiese en la frontera de Navarra: y entrando los enemigos, se fuesen a juntar con la gente de Guipúzcoa, y Vizcaya: y pasasen a Roncesvalles: porque hacia esta parte, no podían defender el puerto los franceses: y a los nuestros era fácil defenderle contra ellos. Determinábase juntar toda la más gente de caballo, que se pudiese haber, porque si los enemigos entrasen, se les diese batalla, antes que hiciesen algún efeto, con que cobrasen reputación: pues entendían, que sería menor inconveniente derramarla, si fuese demasiada, que sufrir con poca, la afrenta de los enemigos: pues la condición de franceses es ser muy blandos, cuando les parece que no los temen: y para excusar la dilación de aquella guerra, si se intentase de mover por Navarra, parecía que se debía llegar al cabo con el rey don Juan, que se diese más bastante, y cierta seguridad, de no acoger en sus ciudades, y villas, gente francesa: y si no la diese, apoderarse de las más fuertes plazas: porque según el estado que tenía en Francia, y los favores que en aquella sazón hacía el rey Carlos al señor de Albret, que gobernaba los estados de su hijo, siempre que al rey de Francia se le antojase, haría a su ventaja la guerra a España: y por esto se acordó, que sería bien, que el duque de Nájera, y el condestable de Navarra ayuntasen alguna gente de guerra: porque se creía que los de Lussa, y del Val de Roncal, que eran oñecinos, con verlos con gente, se declararían contra Francia, en hacer lo que se les mandase. Pero estaba tan adelante el invierno, que todo se pasaba en consejos, y ardidés de guerra: y porque tuvo don Enrique aviso, que Miguel Giginta, que había entregado a Ostia, tenía trato en Colibre, para que en llegando

algunos bergantines, que se habían armado en Narbona, se entregase a franceses, y para el socorro enviaba el rey de Francia seiscientas lanzas, allende de otras cuatrocientas, que estaban ya cerca de Narbona, y con ellos seis mil suizos, y tres mil ballesteros gascones, mandó apercebir toda su gente. Estaba el condado de Rosellón, y aquella frontera muy falta de gente: y no había, con la que fue postreramente don Francisco de Baza, sino quinientos hombres de armas, y seiscientos jinetes: y podían los enemigos cercar qualquiere lugar, no siendo Perpiñán. Por esta causa se proveyó de enviar más gente de peones, y espingarderos, y de los que llamaban tiradores de ribadoquines: para proveer las fortalezas: y por la sospecha que había del trato que Giginta, por estar desterrado de Cataluña, y condenado a muerte, procuraba servir al rey en alguna cosa señalada: porque se le diese el perdón: y le hiciesen merced. Dejó don Enrique en Colibre alguna más gente de la que había: así para que estuviese en guarda del lugar, como en defensa del castillo: y mandó derribar algunas casas, que estaban pegadas con la fortaleza: y puso en Elna a Carlos de Biedma, con una compañía de peones: y envió a Puigcerdá a Hernando de Valencia, con la gente de la compañía de Puertocarrero, y en Conflent, en lugar de Mudarra, que había estado en su guarda, se puso otro capitán con cien lacayos navarros, que entonces llegaron, con otros cincuenta que allí tenía Mudarra: y en Estager entró Álvaro Pontiz, teniente del capitán Garci Alonso. La fortaleza de Salsas no estaba de manera, que se pudiese defender a un ejército, de un día arriba: y era con grande peligro por tener gente de caballo dentro: y poner hombres principales en ella: porque si la tomasen los enemigos, amedrentaban los otros lugares más fuertes: y por esto parecía a don Enrique, que bastaría poner en aquel lugar algunos peones, con el alcaide que allí estaba: porque aunque la tomasen, era de poco efeto: y no se podía sostener, ni la podían hacer fuerte. Lo mismo pareció a todos los capitanes, que estaban con don Enrique: y como no se pudiesen tan presto reparar, ni fortalecer los castillos de aquellos condados, proveyéronse de gente de guerra de caballo, y de pie: porque los enemigos entendiesen, que primero habían de pelear, que ocupar los lugares: y quedó acordado de fortificar el verano siguiente a Clairá: juzgando que estaría muy cómodamente en aquel lugar alguna guarnición de gente: porque aunque no es muy en frontera de los enemigos, estaba en muy buena parte, para tener allí gente: mayormente que las fortalezas que estaban más adelante, no se podían sostener tres días: y aunque entonces Salsas era la fuerza que parecía ser más importante, era la menos fuerte: y ésta fue la causa, que después se mudó a otro mejor sitio.

De la confederación, que se trató entre el rey, y los reyes de Portugal, e Inglaterra. XVII.

Vinieron el rey, y la reina de Alfaró a Daroca, donde estuvieron en el principio del mes de diciembre: y pasaron de allí a tener cortes a los valencianos en San Mateo, lugar del reino de Valencia, en los confines de Cataluña: porque en el mismo tiempo estaban los catalanes convocados, para

tenerlas en Tortosa: poniendo el rey gran diligencia en ser servido destes reinos, para poder mejor entretener los gastos, que se le ofrecían en esta guerra: y que antes que de Daroca partiese, se entendió por medio de don Alonso de Silva, que se halló en Portugal, al tiempo de la muerte del rey don Juan, de confederarse en amistad con el rey don Manuel, que nuevamente había sucedido en aquel reino: a quien en el tiempo de su adversidad, cuando fue perseguido del rey su cuñado, dieron muy grande favor. Ofrecieron de darle por mujer a la infanta doña María su hija: porque el casamiento de la infanta doña Juana estaba ya firmado, y jurado con el archiduque, por palabras de presente: y procuraban, que aquel matrimonio se concluyese, y jurase luego por el rey de Portugal: porque con estos casamientos acababan de asegurar su amistad, y confederación contra el rey de Francia: que estaba entendido, que les había de ser terrible, y continuo adversario. Allende que con este matrimonio se confirmaban las amistades, y paces antiguas, que hubo entre los reyes de Castilla, y Portugal, holgaban de tener aquel rey por muy deudo: porque el rey don Juan había tenido a la monja doña Juana, no en hábito de religiosa, como había de estar, sino con casa, y estado: y procuraban, que el rey don Manuel, poco a poco le fuesen quitando del servicio que tenía: y se encerrase en un monesterio: porque era ocasión de darles desabrimiento, y pena con ella, siempre que se le antojase. Con esto deseaban, que el rey de Portugal restituyese a don Jaime, y don Dionís sus sobrinos sus bienes, y estados: pues de justicia lo debía hacer: porque decían, que aunque el rey don Juan buscó colores para condenar a don Hernando duque de Braganza su padre, aquello no se hizo justa, ni debidamente: y procuraban, que el rey enviase por el mayor dellos: porque del otro, por su respeto le querían tener a su cargo, para que fuese acrecentado en estado en su reino. Lo mismo se trataba en lo de don Álvaro de Portugal, y de su mujer, y del conde de Faro: en lo cual había precedido menos razón: porque para ocuparles sus bienes, no tuvo el rey de Portugal causa, ni color alguna. No se había tratado esto por condición, en el casamiento de la princesa doña Isabel con el príncipe de Portugal: porque desde el tiempo de las paces antiguas estaba asentado, que habiendo el príncipe don Alonso catorce años, si la princesa no fuese casada, hubiese de casar con él: y no hubo lugar para dejar ordenado, que fuesen restituidos en sus estados. Mas el rey de Portugal, aunque no desechaba lo deste matrimonio, porque no le convenía menos, procuraba, le diesen a la princesa: y a la postre así hubo de ser: aunque ella lo rehusó mucho tiempo. Estaba muy confederado en esta sazón el rey de España, con Enrique VII rey de Inglaterra: y fue también concertado el matrimonio de Arturo príncipe de Gales su hijo con la infanta doña Catalina: y por esta causa procuraba de concertar al rey de Inglaterra con el de Escocia en las diferencias que tenían: porque el rey de Inglaterra quedase libre, para poder entrar en la liga. Solicitaba lo desta concordia con el rey de Escocia por parte del rey, un caballero aragonés, que se llamaba don Martín de Ferreira: y porque se entendía, que se trataba de casarle, con una sobrina del rey de romanos, procuróse, que se efectuase aquel casamiento, antes que casase en otra parte: porque el rey de Escocia había pretendido casar en España con la infanta doña María: y sus padres no quisieron dar lugar a este matrimonio: por estar determinados de casar una de sus hijas en Inglaterra: y por esta causa se procuraba de persuadirle a

lo de la sobrina del rey de romanos. Todo esto era con fin, que el rey de Escocia no diese favor al que se decía duque de York, contra el rey don Enrique: teniendo el rey deliberado de tomar deudo con él: y conservar su amistad en aquella casa de Inglaterra, por medio del matrimonio de la infanta doña Catalina con el príncipe de Gales.

Que los castillos de Nápoles se rindieron al rey don Fernando, y de la muerte del rey don Alfonso su padre. XVIII.

Después de haberse rendido al rey don Fernando la ciudad de Nápoles, Capua, Aversa, y Salerno, y toda la costa de Malfa, y Nola, y otros muchos lugares, teniendo cercados los castillos Nuevo, y del Ovo, por causa de la rota, que dieron franceses al conde de Matalón, que fue grande, el rey, y los de su cortejo tuvieron por bien de hacer cierta concordia con los que quedaron en la defensa de los castillos: antes que los que estaban dentro entendiesen, que había sucedido a los suyos tan prósperamente: y les concedieron muchas cosas a su ventaja: temiendo, que si los enemigos se llegaban a la ciudad con la parte anjovina, teniendo los castillos contrarios, donde había muy buena gente, era poner el estado de todo el reino en manifiesto peligro. Por esto holgó el rey don Fernando de entrar en tregua con los castillos: y con todo esto llegaron los enemigos hasta Pie de Gruta, como dicho es, la vía de la marina, a vista del castillo del Ovo. Entretanto, como la armada de España discurriese por la costa, el señor de Montpensier, y el príncipe de Salerno, y Belcaire, y muchos de los barones del reino, que estaban en el Castillo Nuevo, se embarcaron en la armada, que tenían delante de los castillos: rompiendo el asiento, que se había concertado: porque en él se deliberó, que la armada no saliese de donde estaba, sin licencia del rey. Dejaron en el Castillo Nuevo hasta trescientos soldados: y fueron con alguna artillería a desembarcar a Salerno, que se había rebelado, luego que el conde de Matalón fue rompido. Allí se juntaron los franceses, y toda la parte anjovina: y enviaron alguna parte de su gente, para socorrer a Tarento: lo cual hicieron a gran coyuntura. Entonces ganó por combate el rey don Fernando a Nocera, con el castillo, donde estaban los hijos, y nuera del conde de Montorio: y volvió con su ejército sobre Sarno: pero como los franceses fueron rehaciendo su gente, el rey venía muy a menudo a Nápoles, para que se estrechase el Castillo Nuevo: y fue combatida, y entrada la ciudadela: y los que estaban en su defensa se recogieron a las torres del castillo: y pocos días después los del rey don Fernando ganaron la torre de San Vicente. En este medio los contrarios rehicieron su ejército en Salerno: y fueron a combatir a Sanseverino, que está a tres millas de Sarno: y se tenía por el rey en defensa de españoles: y defendiéronse maravillosamente: siendo combatidos en el principio del mes de diciembre: pero como no fuesen socorridos, y les faltasen los bastimentos, se rindieron: y fue gran daño, por ser en aquella sazón. Era el ejército francés muy superior al del rey: el cual con el suyo estaba en su fuerte sobre Sarno: y entonces los del Castillo Nuevo, que habían concertado de rendirse, si no fuesen socorridos, y tenía puesto en

rehenes al señor de Alegre, y otros principales franceses, en poder del conde de Trivento, que era vuelto con su armada, que fue en seguimiento de la francesa, hasta el canal de Pomblín, porque se cumplía el término, dentro del cual el castillo estaba aplazado de rendirse, y si pasase, el rey podía disponer de las rehenes a su voluntad, el de Alegre tuvo forma, que se rindiesen los que estaban en el Castillo Nuevo: y fue entregado al rey don Fernando a ocho de diciembre: y de allí a diez días, el alcaide que tenía el castillo del Ovo, se concertó con el infante don Fadrique: por cinco mil ducados que le dio: y como quiera, que por concierto se le dieron dos meses de tiempo, para que entregase aquella fortaleza, si no les llegase socorro, sin más esperar, se dio luego: y en el mismo tiempo don César de Aragón tenía cercado a Tarento, habiéndose primero defendido los de aquel lugar del infante don Fadrique, que se levantó del cerco, por venirse a juntar con el rey su sobrino. Pocos días antes murió en Mesina el rey don Alfonso: el cual no duró un año entero en el reino: ni le vivió después de le haber dejado. Algunos creyeron, que estaba tan puesto en la contemplación de las cosas divinas, y tan olvidado de todo otro negocio humano, y consolado del apartamiento que había hecho del reino, que hizo muy santo fin. Mas aunque después que llegó a Sicilia, estuvo retraído lo más del tiempo en Monreal, pero su vida era más de ocio, que de religión: puesto que tuvo consigo siempre algunos frailes de compañía: y se ejercitaba en la lección de las letras sagradas: y no se puede sino loar, que fue en gran manera celoso de la justicia, y de las cosas de nuestra religión, y del culto divino. De Monreal se volvió a Mesina, con deseo de tornar a Nápoles: no por reinar, según él decía, mas por residir en Poggio Real, y en el castillo de Cauana, y estar con quietud de ánimo en aquella ciudad, que siempre fue muy apacible a gente ociosa, y holgazana: y pasar una vida sosegada, y libre de todo cuidado. Era cosa de grande admiración, el miedo que tuvo después de haber dejado el reino: siendo todo temor muy compañero de los que reinan: y habíase persuadido de una vana imaginación, que le habían de matar: tanto que la principal causa, que le llevó a Mesina, fue estar allí el visorey Juan de Lanuza. Por causa destes temores, cuando salía fuera, andaba ceñido con un estoque: e hizo pasar a Sicilia algunos de Lípari, para que fuesen de su guarda: porque los tenía por muy fieles: y aquéllos le velaban de noche. Al tiempo que entró en Mesina, estaba cuartanario: y parecía, que su estada en Sicilia sería por tanto tiempo, quanto durase de echar los franceses del castillo de Nápoles: porque le daban esperanza, que se acabaría con el duque de Milán, y con el cardenal Ascanio, que tuviesen por bien su ida: pero lo cierto era, que como al rey su hijo, y a la reina de Nápoles pesase de su ida, y en el mismo tiempo se publicase la concordia del duque de Milán con el rey de Francia, y por las otras sospechas, que se han referido, el rey de España había mandado al visorey, que se tuviese honesta forma, como no pudiese salir de Sicilia, aunque quisiese. Así se hubo de recoger a Mazara: y allí vivió algunos días desterrado, y depuesto del reino, con poca estimación de valeroso rey: puesto que siendo duque fue de los que mucho se señalaron, entre los que hubo en sus tiempos. Falleció un miércoles a dieciocho del mes de noviembre deste año: y fue enterrado su cuerpo en la iglesia mayor de Mesina. Su muerte fue muy llorada en el reino: señaladamente en la ciudad de Nápoles: donde por su gran religión, y por haber sido tan justiciero, por verle despojado del reino, deseaban extrañamente que

volviese: y esto era con tanta afición, que habían pasado algunos meses, que era fallecido, y le tenían por vivo: y era esperada su vuelta pública, y particularmente de la gente principal de aquella ciudad, y de todo el pueblo, con gran demostración de fiesta, y alegría: y no se podían persuadir que fuese muerto.

De la guerra que hacía el rey don Fernando a los franceses, y a la parte anjovina, que estaba en el reino. XIX.

Rendido que fue el Castillo Real, teniendo nueva, que la armada francesa volvía, el conde de Trivento deliberó de pasar a Gaeta, y a la isla de Ponza, para esperar a los franceses: pero por bastecer su armada, que estaba muy falta de bizcocho, no pudo partir tan presto: y salió con cuatro carracas, y cinco barcas de la armada de España: y sin esperar los otros navíos, hizo vela la vía de Gaeta: y a quince millas reconocieron, que una nave gruesa de la religión, y otras cuatro estaban junto a Gaeta, forzando de entrar en el puerto, que llevaban gente de socorro a los que estaban dentro por el rey de Francia. Salió tras el conde con seis galeras el infante don Fadrique: pero antes que llegase entraron en el puerto los contrarios: y el infante con las galeras se fue a Castellón a tres millas de Gaeta: y porque los franceses, que estaban en ella, enviaron por tierra gente para combatir a Castellón, el conde se acercó a la playa: y echó su gente fuera, para que le defendiesen. Con aquel socorro los que estaban en Castellón dieron en los franceses, e hicieronles volver huyendo hacia Gaeta, y mataron algunos. Luego el conde proveyó, que Miguel Ferrer con cuatro barcas, y una carabela, y dos galeras, saliese a combatir dos naves, que iban a Gaeta: y otro día tomó la nao Magdalena con trescientos franceses, y con mucha harina, y bizcocho, y municiones: y no pasó Ferrer adelante, porque no quedaban más navíos de Francia fuera del puerto de Gaeta. De aquellos prisioneros se entendió, que la gente que entró en Gaeta de refresco, eran dos mil quinientos hombres, y muchos dellos enfermos: pero eran alemanes, y gascones, con los cuales no sólo se socorrió Gaeta, pero fue causa que se reforzase el ejército de los enemigos. Tratábase en este tiempo entre el gobernador de Génova, y don Juan Manuel de una parte, y el conde de Conza, que iba malcontento de Francia, de concertar a los príncipes de Bisignano, y Salerno con el rey don Fernando: mas esto fue de tan poco efeto, que la guerra se fue más encruceciendo, cuando se pensó estar al remate della. Había enviado el rey parte de su gente con Fabricio Colona, para que saliese al paso a los alemanes, y gascones, que habían desembarcado en Gaeta: porque no se juntasen con el otro campo: y adelantóse el príncipe de Salerno con alguna gente de caballo: y juntóse con ellos: y no fue parte Fabricio, para que no pudiesen a su salvo juntarse con Montpensier: y en un ejército, juntamente con Virginio Ursino, fueron a Sanseverino: con intención de ganar primero la aduana de los ganados. Viendo el rey, que los enemigos tomaban el camino de la Apulia, por causa de la aduana, partió de Benevento donde estaba, y llegó hasta Fogia: y tenía en esta sazón esparcida su gente desta manera: que el Próspero, y don

César de Aragón estaban en Nocera, Fabricio en Troia, y el marqués de Mantua con la gente de la señoría de Venecia, siendo llegado a Benevento, pasó a Santa Ágata, por juntarse allí con el rey: y era este socorro de venecianos de tal condición, que siempre el rey don Fernando tuviese necesidad dellos: y no fuese bastante de remediar el peligro. En este tiempo, deliberado Fabricio de pasar con seiscientos suizos que tenía, de Troia a Fogia donde el rey estaba, rehusaron de seguirle, por juntarse primero en Nocera, con otro tercio de suizos: porque en un cuerpo se juntasen con el rey: y así se hubo de hacer contra la voluntad de Fabricio. En el camino, a caso se encontraron aquellos seiscientos suizos con todo el poder de franceses: y siendo por ellos acometidos, defendiéronse con extraño esfuerzo: y mataron mucha gente de caballo de los contrarios, y de los más principales: pero ellos fueron rompidos, y no escaparon sino ciento, en lo cual se recibió muy grande daño. Con el suceso deste rencuentro los franceses fueron a presentar la batalla delante de Fogia, donde el rey estaba: y envióle Montpensier con un trompeta a requerir que saliese: y el rey le respondió, que cuando sería tiempo se la daría: porque tenía su gente tan esparcida, que ninguna cosa le convenía menos. Estando el marqués de Mantua en Santa Ágata, Próspero Colona, y don César en Nocera, y otra parte del ejército en Troia, con todo esto el rey salió con sus caballos ligeros, y escaramuzaron con los franceses: y de ambas partes hubo prisioneros, y muertos. Pasaron adelante los franceses con sus batallas ordenadas: y fueron a poner su campo a una ermita, que se decía la Encoronada a tres millas de Fogia: donde se detuvieron dos días: y de allí prosiguieron su camino adelante por salvar los ganados de la aduana, y ganar el derecho della, del cual ellos llevaron un tercio, y el rey recogió el otro, y la tercera parte se perdió para ambas partes. De suerte que aprovechó muy poco la ida del marqués de Mantua, para salvar la aduana, que era de mucho interese para el rey: y fue gran daño en hecho, y reputación: porque todo el mundo creía, que llegando la gente del marqués, se habían de retraer los enemigos: y recogerse a los lugares fuertes: y buscar modo como salvarse. En lugar desto, quedaron los enemigos vitoriosos: y cuanto al provecho era aquello de tanta importancia, que faltando lo de la aduana, no había ya expediente, ni forma de sacar dinero para pagar la gente. Con este suceso los enemigos se tornaron a juntar en San Severo, quedando el rey en Fogia, y el marqués en Nocera, de manera, que los franceses estaban en medio, y los tenían partidos, sin tratar de parte del rey en dar la batalla: teniendo mil doscientos hombres de armas, y dos mil caballos ligeros con los estradiotes: y llevaba el marqués más de mil setecientos alemanes, y mil de los que llamaban provisionados de la señoría, y dos mil infantes comendados. Tenían los franceses setecientos hombres de armas, los trescientos franceses, y más quinientos caballos ligeros, y mil quinientos alemanes: y mil comendados: y aunque la parte del rey era más poderosa, no tenía gana de llegar a batalla. En esta sazón vino a Nápoles el infante don Fadrique por la empresa de Gaeta, que no se tenía por muy difícil: y tardóse la ejecución, no tanto por otro impedimento, quanto por falta de dinero: con harto temor del rey don Fernando, que los enemigos, pues había salido con lo de la aduana, pasarían a socorrerla.

Que Gonzalo Fernández redujo a la obediencia del rey de Nápoles la provincia de Calabria. XX.

Gonzalo Fernández en este medio, con toda la gente que le quedaba, hubo de estar en Nicastro más de dos meses, y medio: esperando el dinero, que de España había de ir, para pagar la gente: y después que fue pagada mediado febrero, partió de Nicastro para entrar en los Casares de Cosenza, en que había más de seis mil hombres de pelea: y los cinco mil ballesteros: y halló que tenían dos pasos muy estrechos los condes de Melito, y de Nicastro con hasta cuatro mil peones de la tierra, y con alguna gente de caballo. Para pasar adelante, fue forzado abrir el camino con las armas: y dio nuestra gente en ellos, y fueron echados de aquellos lugares en que se habían hecho fuertes, para impedir el paso: y fue aquella noche Gonzalo Fernández a Paterna, y Debiñano, que eran dos casares, que el día antes se les habían entregado. Había dejado en la retaguardia a Pedro de Paz, con los caballeros de su compañía, y hasta ciento cincuenta soldados de los mejores: y el conde de Melito vino a dar en ellos: y defendiéronse tan bien, que mataron, y prendieron de los contrarios más de cuarenta: y otro día Gonzalo Fernández dio la vuelta al lago, que es un llano, donde se solían juntar los enemigos: y luego fueron allí los síndicos de todos los casares a prestar la obediencia: que no quedaron sino Grimaldo, y Sillano: y envióse un trompeta a Grimaldo, que era casal muy fuerte de sitio, de cuatrocientos vecinos, en que estaban trescientos hombres forasteros: y porque respondieron con mucha soberbia, fue combatido: y dentro de media hora se entró por fuerza, y fue puesto a saco: y quemado con poco daño de los nuestros: y luego vinieron allí los síndicos del otro casal, a prestar la fidelidad. Aquella noche fue el conde de Melito a ponerse dentro de la ciudad de Cosenza, con algunos suizos que tenía: y con la gente de caballo que pudo recoger: y Gonzalo Fernández, que entendió, que convenía apresurar, para juntarse con el rey, y que en aquello consistía la vitoria, deliberó pasar al valle de Crato, para combatir a Cosenza, y apoderarse de la ciudad. Otro día se vino a poner a una milla de Cosenza: y envióse un trompeta a requerir a los de dentro, que se diesen: y respondieron por respeto del conde de Melito, que no querían otro señor, sino al rey de Francia: pero aquella misma noche se salió el conde: y a la hora enviaron sus síndicos a Gonzalo Fernández con las llaves: y otro día por la mañana se vino aposentar dentro de la ciudad: y el castillo se comenzó a combatir: pero defendiéronse bien los que le guardaban, por ser fuerte, y tener buena artillería, y estar bien proveído. Detúvose en Cosenza dos días, por entender en proveer lo necesario para el cerco de aquel castillo: sobre el cual dejó un capitán con doscientos soldados: y partió para Montalto, que era una buena villa, y fuerte: y en presentándose con su ejército se entregó: y el castillo se rindió otro día: y con esto se redujo todo el condado de Montalto, y el de Renda: y dentro de seis días el principado de Bisiñano, y todo el Val de Crato: en que había gruesas villas, y muy buenas fortalezas, que se pusieron en defensa: y muchas dellas se tomaron por cerco, y algunas por combate. Rindiéronse por cerco los castillos de Bisiñano, Aciri, Altomonte, Paula, Santo Lochito, Murano, Urso, Belveder, y el de Castrovilari: y ganáronse por fuerza Casano, y otro castillo en extremo fuerte: y los alcaides, y

algunos otros que dentro estaban, fueron colgados por las almenas. Entonces Gonzalo Fernández se vino a Castrovilari, que era villa de más de mil vecinos del príncipe de Bisiñano: y estaban a una legua, en una villa muy fuerte el cardenal hermano del príncipe de Bisiñano, y los condes de Melito, y Nicastro con cuarenta almetes, y setenta caballos ligeros, y quinientos peones forasteros. Está aquella villa al pie de ciertos pasos tan estrechos, que doscientos hombres bastaban a defenderlos a grande ejército: y para pasar adelante era forzado seguir aquel camino. Fue Gonzalo Fernández avisado, que los de aquella villa tenían su ganado en lo alto en un grande llano: y fueron por otro rodeo, y por muy angostos pasos: y corrieron lo alto: y tomóse muy gran cabalgada de ganado, y prisioneros: y volviendo con ella hallaron, que los contrarios les habían atajado el camino, y tomado el paso: de manera que si por allí descendieran, era muy gran peligro: y con harta ventaja de los enemigos: y Gonzalo Fernández hizo que bajasen por la otra parte: y llegando a lo llano, vieron venir a gran prisa a los enemigos, que se iban a recoger en la villa: y dieron en ellos: y fueron desbaratados: y murieron más de doscientos peones, y algunos de caballo: y quedaron presos entre la gente de caballo, y de pie más de setenta: y siguieron el alcance hasta las puertas de la villa. Aquella noche se volvió Gonzalo Fernández a Castrovilari: con acuerdo de volver otro día en amaneciendo a combatir el lugar: pero el cardenal, y los condes se fueron aquella noche a Lauria: y a la mañana se rindió: y se puso cerco a la fortaleza, que era muy fuerte: y tomó plazo de seis días para pedir socorro: y al cabo dellos se rindió. Teniendo Montpensier noticia desto, envió cuarenta hombres de armas, y cincuenta caballos ligeros al encuentro de Gonzalo Fernández, con Honorato de Sanseverino hermano del príncipe de Bisiñano, y con Aimerico de Sanseverino hijo del conde de Capacho, y con el conde de Lauria: y juntáronse en Lauria, para ir a Layno: que era una buena villa, que se había rendido a los nuestros. Tenía en esta sazón Gonzalo Fernández reducida a la obediencia del rey, casi toda la provincia de Calabria: habiéndose apoderado de los estados del príncipe de Bisiñano, y del conde de Capacho: y no restaba sino un pequeño rincón: en que quedaba, como en fuerte, el señor de Aubeni: y estaban las fortalezas en poder de personas, que eran muy fieles al rey de Nápoles: proveídas de su mano: para esperar cualquier afrenta: y él se detuvo en Castrovilari, adonde se fue a poner el cardenal de Aragón: para sostener desde allí, lo que se había ganado. Con todos estos buenos sucesos, no estaban las cosas sin peligro: por tener poca gente, y la que había estar repartida en diversos lugares: y haber enviado postreramente ciento cincuenta de caballo, para sostener la parte de Monteleón: y por la poca fidelidad, y firmeza que había en los pueblos. Sucedió así, que siendo rendido a Gonzalo Fernández Layno, Castelluzo, y La Redonda, enviando alguna gente, para que se apoderasen del castillo de Castelluzo, pusieron dentro algunos soldados, que se entendió que bastaban con la gente del lugar, que se mostraron tan obedientes, que pareció se debía fiar algo dellos: y envió a Pedro de Paz con trescientos soldados, para que pusiese cerco contra el castillo de Layno: y otros a La Redonda. Entonces los condes de Lauria, Melito, y Nicastro, y Aimerico Sanseverino se pusieron en Lauria con setenta hombres de armas, y treinta caballos ligeros, y mil peones: y por su llegada luego se rindieron los de Castelluzo: y prendieron a los españoles que allí había enviado Gonzalo Fernández: y los del

castillo de Layno que estaban en tanto estrecho: que muy en breve se rindieran, aunque era fortísimo, por traición de los del lugar, se detuvieron: y trataron con el conde de matar a Pedro de Paz, y ofender a los nuestros, cuando el conde pareciese con el socorro: y partiendo los condes a este trato, fue avisado dello Pedro de Paz por una espía: y por algunos del lugar: y como pudo sacó su gente echando fama que iba a quemar a Castelluzo. Los de Layno, que habían hecho aquel trato, dejáronle salir por tomarle a un paso, donde ninguno se pudiera escapar: y cuando se vio en el campo, recogió a los que habían ido a La Redonda: y pasóse a Moremano, que era un lugar más fiel. Cuando los villanos le vieron tomar otro camino del que pensaron, probaron de dar en él: pero Pedro de Paz los recibió tan bien, que hizo mucho daño en ellos: y se volvieron huyendo: y por su miedo, y porque tardaron algo los condes, nuestra gente se puso en salvo en Moremano. Esto fue tan de rebato, que no hubo lugar que Gonzalo Fernández lo supiese. Después fue toda la gente que aquellos condes tenían junta, a correr a Moremano, y a combatir a Ursomarso: pero los peones que Gonzalo Fernández tenía en el cerco del castillo de Ursomarso, con los del lugar obraron tan bien, que desbarataron más de quinientos, que les fueron a combatir por trato que tenían con algunos: y volvieron desbaratados, y sin socorrer el castillo: y toda la otra gente vino a Moremano: y los nuestros salieron a ellos cuando se volvían, a un paso, y los desbarataron: y fueron presos algunos de caballo: y perdieron de los peones entre presos, y muertos, más de ciento: y Gonzalo Fernández apresuraba por juntarse con el ejército del rey. No se había ganado en esta guerra hasta este tiempo cosa alguna, sino lo que Gonzalo Fernández ganó: porque desta parte en lo de Apulia, y Abruzo, donde se hallaba toda la fuerza del rey, más se había perdido, que ganado, así en reputación, como en obra.

Que Luis de Vera, y el hijo del conde de Ayelo fueron desbaratados en Calabria, y quedó destrozada su gente. XXI.

Estaban las cosas de Calabria en tanta reputación, que Luis de Vera, a quien Gonzalo Fernández dejó en la provincia baja, en frontera del de Aubeni con ciento cincuenta lanzas, y con la gente de pie, que le pareció bastante para resistir, con la que el visorey de Sicilia había enviado, fue a instancia de un barón calabrés llamado Escurucho, a socorrer un lugar que había alzado banderas por el rey don Fernando: y partió de Borelo, donde tenía su guarnición. Apenas fue salido Vera de Borelo, que el señor de Aubeni, con trato que tuvo con los de aquel lugar, se entró en él, sin hallar resistencia: y mataron los españoles que allí se hallaron: y hasta las mujeres, y niños. Tras este lugar se le dieron luego los condados de Melito, y Arena, y otros muchos lugares: y Vera se vino con su gente a Monteleón. Sabido esto por Gonzalo Fernández, y la alteración de aquella provincia, como no lo podía socorrer de allá, por estar tan lejos en otra frontera, y por no desamparar lo del val de Crato, y del príncipe de Bisiñano, que se había ganado, y toda la otra parte de aquella comarca, que se había

reducido, envió a la baja Calabria, para reparar aquel daño, a García de Soria con la gente de caballo de su compañía: y a Jacobo Conde, que era capitán muy estimado en toda Italia, y un hijo del conde de Ayelo con algunos caballos, y gente de pie, con que podía ser Luis de Vera temido del de Aubeni: y el visorey de Sicilia envió a lo de Terranova, y para que se juntase con Luis de Vera, al barón de Monjolino con alguna gente de caballo. Dio asimismo Gonzalo Fernández al conde de Ayelo cien caballos, para que con ellos acudiese a Cosenza: y con recelo que el de Aubeni no reforzase su gente, por aquella parte, y fuese a socorrer el castillo de Cosenza, entendiendo que si él se iba a juntar con el rey, se perdía lo que había ganado, y si no lo hacía, quedaba atajado, porque desta parte estaban al encuentro los condes de Melito, y de Lauria, que tenían hasta cien hombres de armas, y otros tantos caballos ligeros, y muchos peones, estuvo en sí muy dudoso de lo que haría: porque había repartido su gente, y quedaba tan sólo, que por poca más ayuda que los condes tuvieran, bastaran a ofenderle: mayormente desconfiando de la gente de la tierra. Viéndose en esta dificultad, y peligro, dio aviso a Juan Ram Escrivá de Romaní, para que procurase con el rey don Fernando, le enviase mil infantes, y cien almetes: pero como el rey tenía tan cerca a sus enemigos, no quiso dar lugar a ello. Entonces Escrivá con gran diligencia procuró, que una compañía de hombres de armas, y caballos ligeros todos españoles, que eran de don Juan de Cervellón, se fuese a juntar con Gonzalo Fernández: y dio sueldo por un mes a quinientos soldados españoles bien armados: y entre ellos había trescientas picas: y todos los demás eran ballesteros, y espingarderos. Estando a punto esta gente para embarcarse, se deliberó, por los tratos que andaban sobre lo de Gaeta, que don Juan de Cervellón quedase con su compañía, para ir con el infante don Fadrique a aquella empresa: porque en tierra de Labor no había otra gente de caballo: con acuerdo que acabado lo de Gaeta, que se pensaba rematar en breves días, se enviaría a Gonzalo Fernández mayor socorro. Por esta causa envió Escrivá solos los quinientos peones, en cinco galeras venecianas, de veinte que tenían en el reino en esta guerra: por las cuales pagaba el rey de Nápoles diez mil ducados al mes. La necesidad del socorro iba creciendo en Calabria, por gran desgracia de Luis de Vera: el cual procuró de reforzarse de alguna gente que pudo recoger: y con algunos caballos sicilianos, que se juntaron con él, salir con el hijo del conde de Ayelo a correr la comarca, y hacer todo el daño que pudiese en ella: porque Jacobo Conde, y él hicieron la muestra de la gente que tenían de guarnición en Monteleón: y halláronse más de doscientos de caballo, y seiscientos peones entre españoles, y sicilianos, y otros extranjeros. Hecho el alarde un sábado, a veintiuno de mayo, Luis de Vera con hasta ciento treinta de caballo, y todos los peones, o los más dellos, con tener los lugares de los enemigos muy cerca, deliberó de hacer sus correrías: y habiendo quemado a Filogasso, rindiósele Panegua: y siendo ya entrado el lugar por los peones, no pudiendo pasar la gente de caballo una puente, todos dejaron sus caballos lejos del lugar: y quedando de fuera Luis de Vera, y el hijo del conde de Ayelo, no pudiendo detener la gente de caballo, entraron todos dentro a robar. En aquel punto llegó el socorro de los enemigos, que estaban a tres millas: que eran algunos hombres de armas franceses, y hasta cincuenta estradiotes, y trescientos infantes: y por el mal recaudo de los nuestros, dieron sobre ellos tan repentinamente, que Vera no tuvo tiempo para

sacar la gente del lugar: y los enemigos tomaron a su salvo todos los caballos: y aunque Vera, y el hijo del conde pelearon con algunos pocos que consigo tenían, no bastaban a resistir. Cuando sintieron a los enemigos los que estaban robando, con el rebato dejaron, no solamente el despojo, pero las armas: y atendían a salvarse, como mejor pudieron. Fuese Luis de Vera a Monteleón, y el hijo del conde de Ayelo, y otros caballeros se recogieron a algunos castillos de la comarca, que se tenían por el rey de España: y con esto quedó destrozada, y casi deshecha la compañía de Luis de Vera: y el ejército de Gonzalo Fernández muy disminuido, y falto de caballos, por los que se habían perdido en las jornadas pasadas. Por este caso, y por la infidelidad, y maldad de los pueblos, estaba lo de aquellas provincias de Basilicata, y Calabria en harto peligro: y por esta causa Gonzalo Fernández atendía, a proveer los castillos, como mejor pudiese: y determinaba dejar los lugares a su albedrío, y pasar él a Cosenza, por estrechar el cerco del castillo, lo que pudiese: y siendo en su poder, dejar de la gente que tenía al conde de Ayelo, para sostener aquella ciudad, y con la que le quedase, volver sobre el señor de Aubeni hasta deshacelle: o aventurando algunos lugares, que se tenían por los nuestros, socorrer a lo que más pudiese dañar: y poner la gente en lugar, donde no se perdiese con la reputación. Después deste rencuentro Jacobo Conde, que era ido en socorro de aquella comarca, y estaba en Terranova, envió a demandar socorro al rey don Fernando: porque toda la provincia estaba para rebelarse: y en el consejo del rey se determinó, que las cinco galeras venecianas, que llevaban los soldados, con otras dos galeras fuesen primero a la costa más vecina del campo de Gonzalo Fernández, que aun entonces no sabía de aquella rota, para que se aprovechase de aquellas siete galeras, en lo que ocurriese por aquellas costas: y si le pareciese, enviase los quinientos soldados a Luis de Vera. Por este caso el visorey de Sicilia envió de Mesina a Jacobo Tudisco con cuarenta de caballo, y a Nardo del Porto con cincuenta, que eran buenos capitanes, para dar socorro a las cosas de aquella provincia.

De la diversidad que había entre los del consejo del rey de Nápoles: y de la dificultad en proseguir la guerra, los príncipes de la liga. XXII.

Las cosas del reino estaban en este conflicto: y parecía que iba aquella empresa encaminada a perderse, cuando se creía que se había de vencer. Toda la esperanza de la vitoria se tuvo primero en la gente del marqués de Mantua: y después de llegada, no dejaban los enemigos, con mucho menor número de gente, de ser señores del campo: y ninguno osaba salir contra ellos. Mandaba el rey don Fernando a los estradiotes que saliesen a correr la frontera, y no quisieron: excusándose, que no les pagaban: pero la causa era, porque la gente del reino rehusaba de ir con ellos: y quedábase por los lugares: y la del rey no quería llegar al hecho de las armas: y aunque los que iban en su socorro quisiesen hacer su deber, dañaban a los otros, porque eran parientes, y amigos de los rebeldes: y no querían, que aquéllos a su riesgo, se perdiesen, pero que sin batalla se redujesen. Comoquiera que

había algunos que no deseaban que se redujesen, por tener prometida gran parte de los bienes, de los que se habían rebelado, pero todos se conformaban en una cosa, que no querían llegar a la batalla, ni aun a otro género de rencuentro, o escaramuza. Otros holgaban que aquella contienda durase: y se entretuviese: y se creía, que el marqués no tenía comisión de la señoría de Venecia, para apretar el negocio: sino para diferirlo: porque su socorro particular fuese el postrer recurso: pretendiendo, se pusiesen en poder de la señoría más lugares. Hasta entonces los de la liga favorecían poco esta empresa, y acudían mal a ella: y no había gente suya en el reino: aunque se decía que iba la del señor de Pésaro, y de los duques de Gandía, y Urbino: y si hubiera llegado, fuera fenecida la guerra. Vista la poca confianza que se podía tener la gente del reino, se propuso en consejo, de rematar el negocio: y que para esto, toda la gente extranjera sin mezclar ninguno del reino, se juntase: y que con solos ellos se diese la batalla: y para este efeto el rey con color de su matrimonio se viniese a Nápoles: con toda la gente del reino: y el marqués con sus hombres de armas, y estradiotes, y los provisionados que tenía, y Gonzalo Fernández con su gente de pie, y caballo, y las compañías de don Juan de Cervellón, y de don Diego de Castilla, con los alemanes que el rey tenía, hiciesen un cuerpo, pues eran tan poderosos para dar la batalla a los contrarios, tantas veces como viniesen a las armas: porque era cosa vergonzosa ver, cuán pocos eran los franceses: y se podía contar que aquella gente extranjera, que no atendía, sino a su provecho, y por ganar honra, y ser parte para que el rey cobrase su estado, lo acabarían mejor: sólo con esperanza, que no se comunicaría el premio de tanta gloria con aquella gente, que rehusaba de llegar a la batalla. Sola una dificultad se hallaba en esto: porque quedando el rey en Nápoles, se temía, que habría contienda por razón de la persona, que se había de nombrar por general en aquel ejército. Pero la reina, y el infante don Fadrique más se inclinaban a que se tomase algún asiento con el rey de Francia: y ofrecían que se aceptaría de parte del rey don Fernando cualquier medio, que al rey de España pareciese: y sobre esta consulta vino a Barcelona Héctor Piñatelo con las galeras de Vilamarín: y pasó a la corte del rey. Estaba la ciudad de Nápoles en gran división: porque el pueblo se había unido contra los gentiles hombres: y seguía la voz del rey: y por esta novedad se tuvo mucho recelo, que si no se hacía algún buen efeto en las armas, se alteraría toda la tierra de Labor, que se había alzado con Nápoles por el rey: y se daría a cualquier que los quisiese defender: y porque no tenían afición al rey de Francia, y le temían, daban muestras de llamar al rey de España, o a venecianos, que estaban más vecinos. En este peligro estaba el reino: por no haber socorrido los príncipes confederados a la mayor necesidad: y por el poco ánimo y menos fidelidad de los naturales dél: y cualquiera novedad causaba gran mudanza, y alteración en los príncipes de la liga: señaladamente en los venecianos: que tuvieron por adversidad, que se efectuasen los casamientos que el rey de España había hecho con la casa de Austria: pesándoles, que el rey de romanos por aquella vía pensase favorecerse, para emprender nuevas cosas. Había enviado el archiduque en principio deste año, a requerir al rey de Francia, que cumpliese con él algunas cosas que se acordaron entre ellos en la paz: cuando fue restituida su hermana, que tocaban a los condados de Artois, y Carolays, que eran del archiduque: y estaban todavía ocupados por el rey de Francia: lo

cual se le otorgó, por ser cosas de poca importancia: y le hacía dar ciertas rentas quedándose el rey Carlos con lo importante de aquellos estados: y el archiduque dejó una villa que estaba en los confines de Hainaut, y Francia, que era de más estimación. En el mismo tiempo trató el rey de romanos, de poner en la liga contra el rey de Francia, al rey de Inglaterra: y había enviado para este fin al señor de Bergas, porque rompiese con Francia: y pasase con su armada a Bretaña, o a Guyena: y para este efecto le ofrecía dos mil alemanes: excusándose de la guerra que se le había hecho por los irlandeses, y escoceses en favor del que se llamaba duque de York: diciendo, que por la paz que tenía con Francia, no conociendo obligación al rey de Inglaterra, ni de parentesco, ni alianza, teniendo recurso a él el duque, por su honra, y del Imperio, no pudo dejar de recibirle: y entretenerle algún tiempo: principalmente por la amistad que tuvo con el rey Eduardo su padre: pero confederándose con la liga, él enviaría su embajada al de York, y a los de Irlanda, y al rey de Escocia, para que se tratase de algún medio de poner paz, o tregua entre ellos. Aconsejaba el rey de romanos, que pues el delfín de Francia era muerto, debía entender el rey de Inglaterra la buena ocasión que tenía para cobrar sus estados con su ayuda, y del rey de España: pues la liga se podía extender así a ofender, como a defender sus estados. Mas aunque el rey de Inglaterra mostraba voluntad para entrar en la liga, pero no se declaraba a querer romper por entonces con Francia: por la guerra que tenía con el rey de Escocia: y también porque estaba en rompimiento con el rey de Dacia: y el rey de romanos se contentaba, que entrase en la liga con las condiciones de los otros príncipes: y tomaba a su cargo de enviar embajadores a Escocia, y Dacia, y al duque de York, para hacerlos amigos. También el rey de España por su parte trabajaba de asegurarle con el matrimonio, que se había tratado del príncipe de Gales con la infanta doña Catalian. Nacían hartas dificultades, no sólo en persuadir que el rey de Inglaterra entrase en la liga, pero que la conservase el archiduque: porque los flamencos, que eran sus privados, eran de parecer, que se debía guardar la paz con Francia: pues el rey Carlos ofrecía devolver al archiduque sus estados: y publicaban que el rey de España siempre atendía a su provecho: y que ninguna seguridad tenía el rey de romanos de su amistad: y el archiduque se gobernaba por su consejo: y apartóse del rey su padre: de que se temía no naciese alguna mudanza perjudicial en lo de los matrimonios. Por esta causa el rey desde Tortosa, donde estaba entendiendo en concluir las cortes de los catalanes en fin del mes de febrero, del año de 1496, por medio de Antonio de Fonseca, y de Juan de Albión, y Francisco de Rojas instaba, que la princesa Margarita se aderezase para venir a España, en la armada en que la archiduquesa había de ir. A quien daban más culpa deste desasosiego del archiduque, era el preboste de Lieja, a quien el rey de romanos había mandado despidir del servicio del archiduque: y cuando se vino a Flandes, para esperar la archiduquesa su mujer, le salió al camino a Colonia, y continuó el gobierno, como primero: de que se siguió gran pasión entre los privados del rey de romanos, y de su hijo. En este tiempo don Juan Manuel, que estaba por embajador en Génova, con gran industria, y prudencia fue parte, que no se diese lugar al rey de Francia, que hiciese armada en aquella costa, entreteniendo a los que se mostraban aficionados al servicio del rey: que eran el gobernador y su hermano: y el duque de Milán, no obstante la concordia

que se asentó en lo de Novara con el rey de Francia, se determinó de conservarse en la confederación de la liga, por la muerte del delfín de Francia: porque quedaba heredero en el reino el duque de Orleans, su mayor contrario, por la pretensión que tenía al ducado de Milán: al cual comenzó a temer como a enemigo muy obligado: y no quería desasirse de la liga. Entreteníale todavía el rey de España, con esperanza de asentar particular amistad con él, por medio del matrimonio de una de sus hijas, con su hijo el mayor: y porque venecianos hacían instancia por las cosas de Pisa, procuraba que se tomase algún medio: porque era el que más gasto tenía, y el que menos interese esperaba: y venecianos no tenían otro respeto, sino a ganar con las necesidades ajenas.

Que el rey don Manuel de Portugal asentó su amistad con el rey de Francia. XXIII.

Púsose en el matrimonio que se había tratado entre el rey don Manuel, y la infanta doña María, por medio de don Alonso de Silva, alguna dilación: entendiendo el rey de Portugal, que era coyuntura aquella, que ternía por bien el rey, de darle a la princesa doña Isabel: y cometió aquel negocio a don Fernando hijo del marqués de Villareal, y a Diego de Silva, que era gran privado suyo: por quien se meneaba todo lo del estado: al cual hizo conde de Portalegre: y le dio aquella villa, con un cuento de renta perpetua. Aquellos caballeros, no mostrando rehusar el negocio, lo diferían: y por medio dellos el rey de Portugal se declaró, que aunque su deseo era casar con la princesa doña Isabel, si aquello no se podía hacer, holgaría casar con la infanta doña María, con el dote que se dio a la princesa, con el príncipe don Alonso: ofreciendo, que se le daría otra tanta renta, como la princesa tuvo: y falleciendo la reina de Portugal su hermana, mujer que fue del rey don Juan, se le darían las villas de Alanquer, Obidos, Sintra, Aldea Gallega, y Aldea Gaviña: y que a él se le diesen los lugares que la princesa tenía en Portugal: y los tomaría en descuento de la dote. Pero con todo esto no desistió de hacer instancia, de mover lo del matrimonio de la princesa: no pudiendo sufrir, que se reservase para otro ningún príncipe: por la natural condición de aquella casa: que no puede buenamente tolerar, que se le anteponga otro: y el matrimonio de la princesa era codiciado generalmente por todos los portugueses: por el deseo que tenían que tuviese el rey hijos: pareciéndoles, que estaba entonces el reino a mayor peligro que nunca, si el rey muriese: porque en aquel caso pensaba don Jorge de Portugal ser mucha parte. Con todo esto el rey don Manuel asentó su amistad con el rey de Francia: aunque había entrado en la posesión de aquel reino, con el favor, y amparo del rey, y de la reina: y quería que se conociese dél, que tenía dispusición, y aparejo de ayudar, o dañar en los negocios del rey, por cuyo respeto, la monja doña Juana no vivía en clausura: habiéndole el rey enviado a decir luego que sucedió en el reino, que el rey don Juan había dado una escritura firmada en su nombre, y jurada por él solenemente, en que prometía, que no daría lugar por ninguna vía, que la monja doña Juana casase, ni saliese de la religión de Santa Clara: y que pues hizo

esto el rey don Juan, que no le tenía obligación ninguna, mayor razón había, para que él hiciese mucho más: pues el amor entre ellos había de ser mayor: pero no faltaba entre portugueses quien le pusiese en aquello: porque allende de otros muchos respetos que había, no son naturalmente amigos de la nación castellana.

De los apercebimientos de guerra, que se hacían por las fronteras de España. XXIII.

En el principio del mes de enero de este año de 1496, como las fronteras de Rosellón se habían reforzado de gente de caballo, salió don Enrique Enríquez de Guzmán capitán general, a reconocer un castillo, que está dentro de Francia, que se llama Caladroer, y está cabo Millas: por si sería para tenerse, o convendría derribarle: y llevó consigo a don Álvaro de Luna: y porque supo, que en él había poca gente, envió allá a Juan de Leyva: y con cierto ardid que tuvo, entró dentro con los que con él iban, o por trato, o grande descuido del alcaide. Antes que se volviese don Enrique con la gente que había sacado de Perpiñán, para este efeto, entraron los franceses a correr la Salancha: y dándose aviso desto a Perpiñán, salió alguna gente de caballo: y juntáronse con los jinetes que estaban en guarnición en los lugares de las fronteras: y alcanzaron a los enemigos, que eran cien hombres de armas, y ciento cincuenta caballos ligeros, y setecientos peones, que llevaban más de mil quinientas cabezas de ganado menudo: y apretándolos nuestros jinetes, les hicieron dejar la mayor parte de la cabalgada, siguiéndolos hasta Leocata: y si llegara a este tiempo Antonio de Córdoba con su compañía de hombres de armas, que había salido al rebato, recibieran aquel día los enemigos muy grande daño. Pareció que aquel castillo estaba en muy oportuno lugar, para guarda de la entrada de Rosellón: y para ofender a los enemigos: y que para entonces se tenía en mediana defensa: y fortificóse de suerte, que se pudiese mejor defender. En el mismo tiempo se tuvo inteligencia de haber a Leocata, que es la primera villa de Francia a la marina, por industria de Giginta: y porque entre el capitán general de Rosellón, y el gobernador había diferencia, sobre el castigo de la gente de guerra, se proveyó por el rey, que el gobernador no se entremetiese en castigar la gente de guerra: así la que de acá iba, como la que allá se recibía a sueldo, de donde quiera que fuese: y entonces se mandó por el capitán general, que saliesen de aquella tierra todos los franceses, y gascones: y recoger los ganados al Ampurdán: y con toda diligencia se atendía a fortificar a Salsas, Elna, y Colibre, y las otras fortalezas: y labróse en El Grao, que es el paso para Francia, que está en un angosto camino, entre el estaño, y la mar, un castillo de madera: y estaba tan bien labrado, y tan fuerte, y asentado en tan buena parte, que era muy grande guarda de aquellas tierras: y encomendóse la tenencia dél a Bernal Francés: y puso allí un escudero de su compañía, con diez ballesteros, y otros tantos espingarderos: y estaba de forma, que si no le asestasen desde la tierra artillería, no le podían tomar: por mucha gente que fuese: porque con tres ribadoquines que tenía, no había barco, ni hombre que a

él se pudiese llegar. Mas no se podían defender de las cuadrillas de gascones, que entraban ordinariamente por Rosellón, por las espías, y compañeros que tenían en aquellos lugares: aunque pocas dellas tornaron a Francia, que no fuesen deshechas. El día de Año Nuevo entraron setenta dellos de noche, y sacaron de la cava de Ribasaltas mil cabezas de ganado: y salió Lope Sánchez de Valenzuela, que estaba en aquel lugar, con veinticinco de caballo, y otros tantos peones, y alcanzólos al pie de la sierra, y dio en ellos: y mató, y prendió algunos: y aunque se le defendieron bien, por tener tomada la sierra, y mataron algunos caballos los de Lope Sánchez, fueles forzado dejar la presa. Después por el mes de marzo, habiendo entrado don Enrique con la gente de caballo en Francia, y corrido gran parte de la frontera, hasta llegar a las puertas de Narbona, tuvo toda su gente a punto, para entrar otra vez hacia Leocata, por el trato que se traía de haber aquel lugar, o correr a Carcasona: y porque en Narbona estaban dos mil suizos, y ochocientos hombres de armas, y cada día se allegaban más, mandó que la gente de armas, y soldados, que estaban en el Ampurdán, pasasen a Rosellón. Pasaron entonces Luis Mudarra, y el capitán Escalada, que llevaba cien lacayos navarros, con ardid de tomar una fortaleza, que se llama Monforte: porque había poca gente, que la defendiese: y entráronla por combate: y porque estaba en parte, que no se podía sustentar sin mucho trabajo, acordaron de derribarla: y aquello fue de muy gran provecho: porque della salían a saltar muchos ladrones, y hacían harto daño por la comarca. Por esta guerra, o por el recelo della, se vino el rey de Francia mediado mayo para Aviñón: y luego se publicó que era con fin de la empresa de Rosellón: porque en Beses estaban ya en orden para partir más de treinta piezas de artillería gruesas, y en Aguas Muertas había otra parte: y toda ella se traía a Narbona: y la gente de armas del reino, y francarcheros estaban juntos en Auvernia, y en Albi, y cerca de Tolosa, y de Rodies, que es en el condado de Armagnac. Estaban las fronteras de España bien proveídas: y en lo de Rosellón había mil lanzas: las quinientas de hombres de armas de los reinos de Aragón, y las otras de jinetes: y otras ochocientas cincuenta lanzas de las compañías del conde de Ribadeo, don Álvaro de Luna, don Alonso de Silva, don Sancho de Rojas, don Francisco de Bazán, Juan de Leyva, y de Antonio de Córdoba: y mil doscientos jinetes castellanos, de las compañías de don Enrique Enríquez de Guzmán capitán general, y de los otros capitanes: que eran el conde de Lerín, Hurtado de Luna, Miguel de Ansa, Alonso Osorio, don Pedro de Castrillo, Bernal Francés, don Sancho de Castilla, Puerto Carrero, García Alonso de Ulloa, Luis Mudarra, Carlos de Biedma, Pedro Osorio, y Rodrigo de Torres: y había cuatro mil peones a la usanza de guerra de aquellos tiempos, espingarderos, ballesteros, y lanceros. En Fuenterrabía estaban las compañías de Diego López de Ayala, y de don Antonio de la Cueva, que eran doscientos jinetes: y en Navarra residían otros doscientos, y sesenta, de las compañías de don Juan de Silva, y de Francisco Vázquez, y Juan de Merlo: y había trescientos peones: y cerca de su corte, tenía el rey doscientos hombres de armas, de la compañía del marqués del Zenete, y doscientos jinetes de las compañías de don Fernando de Toledo, y del comendador Ribera: y había sin éstas, otras mil lanzas de hombres de armas, y mil jinetes de la gente, que llaman de los acostamientos: y ciento cincuenta hombres de armas de la compañía de Antonio de Fonseca, de los

continuos del rey. Fueron llamados para mediado junio, de las órdenes de Santiago, Calatrava, y Alcántara, y de algunos grandes, y caballeros de Castilla, mil lanzas de hombres de armas, y dos mil jinetes: y habíanse apercebido, lo que parece ser casi imposible, otras cuatro mil lanzas de hombres de armas, y seis mil jinetes, y treinta mil peones. Armáronse algunas galeras, y fustas para la guarda de la costa de Cataluña, y Rosellón: y para seguridad de los mantenimientos: y para hacer la guerra por aquellas partes: y para las cosas de poniente, estaba junta una muy buena armada: en que había dos carracas genovesas, y una nao de novecientos toneles, y otras dos de cada quinientos, y once de a trescientos, y algunas carabelas, y pinazas con remos para remolcar: y había ya en ella cinco mil hombres, para ir con la archiduquesa: y juntábanse sesenta velas de la flota de España, entre las cuales había veinte naos bien armadas: e iban de armada otros treinta navíos de su voluntad, que andaban a corso contra franceses. Era toda la gente que el rey tenía a su sueldo, con la que estaba llamada, diez mil lanzas: las cuatro mil de hombres de armas, y seis mil jinetes: y eran los de pie, así los de la mar, como de la tierra quince mil: y porque se entienda la diferencia de aquellos tiempos, al que tenemos, montaba el gasto de toda esta gente, con el sueldo de la artillería, y el de seiscientas lanzas, y mil quinientos peones, que tenía en el reino de Nápoles Gonzalo Fernández de Córdoba, y el de la armada, que había en los puertos dél, en que había tres mil y quinientos hombres, novecientos noventa y cuatro mil ducados.

De la concordia que se movió por este tiempo con el rey de Francia: y que el rey de Inglaterra se declaró por la liga. XXV.

Mas aunque por todas partes había amenazas, y obras de gran rompimiento, por los confines de Rosellón hubo plática entre los reyes en este tiempo, no sólo de tregua, pero de cierta concordia: tan de veras, que siendo partidos el rey, y la reina de Tortosa para Almazán, hallaron allí embajadores del rey de Francia, que vinieron a procurar, que los reyes se viesen lo más presto que ser pudiese: y que fuesen las vistas entre Fuenterrabía, y Bayona, o entre Narbona, y Perpiñán. Tratóse primero para encaminar esta plática, cuál de los reyes renunciaría el derecho del reino de Nápoles al otro: y qué recompensa daría la parte en quien quedase: y otros medios, que concernían a la seguridad de la concordia. Propúsose por parte del rey de Francia, que en la conquista de los infieles, y en otras justas, y muy razonables empresas, y en lo que tocaba a la reformation de la Iglesia, se entendiese de la manera, que por los reyes fuese acordado en las vistas: y se platicasen otros medios de perpetua paz entre ellos. Lo que el rey pretendía era, que antes de llegar a las vistas, se asentase tregua general entre ellos, y sus aliados, de tal forma, que cesase toda manera de guerra: y se volviese al comercio, y trato, como se hacía en tiempo de paz: y se pudiesen reparar, y vituallar las fortalezas, que tenían en el reino de Nápoles: y durante la tregua por tres meses: y en este tiempo ninguno de los reyes pudiese enviar, ni llevar gente de armas, ni pertrechos de guerra por mar, ni por tierra al reino, ni a Sicilia. Así

mismo quería, que mientras durase la tregua general, ninguno dellos hiciese guerra en la cristiandad: y se juntasen contra quien la moviese: y ofrecía, que el Papa daría seguridad al rey de Francia, que en este medio de la tregua general, no haría guerra a Virginio Ursino, ni a los Vitelos, ni a otra persona eclesiástica, ni seglar, que fuese aliado con Francia: y fueron enviados con plática desta concordia, de la villa de Almazán, el prior de Montserrat, y Hernán duque de Estrada maestresala del príncipe. Esto era en el mismo tiempo, que los embajadores del Papa, y de los confederados, que estaban en Inglaterra, procurando de inducir al rey Enrique, a que entrase en la liga contra el rey de Francia, hacían gran instancia para persuadirle a ello: lo cual se esperaba, que fácilmente se acabaría: porque allende de la gran enemistad, que aquellas naciones entre sí tenían, el rey de Inglaterra de reciente se declaraba por más injuriado, después que el rey de Francia se apoderó del ducado de Bretaña: que antiguamente solía ser parte de aquel señorío. Procuraban, que siguiese el ejemplo del rey de España: que aunque estuvo ocupado en la guerra de los moros, había enviado mil lanzas en socorro para las cosas de Bretaña, antes que la ciudad de Granada se ganase. Por este recelo, era el rey de Inglaterra muy requerido por el rey de Francia con gran suma de dinero, para que se asentase entre ellos una larga tregua: pero no la quiso recibir: entendiendo, que era buena sazón aquélla, para romper la guerra: y envió primero a requerir al rey de Francia, que desistiese de la empresa del reino: porque de otra manera le sería forzado cumplir con la obligación que tenía: y determinó de hacer llamamiento de toda su gente de armas: y que se hiciese alarde della: y mandó armar todos sus navíos de guerra, para comenzar a poner temor al rey de Francia. Entonces dio el rey de España muy gran prisa, que se concluyese una alianza, y confederación muy estrecha entre estos reinos, y el de Inglaterra: y confirmarla con el matrimonio tratado de la infanta doña Catalina: juzgando que era gran remedio para estorbar los fines, y empresas de Francia, como lo fue en aquel tiempo, y después: considerando que, por confiar demasadamente el francés de su autoridad, y fuerzas, venía muchas veces a tener necesidad de las ajenas: con quiebra, y menoscabo de su reputación. Mucho tiempo había, que el rey tuvo deliberado de casar una de sus hijas con el heredero de aquel reino: y habíase sobreseído en el concierto, hasta haber cobrado lo de Rosellón: y agora se trataba a furia de concluirlo: porque estaba entendido, que sola la publicación de haberse acabado, sería de tanto efeto, que el día que se supiese, se ternía por rota la guerra con ingleses. Habíase también detenido el rey de Inglaterra de concluir lo deste matrimonio, por la pendencia que tenía con el rey de Escocia: con el cual procuraba de tomar deudo: porque le entregase al que se decía duque de York, que estaba en su reino: y por esta causa el rey se interpuso en concertar ambos reyes: y asegurar aquel embarazo del de York: y haberle a su mano, si pudiese: y con esto se acabó de persuadir el reino de Inglaterra de entrar en la liga, como lo hizo, en el mes de julio siguiente: puesto que el rey de Escocia hizo ademán de entrar en su reino en el mismo tiempo: y comenzar la guerra, cuando se entendía en la confirmación de la liga: y hubo grande contradición en los del consejo del rey de Inglaterra, que no tenían por bien, que se declarase por los príncipes confederados en ella: y algunos dellos le amonestaban, que considerase, a lo que se había puesto en los años pasados, a recuesta de los reyes de España, y romanos: y como toda la

guerra quedó sobre él, sin le ayudar ninguno: y que el día que se pusiese en ella, ponía paz en la cristiandad, y echaba toda la guerra, y gasto sobre su reino: porque todos los de la liga estaban en partes muy remotas, sino el estado del archiduque: y que aquél no se comprendía en ella: y él, y su padre le tenían tan mala voluntad, como lo mostraban bien en el favor que daban a su enemigo. Pero no bastaron a divertirle de la confederación del rey de España: y por su amistad tuvo por bien, de entrar en la liga, contra el parecer de los suyos: por hacer más libremente guerra contra el rey de Francia.

De la vitoria que Gonzalo Fernández hubo junto a Layno: en la cual fueron vencidos los condes de Nicastro, Melito, y Lauria: y el rey don Fernando salió en campo contra los franceses. XXVI.

Llegaron a tiempo los quinientos infantes, que se enviaron para el socorro de las cosas de Calabria, que aquella costa estaba para rebelarse, de tal suerte, que el comendador Solís, que residía a la marina en la Amantia, no se tenía por seguro: recelándose de la gente de la comarca: y con este socorro los de aquella provincia se favorecieron mucho. Esta gente salió del puerto de Divo para ir a Castrovilari, donde Gonzalo Fernández estaba: y antes que llegase, se hallaba también en harto estrecho: así porque le fue necesario dejar parte de su gente en frontera del señor de Aubeni, como porque la de los contrarios siempre fue creciendo: y con aquello los pueblos que estaban por él, mudaban de propósito: y con esto todo el estado corría gran peligro. Principalmente, que a causa de lo que acaeció en la Llana de Terranova, hubo de estar Gonzalo Fernández parado más de dos meses en Castrovilari: sin entender en otra cosa, sino en socorrer, y remediar, como mejor pudo, lo de la baja Calabria. Mas al punto que esta gente se juntó con la suya, y se vio que podía resistir a los enemigos, luego pensó en ofenderlos: y deliberó de pasar adelante: y salió de Castrovilari con toda la gente, a quince de mayo. Habíanse juntado gran número de villanos de toda aquella comarca en Murano: lugar puesto entre muy altos, y extendidos montes: para repartirse por los bosques, y tomarle los pasos: lo que parecía cosa muy fácil, según la aspereza de aquella montaña. Pero Gonzalo Fernández, que estaba muy diestro en aquella guerra, y se había ejercitado muchas veces en ella, con los moros de las Alpujarras, que se tenían por más sueltos, y valientes que aquellos calabreses, mandó reconocer todos los pasos: y repartiendo su gente, acometiéndolos de tal manera, que fueron luego perdidos: y murieron la mayor parte dellos: y otro día se le rindieron los de Murano. Sostenían la parte anjovina de aquella provincia el conde de Nicastro, y Honorato de Sanseverino hermano del príncipe de Bisignano, y los condes de Melito, y Lauria, y el hijo del conde de Capacho, y otros muchos barones principales que estaban en Layno, con ochenta hombres de armas, y sesenta caballos ligeros, y cuatrocientos soldados: y tenían determinado de juntarse con el conde de Capacho, y con el señor de Aubeni, con fin de dar todos sobre Gonzalo Fernández, y socorrer el castillo de Cosenza. Mas cuando fue acabado lo de Murano, Gonzalo Fernández, que era de gran vigilancia, y estaba siempre

muy atento a las ocasiones, caminó con su gente toda la noche: y amaneció sobre Layno: y por combate entró en el burgo: y murieron de los enemigos más de doscientos hombres: y entre ellos fue muerto el hijo del conde de Capacho: y fueron presos Honorato de Sanseverino, el conde de Nicastro, el barón de Turtura, y el de Castrocuco, y otros diez barones, y mucha gente de estimación, en que hubo más de cien caballeros: y escapáronse los condes de Melito, y de Lauria, que aquella noche salieron a verse con el conde de Capacho. Fueron estas dos jornadas la mayor causa del destrozo de los enemigos: teniendo ellos por muy cierto que cobrarían a Cosenza, y quedaría Gonzalo Fernández atajado, para que no pudiese pasar a juntarse con el campo del rey. Habida aquella vitoria de Layno, que fue muy nombrada, y dio gran reputación a Gonzalo Fernández, envió con las galeras de Francés de Pau al conde de Nicastro, y al hermano del príncipe de Bisiñano con otros seis barones muy principales al rey don Fernando: porque entendió que le cumplirían para las cosas del estado. Estaban antes desto, como dicho es, las cosas del reino, en no buenos términos: siendo aquella nación de tal naturaleza, que una nueva próspera basta a reducir toda la tierra: y otra contraria la hace perder: mayormente según el suceso de las cosas pasadas: habiendo sido los enemigos señores del campo, hasta aquel día: que habían ganado muchos lugares: por donde los más pueblos quedaban ya desconfiados de valerse de la gente del rey. Mas como se publicó por nueva cierta la ida del rey de romanos a Italia, fue causa que todos los que deseaban servir al rey don Fernando, cobrasen esfuerzo, y esperanza de resistir a los enemigos: porque perdieron el temor de las cosas de Génova: y el recelo que tenían del socorro por tierra, que esperaban los franceses. Juntóse con esto, para asegurar las cosas de la mar, que partieron de Gaeta seis barcas vizcaínas muy bien armadas, que venían a Génova, con orden de juntarse con otra armada que allí se hacía, para correr la costa de Provenza con seis galeras venecianas. Con esta novedad, los que estaban con poca esperanza, recelando el socorro de sus contrarios, por mar, y por tierra, tenían ya la vitoria por cierta: conociendo que con la guerra que por España se hacía, no podía el rey de Francia enviar a Italia tanta gente, que bastase a llegar al reino. Siguióse después la vitoria que Gonzalo Fernández hubo en Layno: que fue de tan grande efeto, que hizo desconfiar de la empresa a los franceses: y pocos días después sucedió otro rencuentro en Abruzo: que don Carlos de Aragón, y el duque de Melfi rompieron setenta hombres de armas, y cien caballos ligeros de los contrarios. Después desto el rey don Fernando, que nunca había juntado su gente, para buscar a sus enemigos, determinó de salir en campo: y porque los franceses tenían cercada una villa, que se llama Xercelo, el rey fue a ponerse con su ejército a Pontefinochi, que distaba a seis millas de los enemigos: y a cabo de cuatro días acercó su campo a tres millas, junto de Frangito: y el día siguiente le mandó combatir. Estaban dentro trescientos franceses, y luego se rindieron con pacto, que al otro día saliesen con lo que tenían: y los de la villa quedasen seguros de las vidas, y los bienes a merced del rey. En la misma noche, que se hizo el concierto, enviaron por socorro a los enemigos: y de buena mañana llegaron por socorrer el lugar: y sintiendo los del rey su llegada, y que los del lugar se ponían en son de defenderse, antes que el socorro llegase, combatieron la villa, y la entraron, y pusieron a saco: y porque los peones no se detuviesen en robar, mandó el rey

poner fuego en el lugar: y salieron dél luego los peones: y puso sus batallas en orden. Llegaron los enemigos a vista del campo del rey: y pusiéronse en un monte: y el rey estaba en otro cerro: y tenían un valle en medio: el cual, ni los franceses, ni el rey se atrevieron a pasarle: y tuvieron así sus ejércitos cerca de dos horas con sus batallas ordenadas. Al tiempo que los franceses levantaron el suyo, los estradiotes dieron en su retaguarda: y en la escaramuza que tuvieron, recibieron los enemigos algún daño: y aquella noche se fueron a Morcón: y no osaron volver al cerco sobre Xercelo: y perdieron mucha reputación, por haberse levantado de sobre él, y no haber socorrido a Frangito: y comenzaron a pasarse al campo del rey algunos hombres de armas italianos: y rehusaban ya los enemigos la batalla, como antes la buscaban. Fuese acercando el rey a sus contrarios: y llevaba muy en orden su ejército, en que había más de mil doscientos hombres de armas, con caballos encubiertos, y de mil quinientos caballos ligeros, y tres mil infantes: en los cuales había mil trescientos suizos: e iban en las primeras escuadras los Coloneses: y don César de Aragón: y esto era antes de saber de la vitoria que Gonzalo Fernández hubo en Layno. Tuvo el rey su consejo con don Juan de Borja obispo de Malfi sobrino del Papa, que era ya cardenal, y fue legado con la gente de armas de la Iglesia, y con el marqués de Mantua, y con los embajadores de España, y Venecia, sobre si daría la batalla: y porque antes de salir con su ejército los enemigos, por algunos días fueron señores del campo, y llevaron lo mejor de la aduana, y se vinieron a presentar delante de Fogia, donde el rey estaba, y ganaron muchos lugares, por lo cual todos se quejaban de la mala orden que se tuvo, en principio de su habla el rey les dio a entender, que todo cuanto los enemigos habían hecho, fue por no tener su gente junta: y propuso si se debía dar batalla, o diferir: pues esperaba más gente: porque siempre se le había escrito, que trabajase de dar la batalla, pues se hallaba más poderoso. El voto de Juan Ram Escrivá embajador del rey de España era, que aquellos días pasados, porque no tuvieron buenas nuevas de las cosas de Génova, Francia e Italia, había entonces parecido, que se debía acelerar el dar la batalla, antes que se siguiese algún inconveniente, que diese causa a perder lo del reino, como estaba aparejado: pues la mayor parte dél estaba con poca confianza. Pero agora que tenían por cierta la ida del rey de romanos a Italia, y que las cosas de Génova estaba seguras, y el rey de Francia tenía cerrado el paso por la tierra, y que en lo de la mar se había tan bien proveído, que no podía pasar socorro, le parecía, que el dar la batalla se debía diferir, hasta que Gonzalo Fernández fuese llegado: y la gente del duque de Gandía, que era ya partido de Roma: porque llegada cualquier compañía destas, las cosas se encaminarían mucho al seguro. Decía, que no se debía buscar la batalla, ni tomarla, sino por necesidad, o con alguna ventaja: y que llegado Gonzalo Fernández, entonces se debía trabajar de darla: y pues se había acordado de enviar a don Juan de Cervellón con su compañía, para que se juntase con Gonzalo Fernández, porque pudiese más seguramente pasar, partiese luego. Todos concluyeron luego en esto: que el rey no buscase la batalla, sino forzado, o a su ventaja: pero cuanto a enviar a don Juan de Cervellón con su compañía, eran de parecer, que se sobreyese, hasta que la gente del duque de Gandía fuese llegada: porque en este medio podría suceder que necesariamente viniesen a las armas: y sería inconveniente que la gente de don Juan no se hallase con el rey. Como

quiera que Gonzalo Fernández quisiera mucho permanecer en la conservación de aquellas provincias de Calabria, por haberlas ganado, y reducido con harto trabajo, y peligro, el rey don Fernando insistió tanto en que se viniese a juntar con él, que fue forzado partirse: dejando al cardenal de Aragón en aquella comarca donde él estaba, para su defensa: y al conde de Ayelo en Cosenza en el cerco del castillo, que estaba en muy grande aprieto: y en la baja Calabria, donde estaba el de Aubeni, quedó con alguna gente española, y buen número de sicilianos, e italianos, Jacobo Conde: que era caballero de gran casa, y vasallo del Papa, y famoso capitán en Italia: y con él se había de juntar el cardenal de Aragón.

Que Gonzalo Fernández se fue a juntar con el campo del rey don Fernando, que estaba sobre Atela: donde se habían recogido los franceses: y allí todos le comenzaron a llamar Gran Capitán. XXVII.

Partió Gonzalo Fernández de Castrovilari a siete de junio: y pasó con cuatrocientos caballos ligeros, y setenta hombres de armas, y mil peones muy escogidos, caminando cuatro días por tierra de enemigos, hasta llegar al estado del conde de Aliano, que era fiel al rey don Fernando: donde hallaron tan mal aparejo de vituallas, que de pura hambre les fue forzado combatir un lugar de los contrarios, que estaba allí junto, que se dice Guillano: y aunque era bien fuerte, la hambre y necesidad de nuestra gente fue mayor, que tomó por fuerza la villa, y castillo, y fue puesto a saco, y quemado: porque después de ser requeridos los de dentro, no se quisieron dar. Pasó adelante a otro lugar, que se dice Piedra Pertusa, que se tenía por el rey: y porque junto con él estaba otro de contrarios a dos millas, que hacía mala vecindad, por estar en el camino, fue también combatido: y el castillo que era inexpugnable, con grande rebato, y furia de los soldados fue entrado en dos horas: y todo se puso a saco: porque ambos lugares eran de un Franciscoto muy rebelde al rey don Fernando: y en el castillo fue tomada su mujer, y el obispo de Tricarico, que le tenían allí detenido. Desta manera Gonzalo Fernández ganando de los contrarios, y no perdiendo cosa alguna llegó a Potencia, a donde le escribió el rey don Fernando, que no se moviese de aquel lugar. Siguió en el mismo tiempo el rey el campo de los enemigos, que iba camino de Venosa: y cada día se aposentaba a tres, o cuatro millas dellos: y estando con su campo junto a la Padula, a doce de junio se acabó de confirmar lo que el año pasado por el mes de abril en Mesina, y después por el mes de diciembre siguiente en Sarno se había tratado, de entregar al rey de España las ciudades de Ríjoles, Tropea y Cotrón: y los lugares de la Amantia, y el Scyllo de la provincia de Calabria con sus fortalezas, y rentas en empeño: que estaban ya en poder de los capitanes del rey: para que se tuviesen, hasta que fuesen pagados los gastos, que se hubiesen hecho en la armada, y ejército, que fue a esta empresa, siendo restituido en su reino. Demás desto se obligaba el rey don Fernando, que mientras la guerra durase, habiendo cobrado su reino, ayudaría al rey de España contra el rey de Francia, con quinientos hombres de armas, y con veinte galeras, y con seis naves de armada: o que enviaría otro tanto dinero, cuanto montase el gasto

desta armada, y ejército: o con tal, y tanto poder, cuanto fuese declarado por Garcilaso, a cuya determinación lo remitía. Sucedió, que el rey un día se puso cerca de Gesvaldo, que era del condado de Conza, y lugar de más de quinientos vecinos: y mandó combaírle: y fue entrado, y puesto a saco, sin que osasen los enemigos socorrerle. Luego se dio Conza, que es la cabeza de aquel estado: y partiendo el rey con su ejército, en seguimiento de los franceses la vía de Venosa, llegaron ellos primero a una villa, que se llama Atela, que era del duque de Melfi: y a la hora los de dentro se les rindieron: que no dieron tiempo al rey, que estaba en Melfi, para socorrerlos. Sabido este suceso, el rey mudó su campo, y se puso a tres millas dellos: y de allí escribió a Gonzalo Fernández, que estaba ya en Potencia, a veinte millas, que se fuese a juntar con él. Antes desto, cuando el señor de Montpensier fue avisado de la ida de Gonzalo Fernández, partió de tierra de Labor, donde estaba, y salióle al encuentro: creyendo hacer algún efeto: pero no pudo impedir que a sus ojos no se juntase día de San Juan con el campo que el rey tenía asentado sobre Atela: habiéndose todos los enemigos recogido dentro: y el mismo Montpensier con ellos. Salió el rey acompañado del legado, y del marqués de Mantua, a recibir a Gonzalo Fernández, con tanta demostración de alegría de toda la gente de guerra, que no parecía sino ejército, que esperaba su capitán: y otro día que llegó al campo, los franceses echaron fuera de la villa todas las mujeres y niños, y la gente que no era para la defensa: y algunos pensaron, que por salirse más a su salvo: y otros que por sostenerse con el mantenimiento que aquellos habían de comer: puesto que Bernardino Corio escribe, que cuando entraron los franceses en Atela, fue con intento de salirse otro día: pero que no pudieron sacar los alemanes, que consigo tenían, por los buenos vinos que allí hallaron. Envióles el rey a pedir la batalla el día siguiente que Gonzalo Fernández llegó: con cuya presencia, no solamente cobró más ánimo, para acometer a los enemigos, pero fue más fundado el consejo: en el cual no sabía antes bien determinarse a cosa, que se hubiese de emprender: ora fuese culpa del rey, o por la diversidad de pareceres entre personas tan principales, como allí había, o por otros fines, que el marqués de Mantua tuviese por orden de la señoría de Venecia. Mas llegado Gonzalo Fernández, fue tanto el respeto que todos le tuvieron, y el crédito que generalmente había alcanzado de toda la gente de guerra, que allí estaba, con ser de diversas naciones, que no parecía igual con los otros capitanes, pero el general, y superior de todos. Desde entonces, como si todos hubieran acordado en ello, de un común consentimiento de los contrarios, y de la gente del rey, le comenzaron a llamar Gran Capitán: y así parece que se puso en el instrumento de la concordia, y asiento, que se tomó con los enemigos en el mismo lugar de la Atela: y es de maravillar de Francisco Guiciardino autor de las cosas de aquellos tiempos, que ose afirmar, que la jatanca española le atribuyó este renombre: no siendo los españoles acostumbrados a usar deste género de lisonja con sus generales: ni ser éste su lenguaje, sino propio de los franceses, como llamar gran condestable, y gran senescal. Mas como no llevaba título de estado, y él se contentaba con el que era propio, y tan conocido en la casa de Aguilar de Gonzalo Fernández de Córdoba, y fuese por general de tan grandes príncipes, y en su persona representase todo lo que fue, generalmente vinieron a conformarse los mismos extranjeros, en dalle este renombre, sin que fuese usurpado por

los de nuestra nación: y así puede honestamente confesar, haber sido solo en aquellos tiempos, el que mereció esta nombradía a cabo de muchos siglos: por un consentimiento general de las gentes. Los franceses por disimulada manera, rehusaron la batalla, pues no salieron a ella: y esperaba el rey su ardid, para seguir empos dellos: pero teniéndose por más seguros dentro de las casas, y baluartes, que en el campo, se declararon por muy inferiores: y determinados de sostener el cerco hasta esperar el socorro: el cual, según estaban las cosas, parecía muy dificultoso, que llegase por mar, ni por tierra. Aquel príncipe se había hecho con la presencia de Gonzalo Fernández, y con su gente más poderoso: y cada día se esperaba el duque de Gandía: de suerte que era forzado a los enemigos padecer los trabajos del cerco, pues no eran para esperar la batalla. Eran los capitanes principales que estaban en Atela, el señor de Montpensier, y el señor de Persi gran senescal, Virginio Ursino, y Juan Jordán su hijo, Pablo Ursino y Pablo Vitelio: y había ya gran división entre ellos, y mucha falta de dinero: y los franceses quedaron con mayor recelo después que los príncipes de Bisiñano, y Salerno se habían apartado, para defender sus estados: entendiendo que los unos y los otros eran perdidos, desde el punto que se dividieron. Fuéronse los príncipes de Bisiñano, y Salerno, con color de hacer gente encomendada: y estaban en Briola con ciento cincuenta caballos ligeros, y cincuenta hombres de armas: y seiscientos soldados: y obra de tres mil encomendados: y amenazaba de ir contra el condado de Potencia. En la misma sazón Gracián de Guerri que era buen capitán, que el rey de Francia dejó en aquel reino, estaba en Abruzo con alguna gente de hombres de armas, y con doscientos ballesteros a caballo, para recoger el dinero de la aduana: y con esto la gente de armas del rey, y toda la parte del reino, que le era obediente, estaba con mayor esperanza, y ánimo de lo que solían: y luego que Gonzalo Fernández llegó al campo que estaba sobre Atela, vista la del lugar, y su sitio, salió con los suyos el primero de julio, contra la guarnición que los contrarios tenían en defensa de los molinos, que estaban sobre el río: de que se proveían, y mantenían los de dentro: en cuya guarda estaban algunas compañías de suizos: y tratando muy recia escaramuza con ellos, fueron desbaratados, y lanzados de aquel lugar, con grande daño: y rompióles todos los molinos, que no quedó sino uno: y pareció hecho de mucha estimación, por ser muy cerca de los contrarios, que no osaron salir a resistirlo. Después desto, cada día se huía gente de los enemigos, y pasaban al campo del rey: y por falta de harina comían los de dentro trigo cocido: y padecían mucha necesidad: y el marqués de Mantua les rompió cincuenta hombres de armas que iban en guarda de las acémilas que salieron por hierba: y mataron, y prendieron los más dellos: y todavía se detenían con esperanza, que presto habían de ser socorridos por mar: creyendo que era ya partido el socorro. Entonces los príncipes de Salerno, y Bisiñano, y todos sus aliados, y los de aquella casa de Sanseverino, trabajaban de hacer gente de caballo y de pie en sus tierras: y con la que habían juntado emprendieron de cercar un lugar que estaba en su comarca en la obediencia del rey: pero luego que supieron, que iba don Juan de Cervellón en su socorro, y defensa, con algunos hombres de armas, y caballos ligeros, se volvieron sin hacer efeto alguno.

Que los capitanes franceses que estaban en Atela, vinieron en concierto con el rey don Fernando, de salir del reino. XXVIII.

Estaban ya los franceses tan fatigados de la guerra, y tan perseguidos, y desconfiados del socorro, que comenzaron de querer tratar de concierto. Movi6se por dos franceses, que habían sido presos por la gente del rey: pero aquella plática pas6 adelante, por haberla estorbado Virginio Ursino, que era el que más arriscadamente se determinaba, y aventuraba a todo trance de peligro contra el campo del rey. Mas como en las escaramuzas, y rencuentros que con los de dentro tuvieron, de la parte del rey el cerco se fue más estrechando, y el de Montpensier, y los otros capitanes más principales se declararon, en querer tomar asiento en sus cosas, y como fuesen aquellos dos franceses puestos en libertad debajo de su palabra, para que procurasen su rescate, o diesen en su lugar otros prisioneros, con demostración que volvían al campo, por guardar su fe, sinificaron al rey, que el señor de Persi deseaba venir a habla: y para ello le fue enviado salvoconducto. Salió de Atela el de Persi una tarde, que fue a catorce de julio, a hablar con el rey que le estuvo esperando con el legado, y con Gonzalo Fernández fuera de su fuerte: y habiendo por un espacio hablado con el rey, mostrando que tenía deseo de verse con él, por darle gracias de la honra, y buen tratamiento que mandó hacer al señor de Alegre su hermano, al tiempo que estuvo en rehenes, ofreció que estaba muy aparejado de hacerle todo servicio: y que él siempre sería en procurar toda buena obra: y entrando en plática de la guerra, y del cerco que sostenían, y de los términos en que se hallaban, favoreciendo su parte, como se suele hacer, dijo que esperaban brevemente el socorro: pero que había entendido de aquellos dos franceses, que platicando con el rey les había dicho, que no llegaría en dos meses: concluyendo, que si así lo creía el rey, se les podía dar aquel tiempo: y por ventura entretanto se platicaría de alguna buena concordia. Respondióle el rey, que lo que se había entendido era, que no podían ser socorridos: y pues como él lo conocía, se hallaban en tanto aprieto, no convenía darles aquel término que pedía: y estando en el estrecho en que estaban, debían pensar en otra cosa: sinificándole, que aun en caso que se pusiesen en medios convenientes al estado en que se hallaban, no sería él parte para hacer partido alguno, sin la voluntad, y participación del Papa, y de los otros príncipes de la santísima liga: y sin decender a otra particularidad, se despidió el señor de Persi, diciendo, que lo comunicaría con Montpensier: y estuvo en toda aquella plática, como at6nito: haciéndosele muy nuevo, que el rey mostrase tanta confianza del suceso. Pero viéndose en tanto peligro, dejada toda disimulación aparte, humillaron su soberbia: y dentro de nueve días se concertaron Montpensier, y Virginio Ursino, y los otros capitanes del ejército francés, con el rey don Fernando, que se les diese término de treinta días, para que pudiesen avisar al rey de Francia, del estado en que estaban: con condición, que ni ellos ni su gente en este medio no saliesen de aquel lugar: y tan solamente pusiesen sus guardas, y centinelas donde entonces las ponían: y no platicasen los del campo del rey con los del lugar: y pudiesen poner dentro las vituallas necesarias, según el número de la gente: y ofreció el rey de mandarlas dar, cuando ellos no las pudiesen haber de los

lugares de su opinión. Pasados estos días, si no tuviese socorro del rey de Francia, o de otra parte fuera del reino, tal, y tan poderoso, que fuesen señores del campo, y pudiesen por un día ponerse en tierra llana, e igual, sin fortificarse, ni hacer algún reparo, para presentar la batalla al rey, en tal caso Montpensier se saliese del reino, con su gente: y volviese la vía de Francia. Asegurábalos el rey en nombre de toda la liga, y por todos sus súbditos de guiarlos por mar, y por tierra con sus bienes, armas, y caballos: exceptando la artillería que era suya: y en caso que el socorro no fuese, ellos le habían de entregar todos los lugares, y fortalezas, y castillos que estaban por el rey de Francia en todo el reino: reservando de aquel concierto a Gaeta, Venosa, y Tarento: y todos los lugares que se tenían por el duque de Monte, y por el señor de Aubeni: y con juramento prometió el señor de Montpensier demás darles, que guardasen este asiento: y en caso que no lo cumpliesen, pudiese el rey hacerles guerra, como si no fuesen comprendidos en aquella concordia. Declaróse, que queriendo los franceses partir del reino por mar, se embarcasen en Castelamar de Stabia: y que hiciesen su viaje por el camino, que les señalase el rey, sin que fuesen por alguno de los lugares de los contrarios: y que el campo del rey no se acercase a ellos por cuatro millas. Para seguridad de los capítulos había de dar el de Montpensier seis caballeros en rehenes italianos, franceses, alemanes, o suizos: y fueron nombrados por los franceses el señor de Persi, y el bailío de Vitri, o Luis de Arsi, y por la gente italiana Pablo Vitelio. Por los alemanes y suizos el capitán Brocardo alemán, y el capitán Scuya suizo. Por parte del rey, para que todo esto les fuese guardado, y en nombre de toda la liga, se obligaron el cardenal Borja legado, y Gonzalo Fernández Gran Capitán, y general del ejército de España, el marqués de Mantua, y los embajadores de la señoría de Venecia, y de Milán. Otro día que el rey don Fernando se concertó con Montpensier, encargó a Gonzalo Fernández, que con toda su gente, y con algunos hombres de armas, que él le mandó dar de los suyos, se volviese a Calabria, donde quedaba la mayor fuerza de los contrarios, porque estaban en ella el señor de Aubeni, y los príncipes de Salerno, y Bisiñano, con algunas compañías de hombres de armas, y caballos ligeros, y con infantería de gascones y suizos.

De la guerra que se hacía por las fronteras de Rosellón: y que el rey de Nápoles deseaba concertarse con el rey Carlos, por medio del rey de España. XXIX.

Hubo en este tiempo por las fronteras de Rosellón ordinarios rencuentros entre españoles y franceses, y sucedió el día de S. Pedro, por ardid de Bernal Francés, que tuvo aviso que venían a S. Lorenzo, que es un lugar que estaba cerca del castillo de madera, algunas compañías de hombres de armas, y arqueros franceses, para llevar ciento cincuenta yeguas que estaban en el campo: y don Enrique sacó de Perpiñán buena parte de su gente: y él por una parte con don Álvaro de Luna, y con Antonio de Córdoba, y don Francisco de Bazán, y Hurtado de Luna, y Garcí Alonso de Ulloa fue derecho camino de S. Lorenzo: y se pusieron cerca del lugar: y puso a Rodrigo de Torres con su

compañía en delantera, para que si viniesen, reconociese la gente que era. Salieron por otro camino don Sancho de Castilla, Bernal Francés, y Gorbacán, para poder socorrer el lugar: y a caso los franceses también se partieron en dos partes: y hasta ciento de caballo se pusieron cabo un vado, por donde había de salir la gente que tenía Bernal Francés: y don Sancho, y los otros capitanes dieron en estos: y no se escaparon sino muy pocos. Como la otra parte de la gente de caballo de los franceses, con algunos lacayos que traían, venían a dar en el lugar, Rodrigo de Torres arremetió contra ellos en oyendo la grita: y por ser la tierra muy espesa, se le fueron, que no pudo tomar sino algunos caballos, pero como todos los capitanes siguieron el camino del Grao, donde estaba don Sancho, enderezando para allá don Álvaro de Luna, que traía la retaguarda, fue a dar en los arqueros, y lacayos que habían huido de Rodrigo de Torres: y fueron presos: y entre los otros prisioneros, fue el capitán de Leocata. Desta manera las cosas del reino se iban asegurando muy a provecho del rey de Nápoles: y restaba poco por reducir a su obediencia, siendo deshecha por este camino la principal fuerza de gente que el rey de Francia tenía: y el mayor peso de la guerra, revolvía por estas partes. Partió la reina mediado julio de Almansa a Burgos, y de allí a Laredo, para enviar a la archiduquesa su hija a Flandes, con una muy poderosa armada, que para ello se había mandado hacer: y el rey se vino a Calatayud, por seguir su camino para Gerona, donde Mandaba juntar su ejército: y pasaron la vía de Cataluña seis mil gallegos, y mucha gente de armas: entendiendo que la guerra se había de mover por Rosellón. Estaba aún Zaragoza muy yerma de gente, por causa que duró mucho tiempo en ella la pestilencia: mas como ya hubiese cesado aquella contagión, el rey por favorecer que se volviese la contratación, y frecuencia que solía, y los negocios de la justicia se prosiguiesen, vino por esta ciudad: y como se publicó, que el rey de Francia se acercaba a los confines de Narbona, y se juntaba gran número de gente de armas, para entrar por Rosellón, puesto que se creía, que era para ir poderosamente a Italia, el rey continuó su camino con harto número de gente de pie, y de caballo: porque si el francés pasase adelante, con propósito de entrar en Rosellón, saliese a resistirle de suerte, que no se le rehusase la batalla, si conviniese. Había procurado en este mismo tiempo el rey Carlos de asegurar en su servicio al señor de Albret: y dióle cierta recompensa en satisfacción de algunos agravios que pretendía, de las cosas que con él se asentaron, cuando entregó a Nantes: y quedaron por entonces muy conformes en su gracia el de Albret, y el señor de Narbona, y el de Candala, y Lautrec. Por la sospecha desta nueva confederación entre estos grandes de la casa de Foix, y el rey de Navarra con el rey de Francia, recelando el rey no resultase alguna novedad de parte de aquel reino, o se atreviese el rey don Juan a romper por estas partes la paz, que con sus reinos tenía, trató por medio de Pedro de Hontañón su embajador, de tener ganadas las voluntades de los más principales de aquel reino: y porque la reina doña Catalina quería pasar a Francia, con propósito de verse con el señor de Narbona su tío, procuró desviarla de aquellas vistas: o si no se pudiese estorbar, el príncipe de Viana su hijo quedase en Pamplona: y los alcaides que hicieron pleito homenaje en poder de don Juan de Ribera, de nuevo le hiciesen en poder de su embajador: y porque en aquella misma sazón se entendía, que el señor de Albret quería venir a Navarra, y aquella entrada en tal coyuntura era muy sospechosa, se envió a

requerir al rey y reina de Navarra, que no diesen lugar a semejantes novedades, pues tenían su reino en mucha paz, y sosiego: y no pusiesen en él nuevas turbaciones, de que se les podrían recrecer algunos daños, que después no se remediasen tan fácilmente. Esta prevención se hizo, entendiendo que el rey don Fernando, ya no atendía sino a su conservación: porque luego que tomó el concierto con los franceses, dividió su ejército: y a Gonzalo Fernández dio algunos hombres de armas, para que con la gente que trajo se volviese a Calabria: porque en ella quedaba toda la fuerza de los contrarios con el señor de Aubeni: y envió a don César de Aragón, hermano no legítimo del rey don Alfonso de Nápoles a Tarento: y al duque de Urbino mandó que estuviese en Abruzo: y él se fue con toda la otra gente tras los franceses, hasta ponerlos en el embarcadero: y de allí se pasó a poner cerco sobre Salerno: y lombardeó la ciudad, y rindióse a merced, y puso cerco al castillo. Entonces el príncipe de Bisiñano vino allí al rey, por asentar sus cosas por medio del Próspero Colona su cuñado: y las del príncipe de Salerno, y de los otros barones sus parientes: y estando las cosas en estos términos, aunque los príncipes de la liga mostraban estar firmes en proseguir la guerra contra el rey de Francia, el rey don Fernando daba a entender, que tuviera por buena la concordia: considerando, que de otra manera no podía tener su reino en paz, ni salir de la sujeción, y peligro de la señoría de Venecia. Conocía, que aunque todo aquel reino se acabase de sacar del poder de franceses, no era posible ganar las voluntades de muchos, que estaban con harto descontentamiento: porque los estados de los barones recibieron en breve tiempo grandes mudanzas. Muchos habían tenido estados, que entonces estaban sin ellos, y los poseían otros: y ni los despojados, ni sus parientes se podían sostener, que no deseasen mudar señor, y nuevas cosas, por volver a la posesión antigua de sus patrimonios. Todo el daño de aquel reino era éste: que no había anjovino, que principalmente fuese aficionado al rey de Francia, sino por su propio interese: de donde nacía su afición: y de la misma suerte parecía, que se habían de inclinar a cualquier príncipe, que tomase la empresa de restituirlos en sus estados: y por esto en tanto cuanto supiesen, que no había paz con el rey de Francia, no cesarían de tener sus tratos, e inteligencias con el rey de Nápoles: de manera que no había de ser señor libremente de su reino. Allende desto había otro mal, que era el recelo que se tenía de la señoría de Venecia: que siempre había de trabajar en poner división en aquel reino: y procurar de apoderarse de las fuerzas dél: porque venecianos en este mismo tiempo procuraban de reducir a los príncipes de Salerno, y Bisiñano, y al conde de Capacho a la obediencia del rey: y los príncipes de la liga querían que la señoría asegurase por ellos, el concierto que se tomase: y el duque de Milán por otra parte procuraba, que no solamente el rey les volviese sus estados, pero aun los oficios que antes tenían: y se les diesen algunos castillos para seguridad de lo que se concertase: con fin, que el rey cobrase su reino, de tal condición, que no fuese en ningún tiempo para poderle ofender: y venecianos encaminaban las cosas como mejor podían, para apoderarse dél: y tener continuas inteligencias con los barones. Por estos respetos deseaba el rey don Fernando concordia con el rey de Francia, por medio del rey de España: y entretanto Juan Ram trabajaba, que si se había de concertar con los barones, todos los príncipes de la liga tomasen a su cargo asegurar el concierto: y que no estuviese a

sola disposición de venecianos: por desvallos de las cosas de aquel reino, en que ellos procuraban con gran codicia entremeterse. Era esto tan notorio que el capitán que la señoría había enviado, por gobernador de las ciudades, que se habían empeñado, pretendía que se comprendían en el empeño debajo de la ciudad de Otranto, muchas villas y lugares: porque se llamaban de la tierra de Otranto, y de aquella provincia: y sobre ello se comenzó a mover quistión, y nueva pendencia: siendo así, que por razón de aquel empeño, no se comprendía sino el territorio de aquella ciudad, que estaba sujeto a su jurisdicción: porque lo que se decía tierra de Otranto, era provincia separada por sí: como lo de Apulia, y Abruzo.

Que el Gran Capitán echó de Calabria al señor de Aubeni: y redujo aquella provincia otra vez a la obediencia del rey don Fernando. XXX.

Después que Gonzalo Fernández partió de Atela, la vía de Calabria, acercándose al de Aubeni, cuando llegó a Potencia, se le rindieron el Tito, Caluelo, Tricarico, Marsicovetro, y otros cinco lugares: y entre ellos Laurenzana, con un castillo que era fortísimo. De allí pasó al condado de Aliano: y luego se le rindió, y se puso en su obediencia: y dejó en él al conde en pacífica posesión de su estado. Entonces el señor de Aubeni, que estaba en Castelluzo, y se había apoderado de todos los más principales lugares que dejaba Gonzalo Fernández reducidos a la obediencia del rey, que quedaban sin guarniciones de gente, envió con un rey de armas a decirle, que los españoles innovaban el asiento, que se había tomado en la Atela: ocupando algunas fuerzas, que eran de la voluntad francesa, contra el tenor de la tregua: y que dello estaba muy maravillado: y pedía que le avisase, si la pensaba guardar: o cómo habían de vivir: y queriendo que se guardase, hiciese restituir a la obediencia del rey de Francia aquellos lugares, como estaban primero. Era esto a cinco de agosto, estando Gonzalo Fernández en Aliano: y respondió al rey de armas francés, que dijese al de Aubeni, que más se debía maravillar de Montpensier, que no le había querido comprender en aquella tregua, y le había excluido della, con todos los lugares que estaban en su opinión, y le seguían: y conforme aquel asiento no debiera poner las manos en cosa que fue exceptada, por ser fuera de los confines de Calabria, donde el de Aubeni no tenía jurisdicción: mayormente no se habiendo declarado aquellos días, si quería estar por aquella concordia: y habiendo publicado que se iba el señor de Montpensier, obró contra ello, recibiendo a Monteleón, y tomando los castillos de Murano, Casano, y de Castrovilari: y puso a saco La Redonda: y entró en Moremano, que se había reducido a la obediencia del rey don Fernando. Cuanto fuese aquello a propósito de lo que enviaba a requerir, él lo podía considerar: pues lo que se había faltado, había sido de su parte, y no de la suya. Con esto el de Aubeni determinó de seguir el más seguro partido: y tuvo por mejor acuerdo, ser comprendido en aquel asiento: y mal de su grado dejó la tierra, para salir del reino. Pasó luego el Gran Capitán del condado de Aliano al Sienés: y en llegando se rindió, y otros muchos lugares de la comarca: y

apoderado de aquello, bajó al val de Layno: y a la hora se le dio el castillo, que era fuerza inexpugnable, y que importaba mucho: y redujo todo el valle, con los lugares del condado de Lauria. Al principio entrando en Calabria, se puso en defensa el castillo de Murano, y no quiso rendirse: pero siendo lombardeado, temiendo la indignación, y furia de los soldados, se dieron a partido: y a ejemplo dél, se entregó el castillo de Casano, que era bien importante, y Castrovilari con la fortaleza, y muchos lugares de aquel valle de Crato: y rindióse otra vez Cosenza con los Casales, que son de gran población, y tienen todo lo alto de la sierra. En todo esto se ayudó mucho Gonzalo Fernández del gran valor, y esfuerzo de don Berenguer Arnaldo de Cervellón barón de La Laguna, y de don Juan su hermano: y para acabar de reducir a la obediencia del rey mucha parte de aquella provincia, que se había poco antes rebelado, y porque don Juan tenía mucha noticia de las cosas de aquel reino, y era muy ejercitado en aquella guerra de Italia, y en la de franceses, en que había alcanzado gran experiencia, y estaba muy estimado, y tenía conduta de gente de armas a sueldo del rey don Fernando, procuró el Gran Capitán que le recibiese el rey de España en su servicio: y a Jacobo Conde, que era de los principales Ursinos, que le siguió en aquella guerra, y sirvió al rey de España en ella muy bien. Antes desto, don Antonio de Centellas, que se llamaba marqués de Cotrón, había significado mucho a Gonzalo Fernández, desde que entró en Calabria, que tenía voluntad de reducirse, y alzar banderas por el rey de España: y no le quiso recibir con aquella condición: y en esta vuelta, como no tenía orden como defenderse, tornó a procurar lo mismo: y el Gran Capitán le envió a decir, que le entregase las fortalezas que tenía, y se pasase a Sicilia, con algunas condiciones que se apuntaron: pero esto se sobreseyó por causa de la novedad que poco después se siguió, muerto el rey don Fernando, en la sucesión del reino. Estaba en la baja Calabria el cardenal de Aragón con la gente de caballo, que le dejó el Gran Capitán: y habíase apoderado de la mayor parte de aquella provincia, al tiempo que el de Aubeni se apartó della: y continuó Gonzalo Fernández su camino, tornando a conquistar lo perdido: y porque a dos leguas de donde estaba, se habían recogido en Altomonte, y Malvito el cardenal de Sanseverino hermano del príncipe de Bisiñano, y Bernardo Ordos con alguna gente, pensando defenderse en aquel lugar, partió de Castrovilari a veintidós de agosto, para echarlos de allí: y como quiera que en el mismo tiempo el rey don Fernando andaba en trato con los príncipes, y barones rebeldes, para reducirlos a su obediencia, Gonzalo Fernández le escribió, que debía mucho advertir, cómo se acordaba con ellos: pues tenía ya en su poder la mayor parte de sus estados: y si difiría algún tanto de concluir el trato, acabaría de ganar lo que restaba. Había ya alcanzado Gonzalo Fernández en este tiempo tanta reputación, y crédito, que se iba la gente tras él, sin que les prometiese sueldo: y los mismos italianos le estimaban en tanto grado, que no se acordaban que a ningún capitán de los suyos, los más famosos, se hubiese tenido tanto respeto, con tanto miedo: y en todas partes los franceses, que aún se entretenían en el reino, iban no solamente perdiendo, pero consumiéndose del todo, con grande mortandad, que sobre ellos cargó: y no mucho después que salieron de Atela, enfermó Montpensier de una muy grave dolencia, de la cual murió en Puzol, siendo entrado ya el invierno: y por los lugares de la marina murieron otros capitanes muy principales: y por mandado del

rey don Fernando fue detenido Virginio Ursino, y puesto en el castillo del Ovo, con harta infamia del rey, que quiso, por contentar al Papa, quebrantar su fe. Era así, que el año pasado entendiendo el Papa que Virginio determinaba ir debajo del sueldo del rey de Francia, contra el rey don Fernando, le hizo diversas veces requerir, que tomase el sueldo de la Iglesia, y de los duques de Milán, y Venecia: pues le era tanto más honesto partido, ir en favor del rey don Fernando, para cobrar aquel reino, que era especial patrimonio de la Iglesia, cuyo súbdito él era, y que asistiese en aquella guerra. Pero como no quiso aceptar las promesas que el Papa le hacía, promulgó cierto monitorio, por el cual le exhortaba, so pena de excomunión, y de ser habido por rebelde él y los suyos, que en ninguna manera tentase de entrar en el reino: ni ayuntase gente en las tierras de la Iglesia: so pena de privación de su estado: y menospreciando aquellas censuras, entró en el reino con Juan Jordán su hijo, y con Pablo Ursino, y Bartolomé de Albiano, que era de aquel linaje, con mucha gente de armas: haciendo todo el daño que pudo en la guerra pasada. Por esto el Papa le había declarado por rebelde, y a todos sus secaces, confiscando sus bienes: y como quiera que en la concordia que se hizo con los franceses en Atela, el rey don Fernando había asegurado a Virginio, y sus estados, para que con sus gentes pudiesen libremente por mar, o por tierra venir a Francia, o volver a sus tierras, el Papa se tuvo desto por mal contento: diciendo, que en cosa que tanto tocaba a la sede apostólica, sin expreso consentimiento suyo, siendo aquéllos sus súbditos, no se debía conceder tal seguro en tan notorio detrimento suyo, y de la Iglesia: y no obstante esto, determinó de proceder contra ellos, como contra rebeldes, hasta privación de sus estados: y requirió al rey don Fernando, que atendido que era obligado en semejante caso, ayudarle, por lo que convenía al sosiego de toda Italia, detuviese, y prendiese a Virginio, y a Juan Jordán su hijo, y a Pablo Ursino, y a Pablo Vitelio, y Bartolomé de Albiano, y todos los otros de su valía, y se los remitiese debajo de buena custodia, protestando contra el rey si fuese en aquello negligente: y relajaba el juramento, como inválido, por no se haber prestado con su consentimiento. Con esta ocasión fueron presos casi en un mismo tiempo estos caballeros, que eran los principales de aquella casa: aunque Bartolomé de Albiano se escapó de la prisión, y Pablo Vitelio fue puesto en salvo por el marqués de Mantua. Había tratado Virginio en el campo que estuvo sobre Atela, con Gonzalo Fernández ofreciéndole todas sus fortalezas, para que las tomase a su mano: y las tuviese en nombre del rey de España: y él se excusó dello honestamente, diciendo, que no tenía tal orden: ni lo podía hacer sin mandado del rey su señor: y como Montpensier, y Virginio quisieron seguridad de la liga, en ausencia del embajador de España, pidieron que la firmase Gonzalo Fernández como general: y a ruego del rey don Fernando la firmó: tomando primero su fe real que aquello sería guardado. Llegados a Nápoles, como Gonzalo Fernández se ocupó otra vez en reducir las provincias de Calabria, en su ausencia fueron los franceses detenidos, y maltratados: y Juan Jordán, que se iba con la gente de su padre con la seguridad que se le había dado, fue robado por gente del duque de Urbino, y preso, y traído a Nápoles, adonde se puso en prisión en el castillo del Ovo. Virginio fue forzado a que dijese que se quería quedar en el reino: amenazándole que le darían hierbas: y siendo traído ante los embajadores de la liga, dijo que por ser apremiado, quería quedarse en Nápoles: y fue puesto por

auto más extendido de lo que fueron sus palabras: y a la hora se reclamó al arzobispo de Tarragona, y al embajador Escrivá: y no obstante esto fue detenido y puesto en grillos en el mismo castillo con su hijo. Quedando desta manera el partido de los Ursinos tan quebrado, el Papa se esforzaba a destruir, y deshacer a aquella casa, con ayuda del rey don Fernando, y de Coloneses: los cuales en sus tierras habían ya pregonado la guerra contra ellos.

De las empresas que proponía en este tiempo el rey de romanos: y de su ida a Italia. XXXI.

Antes desto, era muy solicitado el rey de romanos por el duque de Milán, y por la señoría de Venecia, para que apresurase su ida a Italia: por dar principalmente socorro a las cosas de Pisa, contra florentinos, que les hacían muy cruda guerra, por se apoderar de aquella ciudad: en cuyo socorro la señoría de Venecia había enviado harto número de gente, por mar, y por tierra: y entraron en el puerto de Pisa diez galeras, que subieron por el Arno arriba, con gran copia de municiones. Por la misma causa fue enviado por el Papa, en fin de julio, a Lombardía por legado, don Bernardino de Carvajal cardenal de Santacruz: para asistir en las cosas de la liga, con el rey de romanos. Mas las empresas deste príncipe, aunque fueron en su ánimo grandes, pero eran muy varias, y con menos fundamento que convenía. Porque a lo menos, en un mismo tiempo trataba en procurar la reducción, y libertad de los estados de Italia, y unirlos con el Imperio: y declaraba querer ir a Roma, para coronarse: y como estaba indignado con los privados del archiduque su hijo, algunas veces proponía, que se heredase el Imperio por sucesión: y que el príncipe don Juan sucediese en él: y quería entender juntamente en la reformation del estado eclesiástico, y en la guerra contra los turcos: y trataba de la paz general, antes de haber rompido la guerra, ni pasado a Italia. Publicaba, que pensaba llevar catorce mil combatientes, y veinte mil que hiciesen guerra contra suizos: y otros cinco mil que rompiesen por Borgoña. Tuvo primero acordado, dejar su ejército en la frontera de Saboya, y en Milán, con la gente de la señoría, y con la de Lombardía, que serían cinco mil de caballo, y doce mil infantes: con publicación de embarcarse con mil hombres de armas, y cuatro mil alemanes, y venir con la armada a desembarcar en Aguas Muertas, donde le parecía que el rey de España con todo su ejército debía ir por tierra poderosamente: porque de allí tomasen el camino de París: con orden que el archiduque en el mismo tiempo entrase por Borgoña, con tres mil hombres de armas y seis mil infantes: y que todos tres se juntasen en Lyon. Pretendía para esta empresa cosas, que claramente la habían de estorbar: y no se aceptaban por los confederados: y entre otras era, que como él hubiese entrado en la liga como archiduque de Austria, y duque de Borgoña, y como un príncipe privado, atendido que los emperadores, y reyes de romanos no acostumbraban hacer confederación con algún príncipe en particular, con este color quería, que se declarase, que los príncipes de la liga se obligasen de ayudarle como a rey de romanos, para defensión del Imperio: pues él entendía de traer a los príncipes de

Alemania en ayuda de la liga contra el rey de Francia: de manera que la confederación se entendiese para la defensa del Imperio Romano. De la misma suerte que esto se imaginaba en su fantasía, se comenzó luego a proponer: y parte a ejecutar: y pasó los Alpes mediado agosto: y salieron a recibirle el duque de Milán, y el cardenal de Santacruz. Fue su entrada en Italia con general descontentamiento de todos los estados della: y en todo esto no parecían señales de guerra, sino en los consejos: contradiciendo venecianos cuanto el rey de romanos proponía, y deliberaba hacer. Después que entendió la disposición de las cosas de Italia, determinaba, que para el bien, y reputación de la liga, convenía que por su persona fuese a Florencia, Livorno, y Pisa: principalmente con intención de divertir a Florencia, y Livorno de la confederación que tenían con el rey de Francia, y sacarlos de su poder, y reducirlos al Imperio, por los mejores medios que pudiese: y si estuviesen con pertinacia en aquella opinión, iba determinado, que la armada del duque de Milán fuese sobre Livorno: porque estorbaba que la de Francia no se pusiese en aquel puerto, ni pudiese hacer daño en la ribera de Génova: y pensaba en el mismo tiempo pasar con su ejército a Florencia, y hacer guerra en aquel estado, si no se confederase con él: creyendo, que como no pudiesen ser socorridos de Francia, se concertarían. Sucediendo esto prósperamente pensaba, por satisfacerse de las injurias que del rey de Francia había recibido, pasar con muy gruesa armada a la Provenza: llevando consigo al duque de Lorena, por dar competidor al rey de Francia, en lo de la sucesión de la Provenza: y comenzar por allí la guerra: y para esto pretendía por medio de su embajador Gaspar de Lupián, que vino a España para solo este efeto, que mientras él se ocupaba en la reducción de Toscana, el rey entrase con su ejército poderosamente por Francia, y fuese contra Tolosa, y Narbona: y persistiese en el cerco de una destas ciudades: y continuase por allí la guerra. Todos los que juzgaban de las cosas libremente, y sin pasión entendían, que era muy conveniente al sosiego de Italia, que florentinos entrasen en la liga, y se ganasen por qualquiere manera: y esto ninguno lo podía negar, sino venecianos, que cuando hablaban de las cosas de Florencia, no podían dar buen voto: y siempre enderezaban al rompimiento, antes que a los medios de la concordia. Por esta causa parecía, que importando tanto su amistad para las cosas de Italia, y para el favor de la liga, no se les debía negar Pisa: pues aquella ciudad había cobrado la libertad por el favor del rey de Francia: habiéndola poseído florentinos tantos años pacíficamente: porque pidían, que ante todas cosas les fuese restituida: y que después el emperador fuese juez de la causa. Parecía cosa muy conviniente, que pues Pisa no se podía sostener por sí, y se esperaba recobrar con ella a Génova, de quien se podía recibir ayuda contra el rey de Francia, y por su causa quedaba Italia unida, se debía ganar Florencia, atajando la ocasión de las discordias que por ella se aparejaban: mayormente que Pisa consumía mucho dinero, y ocupaba gente: y della no resultaba ningún provecho, ni se esperaba: y de Florencia se podía luego sacar gente, y dinero, para ayudar a la liga. No obstante que esto parecía muy fundado en razón, tuvo más fuerza el parecer de los que aconsejaban, que se continuase la guerra contra Florencia. Para mayor autoridad desta entrada, dejó el rey de romanos ordenado, que el duque de Sajonia elector, y su hermano, y el conde de Palatino el mozo, y el duque de Baviera, que llamaban el Rico, y los duques de Pomerania,

Mecklemburgo, y Branzuych, y los marqueses de Brandeburgo, y de Bada el mozo, y un hermano suyo, se acercasen con número de gente de pie, y de caballo, para asegurar los pasos de los Alpes: y resistir que los franceses no pudiesen entrar por el Piamonte, o por tierras del duque de Saboya: y habían de entrar en el mismo tiempo en Francia por Champaña, cuatro mil alemanes, y mil de caballo, que estaban para esto ya juntos en el ducado de Lorena. La gente que el rey de romanos llevaba en su entrada, eran solamente mil de caballo: algunos con arneses de todas piezas, y lanzas, y otros con jazaranes, petos, y quijotes, y ballestas: y algunos con espingardas: y cinco mil tudescos muy escogida gente. Tenía el duque de Milán en aquella sazón, quinientos hombres de armas, y algunos caballos ligeros repartidos en diversos lugares: pero no estaba con menos temor de los suyos, que de los franceses: y la gente que venecianos tenían, que era poca, se había repartido en la guarda de sus tierras: más que para ayudar a la liga, ni ofender: porque de la misma manera se temían del rey de romanos, y del duque de Milán, que del rey de Francia: y de aquellos dos príncipes no sabían determinarse, cuál les fuese menos perjudicial en la residencia, y posesión de Italia: porque después que Maximiliano entró en ella, la gente de la señoría siempre cargó a la parte donde él iba, por los confines del ducado de Milán, y de sus tierras: y hacían en Pisa toda la gente que podían: porque su fin era hacerse señores della: y por esta causa estorbaban, que el rey de romanos no fuese por su persona: sino que enviase un general. Por todas estas dificultades Lorenzo Suárez de Figueroa propuso a la señoría en nombre del rey de España, que para el bien de la liga, convenía que tuviesen fin al bien universal, proponiendo lo particular: que era atender el bien general de toda Italia, y a su deliberación: y sacar de su dominio los franceses: y que para esto era muy expediente, admitir en la confederación de la liga al rey don Fernando: y que se consultase, si convendría más continuar la guerra por Pisa, o por Perpiñán. Pero venecianos querían dar a entender, que lo que habían procurado, y hecho por haber a Pisa, todo se enderezaba al fin del bien universal, y por conservar aquella ciudad en su libertad: y restituirla con las tierras que le habían ocupado: porque no diese en manos de florentinos, que eran tan aficionados al rey de Francia: que sería cosa de gran perturbación: y en el efeto contraria de lo que se pretendía. Encarecían, cuánto más se había hecho por aquella señoría en favor del rey don Fernando, que si fuera uno de los confederados: y excusábanse con buenas palabras de admitirle en la liga: concluyendo, con su acostumbrada maña, y disimulación, que donde intervenían obras, no había necesidad de buscar otras demostraciones aparentes: mayormente en aquel tiempo. Decían que los gastos que aquella señoría hacía con la gente que tenía en el reino, y con la que estaba en Pisa, por sostenerla en su libertad, eran grandes: y podían con verdad afirmar, que solos ellos tenían actualmente en guerra con Florencia, para reducirlos, a que fuesen buenos italianos: y que la armada, y gente que pagaban para la conservación de Génova, era de muy excesivo gasto: sólo por el bien común de toda Italia: y que si hasta entonces habían tenido alguna esperanza, que por aquel año franceses no estuviesen para pasar a Italia, había sido causa la señoría, en no dar ocasión, que se entrase en otras cosas, y empresas particulares. Mas como entendían, que por instigación de Juan Jacobo de Trivulcio pasaba gente de Francia, y se aparejaba gruesa armada en la Provenza, creían que

el rey Carlos estaba muy animado, a proseguir la empresa de Italia: mayormente habiéndole nacido hijo: y por esto eran de parecer, que no se debía consultar, si la guerra se había de hacer por Italia, o por Rosellón: mas que era consejo forzoso, que sin dilatarlo, por estas partes, y por allá se moviese por todos los confederados poderosamente: por el bien general de Italia: pues con esto el rey de Francia sería compelido, a venir en una paz universal, o en brevísimo tiempo Italia quedaría libre, y purgada de aquella infición francesa. Con estas generalidades se detenían venecianos, esperando nuevas ocasiones para su provecho: y el rey de romanos, por dar prisa al socorro de Pisa, vino a Génova: y con su llegada don Juan Manuel procuró, que Piedrasanta se restituyese a aquella señoría: la cual tenía entonces la señoría de Luca: creyendo que Maximiliano había de ser el árbitro, y componedor de todos los estados de Italia.

Que la infanta doña Juana fue llevada a Flandes al archiduque de Austria su marido: y de la concordia, que hubo entre los reyes de España, e Inglaterra: por el matrimonio del príncipe de Gales, y de la princesa doña Catalina. XXXII.

Al mismo tiempo, que el rey de romanos pasó los Alpes, se dio tanta prisa a poner en orden la armada en que había de partir la infanta doña Juana, cuyo matrimonio se había ya concertado con el archiduque de Austria, que a veinte del mes de agosto estuvo embarcada en Laredo: y la armada estaba para hacerse a la vela. Fue la reina con su hija, y le tuvo compañía en Laredo, hasta su embarcación: y era la armada de muchos navíos, y muy bien armados de gente muy escogida, y bien en orden, que se había recogido desde el año pasado: teniendo cargo de capitán general de las armadas de aquella mar don Sancho de Bazán. Hízose a la vela la armada, y salió de Laredo a veintidós de agosto deste año de 1496: y llevaba el cargo de capitán general don Fadrique Enríquez almirante de Castilla: y debajo dél iban el conde de Melgar su hermano, y Gómez de Buytrón, y otros muy principales caballeros por capitanes de la gente de guerra: y llevaba la archiduquesa gran casa: e iban en su servicio don Luis Osorio obispo de Jaén, y don Rodrigo Manrique por mayordomo mayor, y por su camarera mayor la condesa de Carriña: y llevaba a doña María de Velasco, madre del almirante de Castilla, y a doña Ana de Beamonte, y muchas dueñas, y damas. Salieron del puerto con próspero viento: pero después tuvieron calmas: y con tiempo contrario tomaron puerto en Inglaterra en la playa de Portland: donde estuvo la armada hasta el segundo de septiembre, que se hizo a la vela: y entraron en el puerto de Antona el mismo día: y allí por falta de viento se detuvo cinco días: y dentro de otros dos, aunque con tormenta, y tiempo muy trabajoso, llegó al puerto de Medelburg, que es en Zelanda. Estaban en aquel puerto hasta ochenta naos bretonas: y antes que la armada de España llegase se salieron, y fueron al puerto de Canser en Zelanda: y quedaron allí encerradas: pero el almirante no consintió, que se les hiciese daño, ni ofensa alguna: porque estaban aseguradas en todos los puertos de Flandes. Otro día salió la archiduquesa a Ramua: y a cinco leguas de aquel lugar encalló una carraca genovesa, en que iba su recámara, y más de setecientas personas: y

por estar junto de tierra, fue socorrida de muchas barcas, y charrúas: pero como la mar anduviese brava, aunque acudieron aquellos barcos, no podían llegar al borde, para salvar la recámara: y perdióse la mayor parte: y anegóse mucha gente. Fue recibida la archiduquesa de la duquesa Margarita, mujer del duque Carlos, que salió a recibirla, antes que llegase a Amberes: donde llegó después la princesa Margarita un sábado primero de octubre: y porque iba la archiduquesa muy fatigada de la mar, y con tercianas, y muchos de los suyos enfermaron, y murieron, y entre ellos el obispo de Jaén, se detuvieron en aquella villa algunos días. De allí partieron a Lille, que está a dos leguas: y la princesa se fue para Malinas, para aderezar su partida, y venir en la misma armada, como se había acordado: pero en aquello se puso dilación, por causa del archiduque, que vino a Lille: y allí se celebraron los desposorios el día de San Lucas: y a veinte de octubre se velaron por manos del obispo de Cambrai: y la princesa volvió a Lille de Malinas, con la duquesa de Borgoña a las fiestas: y juntos de allí se fueron todos a Bruselas. Habían cometido el rey, y la reina a Ruy González de Puebla su embajador, estando en Tortosa en fin del mes de enero deste año, que tratase del matrimonio entre la infanta doña Catalina su hija, y Arturo príncipe de Gales: y el rey de Inglaterra su padre dio su poder a Thomas obispo de Londres en el castillo de Windsor, a dos del mes de septiembre pasado, deste mismo año: y concertaron, que se hiciese el matrimonio, cuando el príncipe tuviese catorce años, o a lo menos doce, por palabras de presente: y señaláronse en dote doscientos mil escudos de oro: que cada uno valía cuatro sueldos, y dos dineros sterlingos: de la moneda de Inglaterra. Dotóse la infanta por el rey de Inglaterra, y por el príncipe su hijo en la tercera parte del principado de Gales: y del ducado de Cornubia: y del condado de Cestre: en buenas villas, y tierras con sus rentas: y así lo juraron el obispo de Londres, y el embajador: el mismo día que la princesa margarita entró en Amberes: aunque por la edad del príncipe de Gales se difirió mucho tiempo el consumir el matrimonio.

De la muerte del rey don Fernando II: y que sucedió en el reino de Nápoles el infante don Fadrique su tío. XXXIII.

Antes que el rey de romanos pasase los montes, como en el reino de Nápoles no quedase mayor resistencia de los franceses, que la que estaba dentro en Gaeta, por estar aún por ellos aquella fuerza, que es tan importante, salieron de Villafranca de Niza tres galeras de franceses, y una nao normanda, para ir con bastimentos, y gente en su socorro: y estando el conde de Trivento, y don Dimas de Requesens con la armada de España en el puerto de Génova, y en Saona, salieron en su seguimiento seis galeras venecianas, y don Dimas: pero no fueron tan a tiempo, que los contrarios no entrasen con el socorro en Gaeta sin ningún estorbo. Poco después el conde de Trivento, con toda la armada se fue a poner sobre Gaeta: y como antes que llegase, a vista de todos la nave normanda, y otra de la religión, que estaban dentro del puerto, se saliesen, el conde con tres carracas, y cuatro

barcas, y con una galera fue en el alcance de la carraca de la religión: pero sobrevino luego tal temporal, que estuvo muy cerca de perderse: y volvióse a la isla de Ponza: y de allí se fue a Gaeta, pensando hallar el campo sobre ella. Estaban juntas la armada veneciana, y la de España: y visto que se dilatava de poner el cerco por tierra, por indisposición del rey de Nápoles, que estaba en Soma, deliberaba el conde de partirse con tres carracas, y diez barcas, y otras tantas galeras la vía de Provenza, para impedir, que los enemigos no pudiesen armar: y estaba esperando la respuesta del rey. Diose tanto lugar de fortalecer a Gaeta, que con trabajo se podía tomar, después de haberla proveído la armada: no quedando otra fuerza por los franceses en toda tierra de Labor. Habíanse ya rematado las cosas del Abruzzo: y todo él estaba por el rey, salvo el marqués de Martina: a quien no había querido asegurar: y acabado de allanar aquello, se vinieron a Roma el duque de Urbino, y Fabricio Colona. Faltaba por reducir el Monte de Santángel, y la ciudad de Tarento: y en Calabria no quedaba cosa que de importancia fuese, sino el castillo de Cosenza, y sola una fortaleza del príncipe de Salerno, que había sostenido a la costa, donde se pudiese salvar, hasta embarcarse para venir a Francia, como lo pensaba hacer: y el de Aubeni, viéndose tan combatido por el Gran Capitán, acordó de entregar todas sus fortalezas al rey: y venirse por tierra hasta Roma. En la baja Calabria quedaban cuatrocientos franceses, que había dejado el señor de Aubeni en defensa de San Jorge, y Giraci: y envió el Gran Capitán en principio del mes de octubre su ejército, para que combatiere el castillo de Cosenza: en el cual habían quedado ciento cincuenta soldados, y estaba muy bastecido: y dentro de siete días el alcaide se concertó con el Gran Capitán en dejarlo: conque pudiese sacar consigo los bienes que tenía: pero sobreviniendo la nueva de estar el rey don Fernando en grande peligro de la vida, por una muy grave enfermedad, mudó el propósito. Estando las cosas en estos términos, la enfermedad del rey, que fue de flujo, con grandes accidentes de fiebre, se fue tan reciamente agravando, que los médicos desconfiaron luego de su salud: y de Soma le trujeron a Nápoles. En aquella sazón se hallaba el infante don Fadrique su tío en Castellón: y teniendo aviso del peligro en que estaba, a dos del mes de octubre, entendiendo, que todo el bien de su sucesión en aquel reino, y de la restauración, y conservación dél, estaba en el favor del rey de España, luego le envió a suplicar con gran humildad, quisiese mirar por aquella casa, como hasta entonces lo había hecho: declarándole, que era más suya, que cualquier otro reino suyo: pues allá no tenían otra esperanza: ni de otra parte les podía ir el bien. Decía: que él siempre había sido muy afectado siervo, e hijo del rey: y lo sería mientras viviese: y suplicaba, que así le quisiesen recibir: porque la vida, y estado, y cuanto él tuviese, se porría, y ofrecería a cualquier servicio de Sus Altezas: como lo había tratado con el conde de Trivento. La dolencia fue tal, que el rey su sobrino falleció a siete del mes de octubre: y fue su muerte tanto más llorada de los suyos, cuanto sobrevino más arrebatadamente en su mocedad: siéndole cortada la vida al tiempo que pensaba gozar de la gloria de haber reducido a su obediencia aquel reino: y echado dél a sus enemigos. El mismo día que falleció, el infante don Fadrique príncipe de Altamura su tío, siendo avisado de Chariteo secretario del rey, se fue al castillo del Ovo, acompañado del general de la señoría de Venecia, que llevaba diez galeras, y con otras seis, que eran

del reino: donde se concertó con los barones, y con el pueblo de Nápoles: y se obligó en cierta concordia: y fue nombrado, y elegido por rey, hallándose a caso en la ciudad los príncipes de Salerno, y Bisiñano, y los condes de Lauria, y Melito: que poco antes eran sus mayores enemigos: y otros barones, que vinieron a Nápoles con salvoconducto: y se concertaron con él: y en conformidad le alzaron por rey, con intervención de los embajadores de la liga: con demasiado contentamiento de la reina de Nápoles su madrastra: que tenía más razón de sentir la muerte del yerno. Fue el rey don Fadrique a desembarcar al muelle de Nápoles con sus galeras: donde le estaban esperando el legado, y los embajadores de la liga, con muchos barones, y caballeros: y entró en la ciudad: y fue discurriendo por los Sejos, donde estaban congregados los caballeros, para recibirle con sus ceremonias por rey: y le hicieron los homenajes. Desta manera fue a la iglesia mayor: donde le recibió el arzobispo con el clero, con la solemnidad, que en tal caso se acostumbra: y de allí dio la vuelta al Castillo Nuevo, donde siendo primero declarado, que era elegido, como legítimo rey, fue recibido dentro por el alcaide: y en la sala real el mismo día se hizo cierto instrumento, por el cual nombró por duque de Calabria, y sucesor en el reino, a don Fernando de Aragón su hijo. No es de olvidar en este lugar una cosa, a mi ver, muy digna de advertirse, para que se entienda, cómo se recibió por el rey de España, lo desta sucesión: y es, que al tiempo que el rey don Fernando estaba sin esperanza de vida, Juan Ram Escrivá, procuró con gran diligencia, que el Gran Capitán viniese a Nápoles, confiando que la ciudad se alzaría luego por el rey de España: pero como el Gran Capitán entendió en aquella misma razón, estando en Cosenza sobre el castillo, que alzaban por rey al infante don Fadrique, en conformidad de los príncipes de Salerno, y Bisiñano, y de todos los Coloneses, sobreseyó en su partida: hasta entender lo cierto: por apoderarse entretanto de algunas fuerzas: señaladamente de aquella de Cosenza, que estaba para entregarse, e importaba en ella la seguridad de toda aquella provincia. No era esto tan fuera de la intención, y pensamiento del rey de España, que no le pareciese cosa muy grave, y fuerte, que siendo aquél, cuyo era el reino, echado dél, no habiendo hallado otro remedio, sino acogerse a Sicilia, donde desde su casa, y con su ayuda se hubo de restituir en su estado, siendo muerto, a cabo de tanto trabajo, y fatiga, que sostuvo en aquella guerra, por echar a sus enemigos, presumiese don Fadrique, que se estaba, como ellos dicen, esguazando, sin mostrar grado a ninguna persona, suceder en el reino, por favores, y medios de personas tan contrarias a la Corona de Aragón: sin que se tuviese con el rey la cuenta que era razón: y propuso de dar a entender, que había de proseguir su justicia con rigor de leyes, y de las armas: pero con su prudencia lo disimuló: y aunque muchos fueron de parecer, que de su parte se debían requerir el rey de romanos, y el duque de Milán, para la empresa del reino, juzgando, que en tal coyuntura podía aquello traer poco provecho, y mucho daño, y que se alterarían de tal manera las cosas, que los que eran amigos, no lo fuese, sobreseyó de proceder en ello: mayormente entendiendo, que el rey de romanos, sin consultar con él, se declaró en favor del infante don Fadrique. Mas todavía pasó la cosa tan adelante, que Garcilaso, luego que supo la muerte del rey don Fernando, propuso al Papa, que bien sabía, que después de haber ganado el rey don Alfonso aquel reino, le fue dada la investidura para él, y a sus herederos: y

que se habían de entender por propios herederos, los que por legítima herencia le podían suceder en los otros reinos: porque puesto que el papa Pío dio la investidura al rey don Fernando su hijo, no podía perjudicar al derecho, que pertenecía al rey de Aragón, que era el rey don Juan: y si en los tiempos pasados se había dejado de proceder en aquel negocio, fue por las necesidades de acá, y por el casamiento de la reina de Nápoles: que ya todo cesaba: y suplicó al Papa concediese la investidura del reino al rey de España. Excusóse el Papa con buenas palabras diciendo, que ninguna cosa más codiciaba él, que gratificar al rey: aunque sabía que todos los barones, y el pueblo de Nápoles estaban muy conformes con don Fadrique: pero que le habían dicho, que la reina doña Juana, hermana del rey de España estaba apoderada de los castillos: y si tuviese la parte del rey su hermano, por ventura se podría aquello hacer: mas si siguiese la voz de su entenado, sería destruir aquel reino. De manera, que como al Papa le pasaba por la fantasía de hacer alguno de sus hijos rey, y vio que aquello no llevaba camino, y las dificultades que en ello habría, procuró con venecianos, y con el duque de Milán, que el infante don Fadrique sucediese en el reino: y todos ellos lo trabajaron por medio de sus embajadores, con sus amigos: siendo así, que por ninguno se pusieran en ello: sino temiendo la sucesión del rey de España: porque tenían aquello por menor inconveniente. Aunque hasta entonces don Fadrique se había mostrado demasíadamente atentado, y temeroso en las cosas de la guerra, también fue este recelo de la pretensión del rey de España ocasión, que luego al principio de su reinado, tratase de concertarse con los rebeldes: y parecía, que por quitarse, no sólo del peligro, pero del temor dél, y de la fatiga de la guerra, venía en hacer cualquier tributo al rey de Francia: o algún otro partido vergonzoso, por medio del príncipe de Salerno: y por reducirle a su obediencia, ofreció de restituirle todo su estado, que le había sido ocupado en aquella guerra. No ayudó poco a esto entender, que el duque de Milán temía muy de veras ser enemigo del rey de Francia: y menos osaba ser su amigo: y tentaba diversas cosas por medio de un embajador suyo: y antes de la muerte del rey don Fernando, hizo mover cierta plática de paz con Francia al rey de romanos: con la cual se ofrecía, que el rey Carlos le había de restituir todo lo que estaba ocupado de Borgoña: conque las cosas de Italia tornasen al primer estado: y que el rey de Nápoles pagase cierto tributo: y los barones cobrasen sus estados. Pero como el rey de romanos entraba en Italia con grandes esperanzas respondió, que no aceptaría paz tan deshonesta: porque sería ensoberbecer a los franceses: y por ninguna cosa se les debía dejar asidero en lo de Nápoles: porque entendiesen, que en ningún tiempo les había de ser consentido, que tuviesen en Italia dominio de una sola almena: y que no consintiría, que se hiciese paz, sino con mayor reputación, y ventaja de la liga. Por todas estas causas, que concurrieron en este hecho, el rey de España se determinó, que pues lo más estaba acabado por parte del rey don Fadrique, y tenía el favor de todos los confederados, y aun de los rebeldes, mostrar dello contentamiento: y dar orden, que lo poco que quedaba por cobrar se ganase: porque quedando aquel reino en manos de don Fadrique, entendió, que no podía dejar de dar en las suyas, como después sucedió. Mayormente, que desde el principio de su sucesión en el reino, envió a notificar a la reina, que se asegurase, que en manos de otro hombre del mundo aquel reino no podía venir, que más fuese a propósito del rey, y de

la reina de España: y de su estado: ni que más aparejado fuese para servirles: de manera que podían en todo mandar, y disponer dél, y de su reino, como de los suyos: y suplicaba le aceptasen por hijo: con aquel amor, y voluntad que él se ofrecía: haciendo tal demostración de favorecer sus cosas en aquel principio, que todos entendiesen, cuán caras las tenían: y en cuánto las estimaban por propias.

Que el rey don Fadrique fue a poner su campo sobre Gaeta: y el rey de romanos pasó a Pisa, para poner cerco sobre Livorno. XXXIII.

Luego que el infante don Fadrique fue alzado por rey, deliberó ir a poner cerco sobre Gaeta, que la tenía en defensa un capitán francés llamado Obertio Rosseto: y el conde de Trivento, que estaba en Nápoles, se vino a Baya, donde tenía su armada, y tres carracas genovesas: y porque los genoveses no quisieron salir, aguardando que los pagasen, él se embarcó, e hizo a la vela para el puerto de Gaeta: y en un mismo día llegaron el conde con su armada, y el rey don Fadrique con su ejército por tierra: y pusieron la artillería a la parte del monte, donde los enemigos habían hecho sus reparos. Luego se comenzó a batir, y dar el combate por mar, y por tierra: y los franceses que se vieron combatir por tantas partes, desampararon el monte, dejando en él la artillería que tenían, que eran más de sesenta piezas. Hízose desde el monte, y por la mar en algunos días grande daño en los muros, y reparos que habían hecho los franceses: y estaba ya ordenado de dar combate: y llegó en esta sazón al campo el señor de Aubeni, por hacer reverencia al rey: y visto el grande peligro en que la ciudad estaba, le suplicó le dejase entrar aquella noche en Gaeta, para persuadir al alcalde, y capitán que estaban dentro, que se tomase algún buen partido: y el rey lo tuvo por bien: y el de Aubeni se fue con un batel a Gaeta: y habiendo estado en ella aquella noche, otro día salió con dos gentiles hombres franceses: y movió plática de rendirse, si no fuesen socorridos dentro de algunos días: lo que parecía, que no podría ser. Porque al tiempo que el rey de romanos pasó a Italia, toda la gente francesa, que estaba en el Piamonte, se recogió en Aste: y llegado a Génova en principio del mes de octubre, dio toda prisa por embarcarse para la empresa de Pisa: no embargante, que todos los de su consejo eran de parecer, que no fuese por su persona: y enviase a lo de Livorno un capitán: pero él se determinó, sabiendo que franceses a gran prisa enviaban el socorro, para dar favor a florentinos, porque sustentasen lo de Livorno: por lo que aquello importaba para las cosas de la mar. Estaba la armada bien en orden: y llevaba en ella mil trescientos alemanes, sin los genoveses, e italianos, que eran poco menos: e iban por tierra a juntarse con él a Pisa setecientos de caballo, y mil quinientos infantes tudescos: y con la gente que estaba en Pisa de la señoría de Venecia, y del ducado de Milán, que se habían de juntar con él, entendía, que bastaba para tomar por combate a Livorno, y pasar a Florencia. Mas poniéndosele delante por algunos de su consejo, y principalmente por don Juan Manuel, grandes inconvenientes en aquella jornada, afirmando, que el duque de Milán se alteraría porque aquella empresa se hacía contra su parecer, y venecianos por el mismo caso revocarían su gente, pero

él acordó de irse, como capitán aventurero, sin aguardar la compañía, y ejército, que su autoridad, y majestad requería. Era así, que aquel negocio de Pisa hacía muchas sombras de sospechas de una parte a otra: porque el duque de Milán la quería, y venecianos habían puesto grandes prendas por haberla: puesto que afirmaban, que no pretendían, sino que se pudiese en su libertad: y Antonio de Fonseca, y don Juan Manuel, que estaban en esta sazón con el rey de romanos, eran de parecer, que se debía restituir a Florencia: por quitar todo género de sospecha: y sosegar las cosas de Italia: y volverla a su estado primero: pero de tal manera, que el gobierno de Florencia se mudase: y se pudiese en él Pedro de Médicis, que era en afición muy aragonés: y se ofrecían muchas seguridades, de estar por algún tiempo las fortalezas por la liga: y esto con tal condición, que Pisa gozase de más libertad: de la manera que estaba Génova con Milán. Embarcóse el rey de romanos en Génova a ocho de octubre: y con su armada entró en el puerto de Pisa: donde fue recibido de los pisanos, como protector, no sólo de su libertad, pero de toda Italia: y luego se determinó, que se debía poner cerco sobre Livorno por mar, y por tierra: y quitar a los franceses aquella entrada: no les quedando otra ninguna en Italia para sus armadas.

De la vuelta del rey a Castilla: y que procuró de concertar a los reyes de Inglaterra, y Escocia. XXXV.

Como el rey había creído, que todo el peso de la guerra cargaría sobre Rosellón, y por esta causa, aunque se trató con el rey de Francia de algunos medios de concordia, había juntado un muy poderoso ejército, y estaba en Gerona esperando, lo que su enemigo emprendería por estas partes, y visto que el invierno era ya entrado, y que el rey de Francia estaba tan ocupado en las cosas de Italia, por la ida del rey de romanos, y que le convenía más atender al socorro de las cosas de Livorno, y Pisa, deliberó despedir la mayor parte de su ejército, y dejar contra los franceses en el Ampurdán, y Rosellón mil quinientos hombres de armas, y dos mil jinetes, y cuatro mil de pie: pues allende desta gente, todos los de aquella tierra estaban aparejados, para cuando los llamasen: que eran gran número, y todos muy guerreros. Con esto se partió de Gerona, y volvió la vía de Castilla, para ir a Burgos: porque allí se había de venir la reina, para celebrar en aquella ciudad las bodas del príncipe su hijo: creyendo que la princesa se embarcaría luego. Esta partida del rey, y su vuelta para castilla, causó harta alteración en las cosas de Italia: porque se pensó luego por los príncipes de la liga, que tenía concertada paz con Francia, por medio de los embajadores que vinieron a España: o que había concebido descontentamiento de los confederados: y della pesó extrañamente al rey de romanos: y se quejaba, diciendo a los embajadores del rey, que no respondía aquello a las continuas promesas, que le había hecho: con cuya confianza había emprendido de hacer la guerra con mayor ánimo, que entonces se proseguía: y recelaba, que alguna nueva plática, no hubiese apartado su voluntad de continuar la guerra contra su común enemigo. Procuraba don Juan Manuel de asegurarle, y apartar

de su ánimo toda sospecha: dando razón, que el rey era partido de Gerona, y se venía a Burgos, conociendo, que por haber ido con tal ejército al Ampurdán, y Rosellón, se estorbó por este año la ida del rey de Francia a Italia: y como tan gran ejército, por el frío, y las aguas de aquella tierra, no pudiese residir allí sin mucho peligro, había acordado mudar el asiento: pues si el rey de Francia quisiese pasar en este invierno, no estaba aquello tan a trasmano, que él no pudiese más presto volver a Rosellón: y ponerle impedimento: afirmando, que si había salido de aquella frontera, se iba a otro lugar tan cercano de Francia, que si fuese menester, podía entrar en pocos días en la tierra de su enemigo. Mas el rey de España tenía entendido, que la señoría de Venecia, y el duque de Milán, no querían hacer, como convenía, la guerra al rey de Francia: ni ayudar con dinero, a quien se la hiciese: porque entre sí tenían gran envidia, y mucha sospecha cada uno, que se concertase el otro con el rey de Francia: y no querían que el rey de romanos estuviese en Italia muy poderoso, y no le estimaban en lo que debían: y por esto principalmente atendía en asegurar sus hechos: y después, cuanto para esto le conviniese, procurar los ajenos. Causó también alguna mudanza en las cosas de Nápoles, la muerte del rey don Fernando: y esto tan a la descubierta, que decía el nuevo rey, que si el Papa le faltase de ayudarle a ser rey, a lo menos no le faltaría para ser gobernador por el rey de Francia, en aquel reino: y comenzábase a publicar, que el rey de España ponía todo su pensamiento en apoderarse del reino, por tener tan justo título: y desto placía a muchos: puesto que el Papa, y venecianos, no querían ver cabo sí tan gran vecino. En aquella sazón sucedió, que los franceses que se tenían en Tarento, alzaron banderas por la señoría: y los venecianos, ni se mostraban haberlo procurado, ni revocaban lo hecho: y al rey de España no le pesaba, que en aquella coyuntura se entremetiesen en lo ajeno: porque como pensaba proseguir su justicia, holgaba más, que lo del reino se alzase por aquellos, que no tenían ningún derecho, que por don Fadrique, que parecía tener alguna justicia: porque si determinase remitirle la que él tenía, juzgaba que era mejor camino aquél, para que otorgase las condiciones, que le quisiese poner: y tuviese necesidad, en que le conviniese hallar su favor. Entreteníase en esto el rey por no declararse, hasta haberse confederado con Inglaterra: porque con ella, estando unido con la casa de Austria, y con Portugal, entendía que Francia había de estar a su voluntad: pues Italia no solía seguir, sino al que más podía: y con esto pensaba gobernarse en lo del reino, y en las otras empresas que se le ofreciesen, a su provecho. De miedo desto el rey Carlos trataba de sacar de la liga al rey de Inglaterra: y confederarse con él, por medio de un matrimonio del príncipe de Gales con una sobrina suya, hija del duque de Borbón: y por otra parte el rey instaba en su plática, por confederarse con él: y como el rey de Escocia procurase casar con una de las infantas sus hijas, y por aquel matrimonio ofreciese de hacer amistad perpetua con el rey de Inglaterra, de manera que para siempre estuviese seguro de aquel duque de York, que aunque le tenía por fingido, le daba gran desasosiego, fue enviado por el rey por esta causa a Escocia el protonotario don Pedro de Ayala: más para entretener aquel rey, y quitar aquella parte de socorro al rey de Francia, que con pensamiento de darle ninguna de sus hijas: porque entre tanto que lo de Inglaterra se asentaba, y efectuaba lo del matrimonio de la infanta doña Catalina, con el príncipe de Gales, procurase alguna

forma de tregua, la más larga que pudiese entre aquellos príncipes: y en este medio pudiese estar el rey Enrique, sin recelo de los escoceses: con fin de tratar después casamiento del rey de Escocia, con una hija del rey de Inglaterra: porque con solo el temor del rey de Escocia, dudaba el rey de Inglaterra de romper la guerra por mar contra franceses. Llegó don Pedro de Ayala al mismo tiempo que el rey de Escocia entraba en Inglaterra con un muy buen ejército: y estaba ya en la frontera: mas no podía hacer con él mucho efeto, por ser el invierno muy tempestuoso, y haber caído grandes aguas: y por esto pensaba fácilmente detenerle con la plática del matrimonio de la infanta doña María. Era aquel príncipe muy valeroso, y de grandes pensamientos, con gana de ejecutarlos: y tenía buen aparejo para hacerlo: porque era absoluto rey: y tenía muy sujetos los principales del reino: y todos le temían por ser muy justiciero: pero emprendía las cosas más por su voluntad, que por parecer de los de su consejo: porque estaban divididos, unos por ser de la opinión de Francia, y otros del rey de Inglaterra. Como la gente noble de sangre, así mesmo lo es en su trato, y no tienen muchas haciendas, la mayor parte de aquella nación, en afición es amiga de franceses: por la crianza, que de allá tienen: y por el bien que de continuo les resulta de mano del rey de Francia: pero no dejaban de conocer, cuánto más ganarían con él, si no los tuviese tan ciertos. Por esta causa juzgaba el rey de España, que habiendo de tener continua contienda con Francia, le satisfacía mucho, tener aquel príncipe por amigo: porque aunque el de Inglaterra hacía más a su caso, sin el de Escocia, no le sería de tanto provecho: y el escocés, aun sin él, necesariamente lo había de ser: porque siendo él amigo de España, el rey de Inglaterra lo había de ser por fuerza: y puesto que el rey de Escocia no se pudiese ganar, para que hiciese la guerra en Francia, sería ayuda grande, que la dejase de hacer en Inglaterra: de manera, que con mano ajena hiciese contra Francia lo que le cumplía.

Que el señor de Santander capitán general del rey de Francia, entró con muy poderoso ejército en Rosellón, y ganaron la villa de Salsas: y de la tregua, que don Enrique Enríquez asentó con los franceses. XXXVI.

El rey por justificar más su causa, como era su costumbre, no cesaba de mostrar, que deseaba la paz: y por razón della envió sus embajadores a Francia desde Almazán: antes que partiese con su ejército para Gerona: que eran fray Gracián de Cisneros prior de Montserrat, y Hernán duque de Estrada: con plática de medios de concordia o de alguna tregua. Estos embajadores entraron en Francia por Pamplona: y hallaron al rey Carlos en Amboise: y trataron sobre aquellos medios con los de su consejo: que eran los más principales el canciller mayor, y Luis señor de Gravila almirante de Francia, y el señor de Clarius, que se llamaba marqués de Cotrón: y pareció, que se querían conformar, en que se hiciesen las vistas con tregua general. Después el rey de Francia se determinó de enviar a España al de Clarius: y con esto fueron despedidos los embajadores: y se vinieron a Perpiñán: y vino con el de Clarius Richarte Lemoyne secretario del rey de Francia. Lo principal que entre otros medios se proponía en esta embajada era, que para venir a las vistas, se pusiesen primero

en Perpiñán, y Narbona algunas personas, por cuyo medio se resolviesen las cosas más importantes, que en las vistas se habían de concluir: porque decía el rey de Francia, que sería cosa de gran confusión, si ellos partiesen desavenidos: y quería, que la tregua fuese entre España, y Francia, con el rey de Nápoles, y venecianos: porque a todos los otros decía, que tenía por amigos: y que durando esta tregua, pudiese reparar, y bastecer las plazas, y castillos que entonces tenía en el reino: y sacar los enfermos, y heridos, y poner otros tantos en su lugar: Era su principal fin dilatar, por si podría ver alguna quiebra en la liga: la cual él procuraba por todas las formas, y vías que podía: especialmente con el duque de Milán: por medio del de Ferrara: al cual enviaba por esta causa por sus embajadores al vizconde de Roda, y a Juan Garín. También era la causa el detenerse, creyendo, que el rey de España, y sus aliados no podrían sostener largo tiempo sus gentes, y los ejércitos que tenían. Murió al principio del mes de octubre el delfín de tres años: aunque Felipe de Commines dice, haber fallecido en principio deste año. El rey Carlos partió de Tours para Lyon: y hacía a gran prisa toda la más gente de pie, y de caballo que podía: y mandaba hacer caminos, y allanar los puertos, para pasar la artillería: y parte desta gente se enviaba al Piamonte: y otra se acercaba a la Provenza: pero todo el mayor cuerpo cargaba a las fronteras de Rosellón, y Navarra: donde el señor de Albret se vino por este tiempo. En esto usó el rey de Francia de un gran ardid: que al tiempo que más le pareció, que se esperaba de asentar la tregua, y se trataba de medios de la concordia, como dicho es, y menos se temía la guerra, por ser entrado el invierno, mandó juntar un grueso ejército de aquella gente que se hacía, con publicación de enviarla a Italia: y repartirla por sus fronteras: y sabiendo que en Rosellón no había ejército, que bastase a le resistir, habiéndose juntado los franceses en Narbona, así la gente de guerra, que había venido a la frontera, como de los de Languedoc, en número de más de dieciocho mil combatientes, siendo su general Carlos Albonio señor de Santander capitán muy diestro, y valeroso, que tuvo cargo de aquellas fronteras por el duque de Borbón, que era gobernador de Languedoc, movieron apresuradamente, para hacer entrada por Rosellón: y llegaron sobre Salsas un viernes muy tarde, que fue a ocho de octubre: y luego cercaron el lugar: y en la misma noche asentaron la artillería, que eran muchas piezas gruesas de batería. Otro día, casi antes de amanecer, comenzaron a abatir el lugar: y habiendo derribado mucha parte del muro, con gran furia se apresuraron a dar el combate. Había proveído don Enrique a Salsas de mucha gente: por parecer a todos, que era muy necesario, que aquel lugar se defendiese: y quedaron dentro don Diego de Acevedo, hijo del arzobispo de Santiago, Bernal Francés, Íñigo López de Padilla, don Pedro de Solier, y otros caballeros, con hasta setecientos hombres de pelea: en que había más de doscientos espingarderos, y ballesteros: y tenían veintinueve piezas de artillería, y toda la munición, que era necesaria para ofender, y defenderse: pero la batería, y combate de los franceses fue tan terrible, que fue entrado el lugar por un portillo: donde fue muerto don Diego de Acevedo, peleando como muy esforzado, y de gran corazón: y como en otra estancia matasen poco después a don Pedro de Solier, hasta trescientos soldados se retrujeron a la fortaleza: y porque no estaban en bastante defensa, y habían pegado fuego a las puertas, vinieron a partido con los franceses, salvando las vidas: pero siendo fuera, mataron la mayor parte de la gente de

guerra, que dentro había. Cuando don Enrique supo la nueva de su llegada, con la gente que de presto pudo recoger, tomó el camino de Salsas: con propósito de socorrer el lugar: y llegado a Ribasaltas, que está a una legua pequeña, tuvo nueva, que el lugar era ya entrado por los franceses. Estaba este lugar de Salsas muy flaco, y la cerca dél era vieja, y muy delgada, y sin cavas, ni reparos algunos, por estar asentados en peña viva: por lo cual estando el rey en Gerona, había determinado, que se labrase una fortaleza más abajo del lugar, en lo llano, donde se pudiese hacer fuerte de cavas, para después derribar a Salsas. Mas el portillo por donde entraron los franceses, estaba de tal manera, que al parecer de don Enrique, pudieran los de dentro defenderlo dos, o tres días, hasta que hicieran otros reparos: y la gente desmayó tanto, que no se detuvieron, hasta que los nuestros, que estaban en Rosellón, se pudiesen juntar: y apenas se halló que pelease hombre de los vivos, ni de los que murieron antes de ser entrado el portillo, según refirieron al rey, Hurtado de Luna, que violo de fuera, e Íñigo López de Padilla, que se halló dentro, y fue preso con Bernal Francés. Entendiendo don Enrique, que era tomado el lugar, paró en Ribasaltas: y mandó juntar la gente de caballo de las guarniciones, que se pudo haber: y dio luego aviso al conde de Ribagorza, que era visorey de Cataluña, de la entrada de los franceses, para que fuese con toda prisa a resistirles: y juntáronse hasta dos mil de caballo, y cuatro mil peones: y con este ejército puso su campo don Enrique a una legua pequeña de los franceses: con propósito de pelear con ellos, por echarlos de donde estaban: pero habían tomado primero la sierra, que sobrepujaba a Salsas: y estaban en lugar fuerte, donde pocos tuvieran ventaja a muchos: y por ser los enemigos tan superiores en el lugar, y número de gente, no pasó adelante, hasta ver lo que determinarían: porque no podían mucho detenerse: y pensaba molestarlos al retraerse. Estuvo en aquel lugar cuatro días: mas como salió de rebato, y no con propósito de asentar en campo, por la necesidad, que en aquel año tuvieron de bastimentos, visto que le era forzado levantarse con su gente, pues la que esperaba de Cataluña, no podía llegar tan presto, y que si él se recogiese primero, los lugares de Rosellón quedaban a muy gran peligro, por no estar en defensa, ni con tanta gente, que bastasen a defenderse de aquel ejército, mayormente estando los contrarios tan ensoberbecidos con la vitoria, que habían habido en la toma de aquel lugar, que se tenía por la principal defensa de Rosellón, por dar lugar, que el rey pudiese mandar juntar sus gentes, y proveer aquella tierra de vituallas, para sostener su ejército en campo, para qualquiera empresa, que se determinase seguir, concertó con el capitán general de los franceses tregua por aquellos condados por dos meses, y medio: que había de durar hasta diecisiete de enero: y con esto los franceses se retrujeron: y salieron de Rosellón. Este suceso de Salsas causó gran terror en todas aquellas fronteras: por ser la principal entrada dellas: y comúnmente, como suele acontecer, se imputaba la culpa al general: pero fue cierto, que don Enrique, en lo que debía prevenir un buen capitán, y en la misma necesidad, lo hizo con gran prudencia, y esfuerzo, así en avisar al rey, que aquel lugar no estaba para defenderse un solo día, como en requerirle, que proveyese de gente: para que pudiese en cualquier afrenta resistir a los enemigos, al tiempo que se iban más reforzando: y en acudir a todo trance, y peligro: pero nunca se dio crédito, que osarían los franceses entrar en tal tiempo en

Rosellón. Cuando el conde de Ribagorza llegó con su gente por hallarse tan lejos, había cinco días, que era entrado el lugar: y no se pudieron entonces juntar más de mil peones, por estar repartida la otra gente por las fortalezas: y conocióse bien en este hecho, y en otros que se ofrecieron, que cuando no se temió de otro inconveniente sino del peligro de su persona, la aventuró don Enrique tantas veces, cuantas fue necesario: mas donde se ponía en aventura tanta parte del estado del rey, fue razón de temella, el que la tenía a cargo: y por eso acordó de tomar el remedio de la tregua. Después, como aquel ejército reparó en Languedoc, y se hacía gente de nuevo, señalando, que pasada la tregua, habían de volver sobre Rosellón, el rey envió a mandar al conde de Ribagorza, y al duque de Cardona, que fuesen a Gerona: y llevasen la gente de sus compañías: y tuviesen justa, y presta toda la gente del sueldo de Aragón, y Cataluña, cerca de aquella frontera: y que con mucha diligencia se aperciesen diez mil peones, que se habían mandado hacer en aquel principado. Quedaron por algunos días, los pueblos de Rosellón tan temerosos, después de la toma de Salsas, que pensaban, que ninguna cosa de aquellos condados se pudiera defender: mas como la gente francesa se fue luego de aquella frontera, por la necesidad que el rey de Francia tenía por las cosas de Lombardía, y Toscana, no tenían menos temor en Francia, que en Rosellón: y acudieron luego a Puigcerdá con alguna gente, para en defensa de aquella tierra, don Pedro de Moncada, y Altarriba: a cuyo cargo estaba lo de aquella frontera. Para la defensa de Rosellón se ponía gran diligencia en la fortificación de Colibre, Elna, y Clairá: pero era grande la falta que don Enrique tenía para la defensa de aquellos condados de gente de guerra: porque ni los señores de los lugares, ni los pueblos, a quien mucho cumplía, para guarda de sus haciendas, el reparo, y defensa de los lugares, no acudían a ello: ni se les podía mandar, por las ordenanzas de la tierra: y pues cumplía al servicio del rey conservar el amor de los pueblos, era forzado darles contentamiento: guardando sus libertades: y ellos se excusaban de contribuir en las obras: diciendo, que aquella guerra no era por la defensión de la tierra: sino por la voluntad del rey. Estando el rey, y la reina en Burgos, en fin del mes de octubre, porque tuvieron aviso, que el almirante de Castilla, por haber adolecido en Flandes, no podría venir con la armada de mar, que estaba en el condado de Flandes, en que había pasado la archiduquesa, deliberaron que la armada se viniese: y nombraron por capitán, que la trujese, por la dolencia del almirante, a Gómez de Buytrón: y también se proveyó así, por la dilación que habría en la partida de la princesa.

De las causas con que el rey se excusaba, por haber concertado tregua por sus fronteras: y que el rey de romanos se levantó del cerco, que puso sobre Livorno. XXXVII.

Como los embajadores de Venecia, y Milán, que residían en la corte del rey, entendieron la entrada de los franceses en Salsas, y el sobreseimiento de guerra que les otorgó don Enrique, juntáronse para decir al rey, que si aquello no se remediaba, se seguirían mayores daños a la liga. A estos embajadores respondió el rey, que su voluntad era perseverar en ayudar a los príncipes

confederados, y no faltar a lo que era obligado: y por lo que hasta entonces se había hecho, podían conocer la voluntad que tenía a la prosecución de aquella empresa, y al bien general de la liga: pues por favorecerla, había excedido a toda obligación. Que era notorio, que por sus exhortaciones, y ruegos, vista la necesidad en que se hallaban el Papa, y la señoría de Venecia, el estado de Milán, aunque no tenía tanta causa como ellos, para romper con Francia, así por lo que el rey Carlos le había obligado con la restitución de Rosellón, como por no le haber provocado, ni movido guerra en sus señoríos, según lo había hecho en Italia, por ayudarlos, y sacarlos de la necesidad en que estaban, sin ser obligado, rompió la guerra con Francia: y la sostenía más había de un año: no habiendo querido romper otro príncipe, ni potentado en este tiempo. Con esto decía el rey, que aunque no se había hecho todo lo que se pudiera, se había conseguido, lo que había bastado, para detener al rey de Francia en su reino: que no era de estimar en poco: según él estaba suspirando, y gimiendo, por verse echado tan ignominiosamente del reino: y casi de toda Italia: quedando tan maltratados los suyos. Finalmente concluyó con decir, que debían considerar, que siempre había sostenido gran número de gente: teniendo parte della en Perpiñán, y la otra en las fronteras de Navarra, donde él estaba más a mano, para poder acudir a cualquier parte, por donde cargasen los enemigos: porque siendo menester no fuese necesario juntarla: y declaraba, que no estaba sin queja de sus confederados: porque habiéndose obligado después de la liga, que rompiendo él por España la guerra con Francia, ayudarían con lo que estaba acordado, así como si fuese provocado, y ofendido, habiéndolos requerido, que lo cumpliesen, lo echaron en disimulación: viendo que el rey de Francia no pasaba a Italia. Era esto en sazón, que el rey de romanos proseguía el cerco que tenía sobre Livorno: y mandó batir una torre de las del puerto: y habíase derribado tanta parte della, que esperaba ganarla dentro de dos días: y hacíanse grandes pertrechos, para poder desde tierra tirar con la artillería gruesa, a la armada de los enemigos: que se había puesto en parte, que se pudiese salir, cuando bien le estuviese: y no la podían ofender. Estando en esto en fin de octubre, a vista del rey de romanos, los franceses entraron en Livorno, con una nave normanda: y con otras cinco pequeñas, en que llevaban gran copia de bastimentos: e iban en ellas ochocientos soldados: y tras estas naves iba un galeón, que fue tomado por nuestras galeras. Este socorro estorbó muchos presupuestos: y fue de gran desautoridad a la liga, y a la persona del rey de romanos: y proveía de reforzar su campo, por salir con aquella empresa: porque cobrando a Livorno, no dudaba de la reducción de Florencia. Estaban los florentinos muy diversos entre sí: y algunos eran de opinión, que hiciesen su partido como mejor pudiesen: pero fue más parte la elocuencia, y gran persuasión de fray Jerónimo Savonarola de Ferrara, de quien el pueblo tenía concebido gran crédito, y con la rota de Salsas, cobraron tanto ánimo los franceses, que estaban en Italia, que en ninguna cosa se vieron más ocupados, que en la empresa del reino: creyendo que el señor de Santander con la gente de la tierra bastaba contra toda España: entendiendo que cuanto a lo del rey de romanos, no le dando en Italia dinero, se volvería presto, y con poca honra: y que ingleses no romperían con Francia, de miedo del rey de Escocia, y del de York: y toda Francia se aparejaba a la ejecución de la guerra. Es muy cierto que algunas veces vale tanto la buena reputación,

como grandes obras: según se conoció en aquel hecho de Salsas: que con no ser de tanto momento, pudo dar tan en breve crédito en Italia al rey de Francia, y a todas sus gentes, de suerte, que faltando al rey de romanos gente, y dinero, y por el mal tiempo, se levantó el cerco de Livorno, y se volvió muy mal contento a Pisa, a veintidós del mes de noviembre, estando en Sarazana: que pasaba el Apenino: para ir a Lombardía: y deliberó de irse a juntar con el cardenal de Santacruz legado de la sede apostólica: y con el duque de Milán. En este medio el Papa, que estaba de mucho antes muy puesto en destruir a Virginio Ursino, y todo aquel linaje, lo puso en obra: y mandó juntar ochocientos hombres de armas: y algunos infantes: y con ellos envió a los duques de Urbino, y Gandía, y a Fabricio Colona, contra el estado de Virginio: y fueron ocupando los lugares, y fortalezas dél: y aplicando todo lo que tomaban a la Iglesia: y había ganado en este tiempo el duque de Gandía con la gente del Papa el Anguilara, Campañano, Formelo, Basano, y La Galera: y quedaban solos dos lugares de alguna resistencia: que eran Bracano, y Vicovaro: y no le quedaba en que entender, sino en cobrar a Ostia. Tenían venecianos contratado con los de Tarento, que se alzasen por ellos: y echaban fama, que el Gran Capitán se apoderaba de toda Calabria: y que los de Tarento se le querían rendir: y esto con fin de causar algún alboroto en el reino: por tomarse ellos a Tarento: siendo cierto, que en aquella sazón Gonzalo Fernández volvía de Calabria, después de haberla otra vez reducido, por hallarse con el rey don Fadrique, en lo de Gaeta: y estaba bien entendido, que ninguna cosa deseaban tanto venecianos, como nueva revuelta en aquel reino, para tomarse la parte que pudiesen dél. Envió aquella señoría después de la tregua que se concertó con los franceses por don Enrique Enríquez, sus embajadores a España: que fueron Domingo Trevisano, y Antonio Bolduo, para que procurasen, que de aquella tregua resultase una larga paz: y Bolduo a la venida murió en Génova: y entonces Francisco Capelo, que era su embajador, se volvió a Venecia: y llevó en presente a la señoría el rey de la isla de Tenerife. Habiendo cobrado el Gran Capitán los castillos de Cosenza, y Giraci, que quedaron los postreros por los franceses, teniendo aún los contrarios hasta cuatrocientos de caballo, porque de allí no se encendiese a más, fue cargando sobre ellos: hasta que el reino quedase libre: e hizo cinco jornadas por las tierras de aquellos señores de Sanseverino en orden, y a recaudo con toda la gente: porque de la guerra pasada, más mostraban que quisieran de los españoles venganza, que bien acogerlos: y aunque con trabajo, pasaron por sus tierras sin hacelles mal, ni recibillo: porque no pudieron hacer otra cosa. Al cabo de aquel camino, viniendo la gente muy fatigada por el invierno, llegaron a la Auleta, lugar del conde de Conza, que era muy francés: y no se contentaron con no recogerlos, ni darles vituallas por sus dineros, pero trataron muy mal a los aposentadores del ejército: aunque llevaban provisiones del rey: y puesto que Gonzalo Fernández cuando llegó, les envió a requerir hiciesen el tratamiento de amigos, ningún bien se acabó con ellos: antes a la gente, que por hambre, y gran frío se allegaban a los muros, les tiraban, e hirieron algunos. Fue forzado emendar aquello, y dar remedio a los soldados que en el campo no se podían sufrir, ni hacer jornada adelante: y combatieron el lugar, incitados con la necesidad, y afrenta: y aunque los de dentro estaban proveídos de gente del conde, para su defensa, y la villa era de buen muro, y barrera, y cava, en breve

espacio fue entrada por los españoles, que estaban, no sólo injuriados, pero hambrientos: y mataron algunos: y fueron muchos heridos: y el capitán de la villa, que fue la causa del daño, con acuerdo de los del lugar, fue ahorcado: y pusiéronse a saco algunas casas: porque con la furia de los soldados, no pudo menos ser: y las iglesias, y las mujeres fueron guardadas, por previsión del Gran Capitán: y en memoria del castigo mandó derribar los muros. Fue muy necesario este ejemplo: porque cuando no se moviera por el peligro que había, en quedar la gente en el campo en tiempo muy respetuoso, y en lo más duro del invierno, entre todos los pueblos que le habían sido contrarios, y aun no les eran amigos, en ningún lugar los recogerán: porque aquella gente más se mueve por temor, y por ejemplo, que por virtud. De allí adelante fueron tan bien recibidos, cuanto lo hubieron menester: y el Gran Capitán se vino a Nola: donde dejó la gente: y llegó a visitar a las reinas, que estaban con la lástima, y reciente dolor de la muerte del rey: y porque supo allí, que lo de Gaeta estaba en apuntamiento, mandó que se acercase su gente a las fronteras de las tierras de los barones rebeldes: y él se vino para el rey don Fadrique: y lo recibió con gran fiesta, y regocijo: y otro día se entregó Gaeta.

Que la ciudad, y castillo de Gaeta se entregaron al rey don Fadrique. XXXVIII.

El asiento que se tomó entre el rey don Fadrique, y los capitanes, y gente de armas francesa, que estaban en la ciudad de Gaeta, fue que se pudiesen ir por mar, o por tierra, dentro de diez días, con todos sus bienes: y con ellos los del mismo lugar que quisiesen salirse: y los otros vecinos se quedasen en sus haciendas: y pudiesen llevar la artillería del rey de Francia, que en ella había: y el conde de Trivento, capitán de la armada de España les daba salvoconducto, y aseguraba, para que viniesen por mar hasta la Provenza: y el capitán que estaba en el castillo de Gaeta ofreció el cuerpo del hermano del gran turco, y los otros turcos que eran vivos: y el rey en cambio dellos les daba los prisioneros franceses, que estaban en las galeras al remo. Cumplióse con los franceses conforme a esta concordia: y ellos se embarcaron en dos naos, y en un galeón: y por tormenta que tuvieron, la una nave se perdió, y la otra dio al través junto a Terracina, que iban cargadas de los despojos, y plata de las iglesias. En el castillo de Gaeta hizo firmar el primer día del mes de diciembre, el Gran Capitán al rey don Fadrique la capitulación, que el rey don Fernando su sobrino asentó con él en este mismo año: teniendo su campo junto a La Padula: sobre el empeño de las tierras y castillos de Calabria, que se entregaron por el socorro de gente de guerra, que se envió al reino: y por la armada de mar, como está dicho: y el Papa le envió a rogar, antes que saliese de Gaeta, que fuese con su gente contra Menaut de Guerri, que estaba apoderado de la ciudad, y puerto de Ostia: y tenía de tal manera tomado el paso, y entrada del Tíber por la mar, que quitó por mucho tiempo a Roma el socorro del mantenimiento ordinario: y las provisiones que solían subir el río arriba: de que se padeció por esta causa en aquella ciudad, y en su comarca, extrema necesidad. En el mismo tiempo el rey don

Fadrique deliberó de ir contra Gracián de Guerri, que estaba en Roca Guillerma: y que el Gran Capitán fuese contra el prefeto, y contra el duque de Sora, que estaban en el condado de Olivito: echando siempre a los españoles a lo más duro, y dificultoso: los cuales se daban tal maña en la guerra, que con ser lo más áspero del invierno, salieron al campo: y cuando llegaron a la frontera de los contrarios, se les rindieron dos buenas villas: y el duque de Sora envió a pedir concierto: pero no le quería escuchar el rey, por haber dado su estado al cardenal Ascanio, que era un muy buen señorío: y a la postre se concertó con él: y dio el duque todo lo que tenía en su poder: y el rey restituyó a la condesa doña Brianda de Castro hija del vizconde de Ebol, mujer del conde de Ortona, que era, como dicho es, el hijo mayor del duque de Sora, los lugares de Atino, y Belmonte: que se le habían dado en dote, en tiempo del rey don Fernando el Primero. Con esta ejecución, sólo quedaban en el reino, en poder de franceses, y de rebeldes seis fortalezas, que estaban en poder del prefeto: y el castillo de Tarento, que estaba cercado por don César de Aragón. Entonces el rey don Fadrique quiso hacer señal en remunerar los servicios del Gran Capitán: porque pareciendo al rey don Fernando su sobrino, que la recuperación de aquel reino se le debía principalmente, con cuyo valor, e industria se había sacado del poder de sus enemigos, considerando lo que había trabajado en aquella guerra, le ofreció que le quería hacer merced: y él respondió, que del rey su señor las recibía continuas: que cumpliese con los que más debía: porque sin mandamiento del rey, y sin su licencia, no recibiría cosa alguna: y como en esta sazón muriese el rey, y quedasen gratificados por él, el conde de Trivento, y Garcilaso, y Juan Escrivá, que fueron grandes ministros, para lo que obró, el rey don Fadrique por los mismos respetos de lo pasado, quiso hacer demostración en remunerar al Gran Capitán: e hízole merced del Monte de Santángel, que solía ser ducado: y de otros lugares principales, que le eran sujetos en Apulia, que eran San Juan redondo, Camponarrano, roca de Vala, Morcón, Montenegro, Petrela, y Torremayor: con otros feudos: y había en este estado tres mil vasallos: y no lo quiso recibir, hasta que tuvo licencia del rey. Como dejó acabado Gonzalo Fernández con tanta honra lo desta empresa, sintiendo por muy grave estar tan ausente de guerra, en que se creía, que el rey se había de ocupar por estas partes, contra Francia, pareciendo muy razonable, que habiéndose hallado en guerrear, y conquistar un reino de moros, y reducir otro a la casa de Aragón, satisficiese algo a lo de su casa, suplicó al rey le mandase ir a dar cuenta del cargo, que le había encomendado. Estaban a muy buen recaudo, y bien en orden los lugares, y fuerzas que se tenían por el rey en Calabria: y dejaba en Ríjoles a Martín Alonso de Córdoba, y en la Amantía al comendador Solís, y en Cotrón quedaba Juan Pineyro comendador de Trebejo, y en el Scyllo, Álvaro de Nava: que tenían mucha noticia de las cosas de la guerra: y eran de buen gobierno. Procuró antes de su partida, porque también había sido en asegurar a Virginio, que se pusiese en libertad: pero aunque conocía al rey don Fadrique, que era mucha razón guardar con aquel caballero su fe, no lo quiso hacer por respeto del Papa, que estuvo en aquel negocio muy duro, y vario: porque al tiempo del concierto de lo Atela, escribió al conde de Trivento, y a don Dimas de Requesens, que con la armada saliesen contra los franceses, porque no se pudiese escapar: y después tornó a escribir al Gran Capitán, y a Escrivá que se guardase lo

prometido: pero a la postre pudo más su cruel condición, y codicia: y tornó a porfiar que se le entregase Virginio, o se estrechase en la prisión: y el rey don Fadrique no osó hacer otra cosa, de miedo del Papa: y así Virginio feneció sus días en la prisión miserablemente. Trató entonces el Grqan Capitán de traer al servicio, y gracia del rey de España a Próspero Colona: y él se ofreció de perseverar en él perpetuamente: prometiendo que de la misma manera que por servir al rey don Fernando el mozo, había dejado todos los otros intereses, y en ello había obrado, lo que era muy notorio, agora por la gana que tenía de servir a la casa de Aragón, continuaría en servicio del rey don Fadrique: diciendo, que si en lo pasado no hizo lo que después, creyese que tuvo causa muy justa para ello: y el rey de España le envió a ofrecer con micer Palacios, de le hacer mercedes, por tenerle obligado a su servicio: y esto fue de gran efeto, en las cosas que después sucedieron en aquel reino. Por este temor trabajaban los venecianos por vías muy exquisitas, de hacer dejar al Papa la empresa, que había tomado, de destruir la casa, y bando de los Ursinos: con fin que ayudándoles en su tiempo, se pudiesen favorecer dellos, para las cosas del reino: pues el Papa, y el rey don Fadrique tenían ya por suyos a los Coloneses: y como los franceses, que tenían el castillo de Tarento, determinase de entregarle a la señoría de Venecia, y no al rey don Fadrique, porque no se osaban fiar, visto que se había guardado mal la fe y promesa, que se había dado a los otros, los vecinos de aquella ciudad también enviaron sus embajadores a la señoría, para que la recibiesen. Mas estrechando don César de Aragón el cerco, se hubieron de rendir antes que llegase cierta concordia, y partido que les hacía el rey don Fadrique: prometiendo de restituirlos en sus bienes, y oficios de la forma que los tenían, cuando alzaron las banderas por el rey de Francia: y perdonarles la ofensa de su rebelión: de lo cual pidían ser asegurados de los príncipes de la liga. En esta sazón el rey de Francia, aunque todos sus aparejos, que eran grandes, se encaminaban para la empresa del reino, determinó en lo recio del invierno de enviar algunos suizos, y más número de gente a las fronteras de Lombardía, para divertir al rey de romanos de la empresa de Florencia: y al Papa de la guerra que hacía contra Ursinos: creyendo que con esto conservaría la señoría de Florencia, y toda la casa Ursina, para poderse valer dellas, al primer buen tiempo que pudiese volver con todo su poder a Italia.

De las deliberaciones del rey de romanos: y que el rey procuraba justificarse con él, por conservar su amistad. XXXIX.

Después de levantado el cerco que el rey de romanos puso sobre Livorno, y habiendo derramado su gente, vino de Pisa a Pavía: adonde llegó a dos de diciembre. Otro día tuvo consejo, y concurrieron en él, el cardenal de Santacruz legado apostólico, el duque de Milán, Antonio de Fonseca, y Gutierre Gómez de Fuensalida comendador de Haro, que estaban con él por embajadores del rey de España, y los otros de la liga. Hizo ante ellos un largo razonamiento: de cómo le habían sucedido todas las cosas en aquella jornada, desde el día que entró en Italia: descargándose de la

culpa, que se le podía imponer, por haberse seguido de la forma que sucedieron: echándola a los que habían sido causa de estorbar, que no saliese con aquella empresa. Aunque en su plática se esforzaba de disimular el sentimiento que desto tenía, no lo pudo tanto encubrir, que no se le conociese, así en el rostro como en sus razones. Algunas veces repitió ser aquél su viaje, como una peregrinación: significando, que siendo llevado como defensor, y protector de Italia, le habían tratado como a extranjero: y quejábase de la mala orden que tuvieron los genoveses en las cosas de la armada: y decía, que sentía mucho, que siempre hubiese sido vencedor, hasta llegar a Italia: y que en todas sus empresas hubiese quedado con honra, sino en aquélla de Livorno, y Florencia: concluyendo que él dejaría su ejército en favor de Italia: pero que le convenía volver a Alemania a la dieta que tenía convocada en Linz: por dar orden de romper con Francia, por donde más necesario fuese. Mas como la necesidad principal que las cosas de la liga tenían, no fuese tanto del ejército, y gente del rey de romanos, cuanto de su persona, y presencia, tratóse como se diese orden, que se entretuviese: y el cardenal en nombre de todos, agradeciendo su ánimo, y voluntad, le respondió, diciendo, que de todo el bien de Italia había sido causa su ida, y presencia: pues por ella el rey de Francia había dejado de ir allá: y los franceses que estaban en el reino, viendo que les era atajado el socorro, vinieron en la Atela, a las condiciones que quiso el rey don Fernando: y por esto se habían rendido entonces en Abruzzo, y después en Gaeta: y lo que se hizo contra los Ursinos rebeldes de la Iglesia, no se pudiera acabar si Su Majestad no estuviera en Lombardía. Que su presencia aseguraba lo de Saboya, y Monferrato: por depender aquellos estados del Imperio: y ella misma hacía que la mayor parte de suizos no siguiesen al francés: y sería gran cargo de su persona, dejar las cosas de Italia a tanto peligro: y que por su honor, y reputación debía sobreseer en tan no pensada partida. Por estas causas, a instancia del duque de Milán se concertó, que le ayudasen con veinte mil florines por cada mes: y se le pagasen dos mil suizos, por todos los otros confederados que tenían sus estados en Italia: con tanto, que se detuviese lo que quedaba del invierno: y ofreciósele más, que para cuando volviese a la empresa de Toscana, se ayudaría por aquellos estados, para pagar el ejército que llevase. Como se ponían en esto algunas condiciones, no se tenía por segura su estada por este tiempo: y por el poco crédito que tenía de aquéllos, de quien había de ser sostenido, no quería ofrecer absolutamente que se detendría en Italia solos tres meses. Hallábase todo en tanto peligro, que si él seguía su camino, lo de Génova, y Lombardía, y lo demás de toda Italia, parecía quedar a disposición de franceses, sin resistencia: y quedando, no se representaba otro peligro, sino que él, y el duque de Milán se concertasen con el rey de Francia, en paz particular: lo que parecía estar muy lejos. Luego que se tomó este apuntamiento con el rey de romanos, tuvieron nueva, que eran llegadas a la Provenza diez naves bretonas, y una carraca: y que el señor de Belcaire era ido allí, para juntar la gente, y embarcarla contra Génova: y que con ella habían de ir el cardenal de S. Pedro, el gran escudier, el señor de Orset, y otros muchos principales, con los desterrados de Génova, para procurar devolverla a la opinión de Francia. Sabido esto, determinó el rey de romanos de partir camino de Génova, a un lugar que se llama Adorno: con propósito de enviar su gente, que eran mil de caballo, y dos mil infantes, para que se juntasen con los

alemanes, que el duque de Milán, y venecianos tenían en Génova, y Saona: y con otros quinientos hombres de armas: y procuróse que el conde de Trivento con la armada de España, y el capitán general de la señoría de Venecia viniesen a la ribera de Génova, para que por mar, y por tierra todo se proveyese de manera, que se remediase el peligro. Estaba ya para partir el rey de romanos de Pavía, cuando llegó la nueva, que el rey había hecho tregua con Francia, por las fronteras de España, por este invierno: y por esta causa el señor de Santander, que estaba por capitán general en Narbona, se iba a la ciudad de Aste: y volvían por el Delfinado seiscientas lanzas, que venían a la frontera de Rosellón: de lo cual el rey de romanos concibió gran sospecha, que el rey pretendía asentar particular paz con el rey de Francia: y como en el mismo tiempo se entendió, que el Papa había propuesto en consistorio, que se procurase por parte de la sede apostólica la paz general, y fuese requerido el rey de Francia a ella, por medio de un legado, el duque de Milán trataba con el rey de romanos, que no se diese lugar a ello: sino que se platicase de tomar tregua por un año: porque en este tiempo se restituyesen los estados que se habían ocupado a los príncipes de la liga: y el rey de romanos cobrase a Borgoña, y el castillo de Génova. Estaba muy entendido, que cuanto Maximiliano había hecho en favor de la liga, y la ayuda de gente que envió a lo de Novara, y su venida a Italia, todo se enderezó principalmente, por cobrar a Borgoña: aunque ayudaba harto la enemistad grande que tenía contra la persona del rey de Francia: y con haberse juntado en deudo en la casa de España, ya le parecía que tenía lo más acabado, para restituir al archiduque, lo que le pertenecía: pues había de ser de los nietos del rey de España lo que esperaba cobrar. Allende desto, visto lo que el rey había puesto de su autoridad, y hacienda por la restitución del reino voluntariamente, sin obligación de la liga, sólo por ser aquel reino de su casa, y por el deudo que con los reyes de Nápoles tenía, en lo de Borgoña no le parecía menos que había de obligar, para hacer por la hija, por ser el deudo tan natural: y si respeto de honra había de mover, creía que ganaba mucha reputación el rey, en que lo que no habían podido cobrar las casas de Austria, y Borgoña con las empresas del duque Carlos, y suyas, se restituyese después de haber adeudado con la Corona de España, en la sombra de su grandeza. Considerando el rey de España esto, tenía mucha cuenta con justificarse en todo con el rey de romanos, por aseguralle en su amistad: temiendo que le perdería, si se desviase del todo de lo que él esperaba: y que los franceses procurarían de cobralle: porque como voluntariamente algunas veces dejaba lo de más importancia, por lo que era menos, no sería maravilla, que quien tan sin causa estaba obstinado, para cerrar la puerta a la amistad del rey de Inglaterra, que con alguna, aunque no fuese justa, hiciese otra mudanza: mas como el rey tenía por más propincuo tratar de lo del reino de Nápoles, porque de allí dependía la conservación de Sicilia, aunque por una parte difiría lo de la paz general, por causa de lo de Borgoña, porque el rey de romanos no tuviese causa de sentirse, entraba por comienzos de tregua de algún tiempo muy limitado: pues cuando el tiempo da lugar a tratar de remedios, y expedientes, siempre se hallan más salidas, que si estrechamente no se habla de otra cosa, sino de paz general: porque entonces, cada cual está firme en asegurar, y cobrar lo suyo: lo que no suele ser en las pláticas de la tregua: y menos se temía de la que el rey de España procuraba, siendo el promovedor della, el duque de Milán: porque se

entendía, que más fácilmente venía en ella el rey de romanos, que si por otro príncipe se moviese: de quien presumiese que por otros fines de los que a él tocaban, dilatava la paz, y solicitava la tregua.

Que el rey hizo instancia en concertar al rey de Escocia con el rey de Inglaterra: y que el Papa dio al rey, y reina de España el título de Reyes Católicos. XL.

Dábanse mucha prisa los nuestros de proveer de gente las fronteras de Rosellón: y en fortificar lo de Perpiñán, y el lugar de Canet, que se entendió que era muy cómodo para recibir, y recoger los bastimentos, que venían por mar, y repartirlos por los condados: y podía ser guarda de gran parte de aquella comarca: y en opinión de muchos, parecía más provechoso puesto, que el de Colibre: porque los bastimentos que venían a Perpiñán de Colibre, corrían mayor peligro de dar en poder de los enemigos: y de los que aportaban a Canet, que también podían llegar por mar, no se tenía tanto recelo, que habría aquel aparejo para quitarlos: así por estar muy cerca, como por ser muy llano. Estaban el rey, y la reina en Burgos esperando la venida de la princesa: porque habían determinado que viniese en la misma armada en que la archiduquesa fue a Flandes: pero dilatose su venida, como dicho es, por causa del archiduque: y después ella lo difirió más, porque hubo gana de venir por tierra a Génova: por ver primero al rey de romanos su padre: habiendo ya una vez el archiduque llevádola al puerto para entregarla al almirante de Castilla. Cuando el rey tuvo nueva desto, dio gran prisa que su venida fuese, como estaba acordado: pues se tenía seguridad de los puertos de Inglaterra, por la amistad que tenía con el rey Enrique: porque allende que la armada le hacía mucho gasto, también hacía falta para las costas de España: a cuya causa los franceses se habían entendido muy sueltamente: y pasaron el estrecho algunas naves bretonas, que daban harto empacho a las cosas de Génova. Las de Inglaterra estaban en gran rompimiento: y para dar orden en concertar al rey Enrique, con el rey de Escocia, fue enviado con diligencia Hernán Pérez de Ayala: para que con el protonotario don Pedro de Ayala su hermano instase en reducirlos a cierta ley de amistad: o a lo menos pusiese tregua con esperanza de dar al rey de Escocia a la infanta doña María por mujer. Mas como por este casamiento, ni por otro ningún medio no quisiese el rey de Escocia dejar la amistad del rey de Francia, procuraban de atraerle a la paz, con casarle con hermana del rey de Inglaterra: En este año de 1496 a quince de agosto, murió la reina doña Isabel de Castilla, madre de la reina doña Isabel: que vivió después de la muerte del rey don Juan su marido, más de cuarenta y dos años: y estuvo lo más del tiempo en Arévalo recogida, y apartada de toda conversación: por la enfermedad que tuvo: que era de tal calidad, que por faltar la mejor parte del sentido, tuvo tan larga vida, libre de todo cuidado, aunque con encerramiento: cuyas obsequias se celebraron en esta ciudad, con la misma pompa, y aparato, que las del príncipe de Portugal, yerno del rey. A diecinueve del mes de febrero del mismo año creó el Papa cuatro cardenales: y el uno fue aragonés, que era don Juan de Castro obispo de Iorgeto, hermano del vizconde de Ebol: y los otros tres eran valencianos: don Bartolomé Martín,

obispo de Segorbe, y don Juan López Datario gran privado del Papa, que fue obispo de Perugia, y don Juan de Borja su sobrino, obispo de Melfi. También en fin deste año el Papa, con el colegio de cardenales, acatando las singulares obras, y grandes beneficios, que el rey había hecho en el aumento de la religión cristiana, y en el ensalzamiento de nuestra santa fe católica, amparando la autoridad, y dignidad de la sede apostólica, y por sus excelentes virtudes, y por los excesivos trabajos, que había padecido en la conquista del reino de Granada, peleando contra los infieles, y atendido, que por su gran prudencia fueron los judíos expelidos de sus reinos, cuya conservación, y morada en ellos era muy perniciosa, y considerando así mismo, que los monesterios de religiosos, y religiosas por su causa se reformaban en una regular observancia, teniendo respeto a todas estas obras tan singulares, deliberó, que fuese ensalzado con otro título más señalado, y excelente: y que por la cancellería romana fuese llamado CATÓLICO: y así como antes el título que se solía dar al rey, y a la reina, era de Reyes de Castilla, León, Aragón, y Granada, con título de Ilustres, y después de la conquista del reino de Granada, como eran señores de la provincia, que los romanos llamaron Citerior, con la Bética, y parte de la Lusitania, se había mandado mudar, por el mismo papa Alejandro, en el título de Reyes de las Españas Ilustres, de aquí adelante se comenzó a poner en los breves apostólicos el título de Rey de las Españas Católicos. Esto fue recibido tan generalmente, que por ningún otro fueron tan estimados, y conocidos: y no solamente por sus excelentes virtudes le tuvieron en su vida, como el rey don Alfonso rey de las Asturias, yerno del rey don Pelayo, y el rey don Pedro el Segundo de Aragón, pero le dejaron, como la principal joya, y presea de su corona real a sus sucesores: porque después de la muerte del rey, el papa León le dio al rey don Carlos su nieto, antes que fuese elegido al Imperio: y así quedó confirmado a sus sucesores perpetuamente. Pero los portugueses se desdeñaron mucho, que se atribuyese al rey, y a la reina el título de Reyes de las Españas: teniendo sus príncipes la Lusitania: y una gran región en la Citerior entre Duero, y Miño: y los franceses mostraron sentirse gravemente, porque parecía, que quiso honrar el Papa al rey de España de aquella manera, por dar competidor al título de Cristianísimo: que se concedió por el papa Pío Segundo, al rey Luis XI: porque ofreció de revocar la premática Sancción en sus reinos: y desde entonces él, y sus sucesores se comenzaron a intitular Cristianísimos. Puesto que, según el mismo papa Pío dice, en la respuesta que dio a los embajadores de Francia en el concilio de Mantua, ya se daba este título al rey Carlos su padre: y si lo que refiere Felipe de Commines, es tan cierto, como por autor tan grave se afirma, aún debió ser esto con muy mayor queja del rey de Francia: pues dice así, que fue tanta la gloria, y estimación, que el rey de España había alcanzado en la conquista del reino de Granada, y en haber hecho salir de Italia un rey tan estimado por todo el mundo, y que cayese en vano su empresa del reino, que el Papa de suyo le quiso dar el nombre de Cristianísimo: y quitarlo al rey de Francia: y que muchas veces lo escribió así en sus breves: y porque algunos cardenales contradijeron este título, le otorgó el de Católico.

Que el rey de Francia envió su ejército contra la ciudad de Génova, por mudar el gobierno de la señoría: y que el duque de Milán se favorecía contra él, de la armada de España. XLI.

Aderezaban en este tiempo los franceses su armada en la Provenza con mucha furia: y ponían en orden su gente, para ir por mar, y por tierra a Génova, y a su ribera. Por esta causa el rey de romanos partió de Pavía, como dicho es, la vía de Génova, con intención de proveer de gente aquella ciudad, y su costa: y acordaba de enviarles dos mil alemanes, para que se pusiesen en Saona, y en Ventimiglia: porque estos lugares tenían mayor falta: y deliberó repartir la gente de caballo, en los lugares circunvecinos, para socorrer donde más necesidad hubiese. Mas con la nueva de la tregua que por España se hizo, y de la paz general, que el Papa propuso en consistorio, derramó su pensamiento en algunas cosas, que no se enderezaban al bien universal de toda la liga: y acordó de escribir al cardenal de Santacruz, que le envió el aviso de la proposición del Papa con el protonotario Martín de Azpetia, y al duque de Milán, y a todos los embajadores, que él no podía responder tan resolutamente, sin haber sobre ello mucho acuerdo: y que le convenía tomarle de los príncipes del Imperio: y por esta causa se quería acercar a Linz, donde se habían congregado en la dieta que allí se tenía: y que de Chavena, donde se habían de juntar con él, les enviaría su respuesta. Tras esto se partió luego para Como: y allí se despidió del legado, y de los embajadores: diciendo, que su ida era para mayor beneficio de Italia, y generalmente de toda la liga: y que volvería dentro de muy breves días: y continuó su camino hasta que supo, que los príncipes del Imperio no quisieron venir a aquel lugar de Chavena. Por esta causa, y también porque le pareció que no era bien seguro aquel camino, porque había de salir por un paso, donde Juan Jacobo de Trivulcio, que estaba por el rey de Francia, tenía dos castillos muy fuertes, tomó la vía de Worms: y fuese a Insbruck: dejando en Italia mil doscientos de caballo, con otra compañía del duque de Branzuych. Propuso antes de su partida al duque, y a los embajadores algunas demandas: y la suma dellas era, que se obligasen todos los de la liga, de ayudarle para cobrar del rey de Francia lo de la paz de Senlis: y trataba de nueva liga para asentar nuevas condiciones, que fuesen más a su propósito, que las pasadas. Esta salida tuvo la primera empresa, que el rey de romanos hizo sobre las cosas de Italia. Entonces como el cardenal de San Pedro, y Baptistín de Campo Fregoso solicitasen la armada francesa, para que fuese a Génova, y a su ribera, el duque de Milán envió su gente en defensa de aquella ciudad, y a Ventimiglia, y Saona: y Julio Malvencio, que tenía nombre de muy diestro, y buen capitán, se vino a poner en un paso, por donde habían de ir los ballesteros al campo del rey de Francia: y por resistir, que no pasase más gente: y porque florentinos daban mucho favor a esta empresa de los franceses, procuraba el duque de Milán de mover la concordia entre la liga, y ellos: creyendo que tendrían por bien, que quedando Pisa en su libertad, fuesen pisanos feudatarios a Florencia, en la cantidad que parecería al Papa: y bastase para contentar a florentinos, si feudo bastara para contentarlos: en lo cual había dificultad: así por haber alzado el rey de romanos el cerco de Livorno, y por su salida de Italia, como por la nueva de la ida de los franceses para Aste: y procuraba se tratase desta concordia con florentinos, por medio

de Antonio de Fonseca, y Gutierre Gómez de Fuensalida: que ido el rey de romanos, quedaron con el duque de Milán. Representábase al duque por Antonio de Fonseca, que aquel su estado, en lo oculto, estaba más peligroso de lo que parecía por de fuera: porque no solamente tenía peligro de la flaqueza del señor, y de la vecindad de los enemigos, que estaban tan a la puerta, pero el mayor era de los mismos vasallos: que le desamaban en extremo grado: y por los grandes, y excesivos tributos que les imponía, deseaban a quien quiera que fuese, a sacarlos de sus manos: y estaba en tales términos, que por el primer lugar que ocupasen franceses, se había de levantar todo el estado. Por la muerte de la duquesa su mujer, que murió en principio deste año de 1497, se creyó luego, que por estar el duque en buena edad, casaría con la duquesa viuda doña Isabel de Aragón, mujer de su sobrino: con propósito de declarar por heredero a Francisco Sforza, hijo de la duquesa, que parecía ser el verdadero remedio, para asegurarse en aquel estado: porque aquel niño era comúnmente muy amado de sus súbditos: pero él al fin propuso de morir con el hábito de la investidura, que tan malamente se había usurpado. Como en esta sazón los franceses hacían gran diligencia, por mudar el gobierno de Génova, por medio del cardenal de S. Pedro, y de Baptistín de Campo Fregoso, y los iban proveyendo de mucha gente, para que con su autoridad aquella ciudad se levantase, para remediar esto, el duque se favoreció de la armada de España, que era ya partida de Gaeta: y mandó poner en orden las naves que él tenía en el puerto de Génova: e hizo cinco mil infantes para fornecer las fronteras de Aste, de gente de caballo, y de pie: y proveyó que estuviesen en ellas ochocientos hombres de armas, y mil caballos ligeros, y dos mil infantes: sin los que estaban en Génova. Con esta ocasión, se propuso por el cardenal de Santacruz al duque de Milán, y a los embajadores de la liga, que para hacer, como convenía, la guerra al enemigo el verano siguiente, convenía, que se hiciesen sendos ejércitos contra Francia, que moviesen el uno por España, y el otro por Italia: pues en estas dos provincias era provocada la liga: y en aquel caso, eran los confederados obligados de ayudar, con ofensión contra el que provocaba: y la liga había de tener sin el rey de Inglaterra, treinta y seis mil de caballo, y dieciocho mil infantes. Decía, que la mitad desta gente se diese al rey de España: y pagaría lo que cabía a su parte, que eran ocho mil de caballo, y cuatro mil peones: y lo demás lo supliese la liga: y con este ejército hiciese la guerra por Francia este año: y la prosiguiese por seis meses: y el rey de romanos por otro tanto tiempo: y a una misma sazón, y con otra tanta gente rompiese contra el rey de Francia por Italia, o por la Provenza, o en el Delfinado, o si quisiese por Borgoña. Con esto también se platicaba, que era muy necesario se juntase una armada en Italia, para ofender la costa de Francia, por nuestro mar, y otra en España: que hiciese guerra por la mar de poniente en las costas de Bretaña, y de Normandía. Pero como cada uno de los confederados encaminaba, y extendía el hecho, en cuanto convenía a su estado, y atendían más a lo particular, los que no tenían sus tierras opuestas al enemigo, y le veían ausente, no querían conservar más la liga, de cuanto se podían defender sus fronteras: y no se curaban de la ofensión. Excusábase el Papa con decir, que estaba pobre, y muy exhausto con la guerra de Ursinos: y venecianos no estaban bien en que se rompiese contra Francia por Italia: porque decían, que no había por aquella parte tan competente lugar para se emprender, sino

en solo Aste, o por Borgoña: y que por Saboya, y Saluces no había tal entrada: ni tenían tierra llana donde descansase su ejército: y con gran dificultad se podía proveer de bastimentos. También pretendía el duque de Milán, que por parte de los príncipes confederados se hiciese instancia, en que el Papa amonestase al cardenal de San Pedro, que desistiese de la empresa, que había tomado de las cosas de Génova, contra la liga: y que volviese a su obispado de Aviñón: y siendo inobediente, se procediese contra él, a privación del capelo: y para la guerra se diese sueldo a tres mil hombres de armas, y ocho mil suizos: y se ofreciese al marqués del final la restitución de las tierras, que le ocupasen franceses, por no querer él darles paso, ni seguir la opinión del rey de Francia contra Génova: y que los Ursinos fuesen admitidos a la clemencia del Papa: quedando con los lugares de Francisqueto Cibo: y dándole cierta suma de dinero, por complacer al conde de Pitillano: porque la gente que ocupaba el Papa en aquella guerra, pudiese venir contra florentinos: y en esto hacían venecianos muy grande instancia, porque no se perdiese aquella casa Ursina.

De la concordia que el Papa asentó con los Ursinos: y que el Gran Capitán los redujo al servicio del rey de España. XLII.

Esto era en el mismo tiempo que el Papa mandaba hacer cruel guerra a los Ursinos: y su gente tenía puesto cerco sobre Brachano: y por esta causa se indignó grandemente, y estuvo muy mal contento, que por la liga se moviese tal plática: porque con ella se detenían, y esforzaban más los Ursinos. Requirió a la señoría de Venecia, y al duque de Milán, que pagasen cierta parte que les cabía de las compañías de gente de armas de los duques de Gandía, y Urbino, que hacían la guerra a los Ursinos: y que le ayudasen con gente, como eran obligados, en virtud de la liga: porque luego sería al cabo de aquella empresa: y podría ayudar con todo su poder en lo de Toscana. Mostraba el duque, que según la necesidad había en las cosas de Génova, y de todo su estado, era más necesario proveer donde se trataba de perder: pues en la guerra de Ursinos, se atendía más a ganar: y que cuando lo de Lombardía se salvase, se aseguraba todo, y perdiéndose en ella, se ponía todo en peligro. Tenía en Novi al conde de Gayazza, y en Alejandría a Galeazo de Sanseverino con sus guarniciones: y como la gente francesa se fue acercando, el conde dejó a Novi, y se vino con su gente a Sarravel camino de Génova: y Gaspar de Sanseverino, que estaba en Puzol, se fue a juntar con Galeazo su hermano, con los caballos ligeros que tenía: y repartió toda la gente del duque en Alejandría, Sarravel, y Dertona: hasta ver lo que los enemigos harían. Como el conde de Gayazza salió de Novi, se fueron a poner en aquel lugar Baptistín de Campo Fregoso, y Juan Jacobo de Trivulcio: porque la fortaleza se tenía por este de Campo Fregoso: y de Novi se pasaron los franceses, y Fregosos al Bosque: que era un lugar del duque de Milán, y lo tomaron, y fortalecieron: y el cardenal de S. Pedro en el mismo tiempo fue la vía de Saona: de donde él era natural, con tres mil quinientos infantes, y algunos hombres de armas: y el marqués del Final, y Juan Luis de Flisco con tres mil quinientos peones, y alguna gente

de armas vinieron a ponerse en Saona, por resistir a los franceses. Estando las cosas de Lombardía en tanto estrecho, sucedió, que la empresa que el Papa había tomado contra los Ursinos, que al principio se comenzó prósperamente, se remató para sus fines muy mal: porque Carlo Ursino, y Vitelozo, que fueron de Francia con dineros, hicieron buen número de gentes de armas, y de infantería: y fueron a socorrer la fortaleza de Brachano con trescientos hombres de armas, y cuatrocientos caballos ligeros, y dos mil quinientos infantes. La gente del Papa, que estaba sobre el cerco, que no era tanta, sabiendo que aquéllos se acercaban, alzaron su campo, y salieron a buscar los enemigos: porque habían puesto los Ursinos, y Vitelios cerco sobre una villa del Papa, que se llama Vasano: y de ambas partes vinieron a la batalla: donde al principio la gente de la Iglesia hizo retraer a los enemigos, hasta que los hicieron subir por un montecillo: donde quedaron en lugar superior: y como no se pudiesen allí valer con ellos, Fabricio Colona con la gente de armas deliberó subir por otro lado del monte a lo alto, por dar en las espaldas de los enemigos: más después de apartado, los Ursinos con gran orden revolvieron contra la gente del Papa, y la rompieron, y pusieron en huida: y desbarataron los peones italianos: porque antes que Fabricio llegase donde pensaba, ni pudiese volver, hubo tan mala orden en aquel ejército de la Iglesia, que fue ligeramente roto, y vencido: y salió herido el duque de Gandía en el rostro: y el duque de Urbino fue preso: y murió alguna gente, aunque no mucha: porque los más recogidos se salvaron. Fue este rencuentro a veinticuatro de enero: y habida esta vitoria, por ser los capitanes del ejército de la Iglesia tan mozos, los Ursinos cobraron algunos lugares, que el Papa les había tomado: y dio este suceso más ánimo a los enemigos. Venecianos holgaron en extremo de aquella nueva: porque siempre habían sido de parecer, que el Papa se concertase con los Ursinos: y como quiera que es condición natural de aquella nación, querer siempre sostener los enemigos de sus amigos, querían dar a entender, que aquello no se procuraba por la señoría, sino por ser el verdadero consejo, y lo que más convenía, llegando las cosas a los términos en que estaban: y como instaron en que la concordia se hiciese, el Papa la hubo de aceptar: aunque fue la misma, con que antes había sido requerido: y ayudó harto que viniesen a ella, según estaban ensoberbecidos, que el Gran Capitán apresuró su venida a Roma: y envió delante alguna gente de caballo. Quejábase el Papa, que Gonzalo Fernández no quiso ir en su ayuda a esta guerra: y encarecía, que por su causa fue desbaratada su gente: y los Ursinos quedaban por el rey de Francia, y florentinos les daban dinero, para que fuesen contra Sena, y pusiesen dentro los desterrados del partido contrario, que eran franceses. Mas Gonzalo Fernández cuando se hizo la paz, lo trató de manera, que pareciese que se concluía por medio del rey de España: y todos los de aquella casa Ursina quedaron grandemente aficionados al servicio del rey: y muy prendados a serville en cualquiera ocasión.

De la determinación que tenía el rey de romanos, de romper la guerra por Borgoña: y de lo que para ella pedía al rey de España. XLIII.

Llegado que fue el rey de romanos a Insbruck, visto el peligro en que dejaba lo de Lombardía, se determinó, que si no le ayudasen con dinero, para romper la guerra contra Francia por Borgoña, de hacer paz de manera, que el duque de Milán, y Génova, y el rey de Nápoles se asegurasen. Fundábase en esto, con decir, que el rey de España tan poderoso era como el rey de Francia: y que entre ellos no había otra querella, sino haber ayudado a sus confederados: y con esto se daría lugar al rey de Francia, que pasase a hollar, como solía, al Papa, y a la señoría de Venecia: que era su venganza del rey de romanos: afirmando, que si una vez él se concertase con el rey de Francia, nunca sería sino en procurar daño a los dos: y en perseguir, y acocear la soberbia, y avaricia de los venecianos. Mostraba ya en este tiempo, que holgaría que el rey de Inglaterra entrase con efeto en la liga: entendiendo que de estar aquel rey neutral, y poder él ayudar al duque de York, ningún provecho se le había de seguir: mas el rey de Inglaterra ninguna amistad quería asentar con él, no se asegurando primero de aquel, que se decía duque de York, que se favorecía principalmente dél. Declarábase, que quería seguir la guerra contra franceses: y tener a su costa en las fronteras de Borgoña dos mil quinientos de caballo, y cuatro mil infantes: y con esta gente pensaba romper con los franceses por aquella parte: y ofrecía de dar para Italia mil cuatrocientos de caballo, y dos mil trescientos infantes: conque los pagasen los potentados de Italia, que entraban en la liga: y ellos tuviesen mil cuatrocientos caballos ligeros, y cuatro mil infantes: pero quería que rompiendo con franceses, si el rey de Francia volviese con su ejército contra él, la mitad del ejército de la liga, que estuviese en Italia, se fuese a juntar con el suyo: y todos los tudescos que allí estuviesen: y la otra parte se ocupase en la empresa contra florentinos. También pedía, que Gonzalo Fernández se viniese para él, con toda la gente de caballo, e infantería que tenía: y entrado el verano, el rey de España rompiese con todo su poder por Francia: y con esto ofrecía, que él haría lo mismo por Borgoña. Con tales presupuestos, y fines como éstos, quería, que los confederados se obligasen a le ayudar, para cobrar a Borgoña: y procuraba que se revolviere la mayor parte de la guerra hacia aquellas fronteras. Cuando esto no lo quisiesen otorgar los príncipes de la liga, pensaba quedar libre de la obligación que tenía, de ayudar a los confederados, y tomar nuevo apuntamiento en sus cosas. Comunicó esta su deliberación a Gutierre Gómez de Fuensalida: que había quedado en Insbruck, por embajador del rey de España, para entender en estos negocios: y a los otros embajadores de la liga: y encargóles que el día siguiente le respondiesen, lo que dello entendían: y Gutierre Gómez le dijese su parecer: no como embajador del rey de España, sino como persona a quien él estimaba por de su consejo. Otro día, en presencia de los principales, con quien él comunicaba sus mayores secretos, y de los embajadores de la liga, Gutierre Gómez, que fue uno de los discretos cortesanos que hubo en Castilla, y de mucha experiencia en negocios de estado, le dijo así. Que como quiera que fuese gran atrevimiento, pensar de darle consejo, todavía quería decir lo que se le ofrecía en aquel caso. Comenzó su plática con

proponerle, que a los príncipes muy prudentes, convenía pensar primero atentamente en los negocios, antes que los emprendiesen, y pasallos por muy maduro consejo: y llegar el pensamiento hasta el cabo dellos: porque de tal manera se ordenasen, y proveyesen, que no se pudiese después seguir algún yerro. Por esto decía, que debía considerar, que comenzaba guerra, o la había ya comenzado, con un príncipe poderoso: y que podía juntar grande ejército: y que si con tan poca gente quisiese entrar en Francia, si con toda su pujanza revolviere sobre él, estaba claro, que no sería poderoso para resistirle, ni le podría esperar en el campo: y de necesidad se habría de retraer para algún lugar seguro: y que no pertenecía a príncipe de tan gran corazón como él era, volver el rostro al enemigo, siendo él el que comenzaba la guerra. Si con su grande ánimo quisiese oponerse a la fuerza, y poder del rey de Francia con tan poca gente, la vitoria sería muy dudosa: y estaría a disposición de la fortuna: lo que ningún príncipe debe hacer: ni arriscar sus cosas, a que la suerte, y ventura las determine: y por otra parte si confiase, que la gente de Italia se venía a juntar con él, para aquella necesidad, aquello era muy dificultoso, de poderse hacer en término de muchos días: y si entretanto quisiese afrentarle su enemigo, lo podría hacer muy a su salvo. Afirmaba, que a su parecer, los ejércitos que se habían de juntar, el uno del rey de romanos, y el otro de Italia, debían ser tales, que cada uno dellos pudiese sufrir las fuerzas de los franceses: y fuesen bastantes para ofender, y buscar el enemigo en su reino: y si la guerra no se persiguiese por todos, hasta conseguir la paz general, el rey de Francia sería poderoso para hacerla contra cada uno dellos, sin dejarlos reposar. Que el rey, y la reina sus señores no podían tener más obligación de la que había entre ellos, con tales prendas de parentesco: y que la querrela de Borgoña, también la tenían por propia: porque si había de ser del archiduque su hijo, también sería de su mujer: y si de sus nietos, también de los suyos: y que la excepción que hacía, en caso que los príncipes de la liga no aceptasen de seguir aquel acuerdo, no la quería admitir: porque aunque todos los confederados faltasen, el rey no le faltaría: y teniendo a él, juntándose el rey de Nápoles, que debía todo respeto, y obediencia a la Corona de España, asaz poderosos eran para ofender al rey de Francia, si le quisiesen más molestar. El embajador del rey don Fadrique dijo casi lo mismo: y el de Milán, que el duque era súbdito suyo, y había de obedecer todo lo que quisiese ordenar: y el embajador veneciano, según su costumbre, que la señoría no podía faltar de hacer, según su deber. Pero el rey de romanos, declarando más su ánimo con el embajador de España, mostraba no tener esperanza en el Papa, ni en venecianos: porque querían atender a las cosas que eran suyas propias: y decía que por esta causa necesariamente le convenía proveer a lo de sus estados: mayormente concurriendo a poner turbación en sus cosas dos príncipes de Alemania: que eran el arzobispo de Maguncia, y el conde palatino. Era así, que el de Maguncia por gobernar el Imperio, con arte muy solapada, y engañosa, so especie del bien público, resistía a todo lo que convenía: y mostraba tener la parte del rey de romanos, y que deseaba su acrecentamiento, y gloria: y ganando a su opinión al canceller Conrado Estencle, interponiendo diversos estorbos en la resolución de las cosas de estado, ponían continuamente dilaciones en la conclusión dellos, por apoderarse de los negocios. Por otra parte el conde palatino, que era de la casa de Baviera, y no bien amigo del rey

de romanos, ayudándose del duque Jorge, y del duque Otho, y de Alberto, que era cuñado del rey de romanos, viendo la condición, y mañas del de Maguncia, esperaba, que ocupándose en alguna empresa contra turcos, o franceses, podría en su ausencia alcanzar mayor autoridad en el regimiento del Imperio: y no respondía bien a su voluntad. Decía el rey de romanos, que para ganar aquellos príncipes, era menester la mayor parte del verano: y que se concluyese primero una dieta, que pensaba tener en Worms: y a esta dificultad se allegaba la necesidad en que estaba el duque de Milán: y pensábala remediar el rey de romanos, concertándose con el rey de Francia: reservando la superioridad sobre el ducado de Milán, y la conservación de la liga. Mas en lo que hacía mayor fundamento, era en procurar, que el rey se acercase a los confines de Rosellón, e hiciese guerra cruel, y la continuase sin tregua alguna: y el duque de Milán, y el rey don Fadrique intentasen de su parte todo cuanto pudiesen, por resistir a franceses: porque venecianos no podían faltar, por ser Milán la puerta, por donde los franceses habían de entrar a destruir su señoría: y que con esto el rey de Francia, viendo que el rey de España hacía la guerra, y también se rompía por Borgoña, no se desmandaría, como se había visto por experiencia el verano pasado: que habiéndose deliberado él a seguir la empresa, se detuvo. Tomaba otro achaque, para desistir de las cosas de Italia, que el príncipe de Orange era ya del todo francés, y su enemigo: y andaba perturbando las cosas de Borgoña: y había sido necesario que los de Berna enviasen a Salinas su gente, para estorbar, que en aquella tierra no se siguiese alguna novedad. Pero no embargante todo esto, los embajadores en conformidad procuraban de persuadirle, que a tal coyuntura, no enflaqueciese su ánimo, ni desconfiase de sus confederados, y tuviese cierta esperanza, que le corresponderían a le ayudar: y que él se ayudase de su parte todo lo que pudiese: pues también era obligado a sostener gente, como los otros. Él se resolvía, que si los potentados de Italia le pagasen alguna gente, rompería por Borgoña: y mostraba desconfianza del rey de España: diciendo, que haría lo que bien le estoviese: y no esperaría a comunicarlo con él: y esto decía, por tener gran descontentamiento, que el cardenal de Santacruz fuese nombrado por legado para Francia, para lo de la paz general: porque el cardenal mostraba mucha gana de emplearse en aquella legacía: y como estaba muy sospechoso de la tregua, que se hizo por don Enrique en Rosellón, concibió que era más que tregua: y tenía temor, que enviar a tal tiempo el Papa legado, y español, era para alguna novedad: y más que para requerir al francés a la paz: y tenía tantas mudanzas de pensamientos, cuantos consejeros: porque ninguno se conformaba con el parecer del otro: y cada uno seguía sus particulares pasiones. Así estaba el rey de romanos en dos cosas bien contrarias, y diferentes: que era por una parte temer a los príncipes del Imperio, que en tiempo tan revuelto no le hiciesen algún sinsabor, de los que aquella nación acostumbra, atrevidamente: y por otro cabo esperaba en ellos, que le ayudarían: y primero ofrecía de romper por Borgoña, y después puso más duda en ello: y decía que lo quería consultar. No fue pequeño impedimento la muerte de la duquesa de Milán para lo de la paz: y las cosas de Lombardía, y del estado de Génova estaban en gran peligro, así por la gente francesa, que cada día pasaba, para entender en lo de Génova, como por la mala voluntad que los súbditos del estado de Milán tenían al duque. Con todo este temor, por

grande instancia de Juan Claver, que fue enviado por el rey a Lombardía, viendo el duque tan presente el peligro, retuvo quinientos de caballo españoles, y borgoñones, de los que llevó el rey de romanos, y les mandó pagar el sueldo: y con ellos partió Galeazo, que era capitán general del duque, y con la otra gente para la frontera de los enemigos, por acudir donde más necesidad ocurriese. Iba en el mismo tiempo el duque de Orleans con mil lanzas, y seis mil infantes sin otra gente, que se le había de juntar camino de Aste: y la del duque de Milán con la de Borgoña, y de la frontera de aquel estado, y con lo de Génova eran ochocientos hombres de armas, y mil caballos tudescos, y otros seiscientos entre caballos ligeros, y ballesteros a caballo: y siete mil infantes: pero estaba muy esparcida esta gente, y repartida por guarniciones. Entonces los de Génova, acercándose los enemigos, echaron mil quinientos de los ciudadanos más sospechosos: en que había muchos hombres principales: y fortificaron a gran prisa a Saona, y otros lugares de aquella ribera.

Que venecianos procuraban tener suspensas, y en necesidad las cosas de los príncipes sus confederados: y de la tregua que Hernán duque de Estrada asentó con el rey de Francia. XLVIII.

Los venecianos estaban tan apasionados, con la ambición, y codicia que los vencía, a no ver el daño que se les podía seguir, que hicieron tales obras al rey de romanos, que le echaron de Italia: y por su salida los franceses entraron en ella: de suerte, que ni querían buena guerra, ni buena paz. Porque estando las cosas pendientes, les parecía que ganaban mucho, en que el duque de Milán estuviese en gasto continuo, y se consumiese: y le tuviesen sojuzgado: y del rey don Fadrique hacían poco fundamento: y con esto se tenían por señores de Italia: no considerando, que si durase mucho la guerra, si el rey de España no lo remediase de acá, el duque no lo bastaba a sufrir: y se perdería: o concertaría con el enemigo. De manera, que siendo el remedio de aquella necesidad, llamar al rey de romanos, no salían a ello: y el duque de Milán era tan miserable gastador, y tan malquisto, que si los franceses se acercaran con mediano poder, era cierto, que los pueblos se habían de levantar: y rompido aquello, toda Italia se ponía en baraja. Todavía, como vieron que había entrado en Lombardía un ejército bien cabal, y había ocupado algunos lugares del estado de Milán cabo Alejandría, y Dertona, multiplicando en gente, temiendo tener tan cercano el peligro, pareció a la señoría, que convenía crecer la ayuda: y cumplieron hasta mil hombres de armas, y cuatrocientos caballos ligeros de ballesteros, que usaban mucho entonces, y estradiotes: y enviaron dinero a Milán, para que se hiciesen tres mil suizos, a nombre de la señoría, conque el duque de Milán diese sueldo a otra tanta gente. En esto el cardenal de San Pedro, y el señor de Sernón, y los otros capitanes franceses, que fueron con él a la empresa de Saona, como hallaron bien proveída de gente aquella ciudad, y vinieron en su socorro, el marqués del final por su estado, y por la parte de Génova Juan Adorno, que era hermano del gobernador, y Juan Luis de Flisco con mucha gente, luego se recogieron con intento de juntarse con Juan Jacobo de Trivulcio, con la otra gente francesa, que estaba ya en Lombardía: y

juntáronse siete mil infantes, entre alemanes, gascones, y provenzales, con hasta ochocientas lanzas. El ejército del duque de Milán, que estaba contra esta gente, era de cuatro mil quinientos infantes, y mil hombres de armas, y otros tantos caballos ligeros, sin la guarnición, que estaba en Génova: y allende del socorro que se esperaba de Venecia. Pero como había temor, que el duque de Orleáns con su ejército había de pasar a Lombardía, no se tenía por seguro el partido del duque de Milán: señaladamente, después que cierta gente de caballo, que tenía de la casa de Baviera, se había despedido, y vuelto para Alemania. En esta sazón los franceses que estaban en Lombardía, temiendo que la gente de Venecia, y Génova no se juntasen con Galeazo de Sanseverino, habiendo recibido daño de los caballos ligeros de la señoría, comenzaron a retraerse, para venir el camino de Aste. Entonces Lorenzo Suárez de Figueroa hizo instancia con la señoría, que pues conocían que eran superiores al enemigo, siguiesen la vitoria: porque sería aquella la principal ocasión de constreñir al rey de Francia a querer la paz. Mas los venecianos a lo más largo se determinaban, que se atendiese a cobrar los lugares, que los franceses habían tomado del estado del duque de Milán, y del marqués del Final: porque no se querían mostrar parte contra el rey de Francia, sino valedores de sus aliados. En sola una cosa se conformaban con el rey de España, que como por su parte se procurase de asentar tregua general con el rey de Francia, y se había ya tratado, ellos la deseaban: y el rey entendía, que le convenía mucho: juzgando, que pues ya el rey de Francia no era de temer, sino por su reino, que estaba continuado con los de España, no tenía para qué ponerse en pendencia, por cuál dellos fuese más poderoso para defender estados ajenos. Mayormente, que considerada la condición, y naturaleza del rey de romanos, no era tanta la culpa, y malicia de los que le desviaban, para que no hiciese su deber, que no fuese mayor su variedad, y poca firmeza: y tenía recelo el rey, que no fuese causa, que para conservarle en su dignidad, como lo pretendían los suyos, no se pusiese él en mayores obligaciones. Tenía el rey proveído, como dicho es, que se hiciesen en el principado de Cataluña diez mil peones: y para esto don Enrique Enríquez vino a Junquera, a verse con el conde de Ribagorza, y con don Pedro de Cardona obispo de Urgel, por dar orden, que la gente se hiciese, y estuviese a punto, para cuando se feneciese la tregua, que había asentado: porque le parecía más desvalida cosa estar sin tregua, y no hacer algo, con que soldase la quiebra recibida en Salsas, que tenerla como hasta allí: pero con dificultad se podían hacer seis mil peones: porque convenía dejar las costas, y fronteras bien proveídas de gente. Había juntado el conde de Ribagorza en el Ampurdán los más caballeros de Cataluña: y esperaba trescientos hombres de armas, que iban de Aragón, y Valencia, para residir allí: con fin de acudir a lo de Rosellón, en caso que no se prorrogase la tregua. Estando las cosas en España, Lombardía, y Génova en estos términos, que se ha referido, Hernán duque de Estrada, que fue enviado otra vez por el rey a Francia, con plática de concordia, para mejor venir a ella, trató de asentar alguna tregua: y concluyóse en la ciudad de Lyon, a veinticinco de febrero entre el rey Carlos, y sus confederados, y el rey de España, y los suyos. Había de comenzar en España a cinco de marzo: y para los otros de la liga, a veinticinco de abril: y duraba hasta el primero de noviembre: y luego se pregonó en Perpiñán, y Narbona al principio del mes de marzo. Declaróse en esta tregua,

porque el rey de Francia afirmaba, que tenía buena paz con el rey de romanos, y con el archiduque su hijo, y decía, que tenía voluntad de cumplir en sus diferencias, lo que se había tratado en el asiento, y concordia, que se tomó en Senlis, que cumpliese lo contenido en aquella concordia: guardándose por el rey de romanos, y por el archiduque. Las otras condiciones eran, que cuanto a las plazas, que estuviesen en pacto, y concierto, aunque se levantasen dellas los cercos, quedase el concierto suspenso en el mismo estado en que se hallase al principio de la tregua, hasta que se feneciese: y que el rey de Francia, ni sus vasallos, o confederados no pudiesen llevar, ni enviar al reino de Nápoles gente de guerra, armas, ni artillería, o municiones algunas: y solamente fuese permitido mudar las guarniciones, y poner otras en su lugar: y se guardase a Virginio Ursino, y a su hijo, y a los otros caballeros de aquella casa, la concordia de Atela: y fuesen sueltos de la prisión en que estaban: y no se les pusiese impedimento, para que libremente viniesen con sus gentes: y no lo cumpliendo así el rey don Fadrique, siendo para ello requerido por el rey de España, quedase fuera de la tregua: pero Virginio era ya muerto antes desto. Declaróse también, que los súbditos, y aliados del rey Carlos, que tenían tierras en el reino, gozasen de sus bienes, como los poseyesen al tiempo que comenzase la tregua: y por parte del rey de España, fueron nombrados en ella, para que se comprehendiesen en el sobreseimiento de guerra, el Papa, y el rey de romanos, y el archiduque: los reyes de Inglaterra, Portugal, Nápoles, Navarra, y Escocia: y los duques de Milán, Venecia, Génova, y Pisa: y las otras repúblicas, y comunes de Italia. Por parte del rey de Francia se nombraron el Papa, y luego tras él el cardenal de San Pedro, que era su mayor rebelde, y deservidor: el rey de romanos, los reyes de Hungría, Bohemia, Polonia, Inglaterra, Escocia, Dinamarca, Portugal, y Navarra: el archiduque: los duques de Saboya, Lorena, Gueldres, Ferrara, y el de Olivito: la señoría de Florencia, y los señores, y príncipes de las ligas de Alemania la alta, y la Grisa: los marqueses de Monferrato, y Saluces: el prefeto, Juan Jacobo de Trivulcio, el conde Opicin, y los condes de Aste, y Pallás: el duque de Monte de Santángel, Baptistín de Campo Fregoso, Virginio Ursino, y todos los de aquella casa, Pablo Vitelio, y Vitelozo, y lo de la casa Vitelia: y generalmente, porque no quedase excluido ninguno, todos los príncipes, y caballeros aliados, y servidores suyos, que tenía en Italia, y en el reino. Concertáronse entonces los reyes de enviar sus embajadores a las fronteras de Rosellón, y Languedoc, para que se tratase de paz, y concordia final entre ellos: y fue jurada la tregua por el rey de Francia, y por Hernán duque de Estrada, en presencia del duque de Borbón, y del cardenal de Samalo, y del príncipe de Orange: y el rey, y la reina la juraron después ante el señor de Clarius marqués de Cotrón. Desta manera al mismo tiempo, que todos temían, que se había comenzado una muy terrible, y peligrosa guerra, casi de improviso, por medio, y consejo del Rey Católico, se sobreseyó en ella: y se despidieron, y derramaron los ejércitos, y gente que se juntaba por los potentados de Italia, que favorecían la causa de la liga.